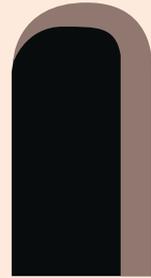
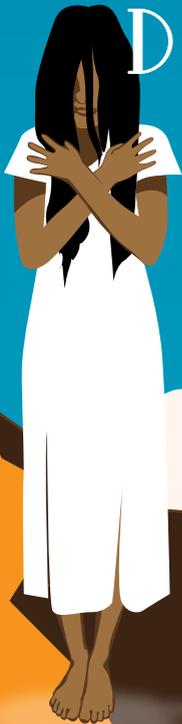




FRANCISCO JAVIER ANGULO GURIDI

LA FANTASMA DE HIGÜEY



LA FANTASMA DE HIGÜEY

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE I. NARRATIVA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DIRECTIVA

Andrés Navarro Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Asuntos Técnicos Pedagógicos, Ministerio de Educación

Carmen Sánchez Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Eduardo Hidalgo Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Altagracia López, Ramón Flores, Manuel Cabrera, Miguel Lama, Magdalena Lizardo,

Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Ramón Morrison, José Rafael Lantigua y

Juan Tomás Tavares, Miembros

Julio Sánchez Maríñez Rector

AUTORIDADES ACADÉMICAS

Julio Sánchez Maríñez Rector

Rosa Kranwinkel Aquino Vicerrectora Académica

Marcos Vega Gil Vicerrector Ejecutivo, Recinto Félix Evaristo Mejía

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Juan Vicente Moscoso

Franco Ventura Vicerrector Ejecutivo, Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo, Recinto Urania Montás

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Emilio Prud'Homme

Luis Manuel Mejía Director Académico, Recinto Eugenio María de Hostos

Jorge Adalberto Martínez Director de la Escuela de Directores

Anexis Figuereo Representante del Profesorado

Braulio de los Santos Representante de los Directores Académicos

Fidencio Fabián Director de Planificación

Raquel Pérez Directora Administrativa Financiera

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil



FRANCISCO JAVIER ANGULO GURIDI

LA FANTASMA DE HIGÜEY

PRÓLOGO DE RUTH NOLASCO



LA FANTASMA DE HIGÜEY | Francisco Javier Angulo Guridi

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS, Serie I. Narrativa.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector
Coordinación Yulendys Jorge, Directora de Comunicaciones

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.
Diseño de interiores Ana Zadya Gerardino
Diagramación y portada Julissa Ivor Medina
Corrección Thelma Arvelo, Janet Canals, Vilma Martínez y Apolinar Liz

ISBN 978-9945-8972-5-8

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2017.

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, tiene como misión fundamental formar profesionales de la educación y, como visión estratégica, constituirse en la institución de referencia de la formación docente en República Dominicana, compromiso que impone la asunción de amplias responsabilidades y retos en su quehacer educativo.

En ese marco se inscribe la iniciativa de publicar colecciones editoriales que recojan obras de gran importancia literaria, histórica o académica, para ponerlas a disposición de los docentes en formación y en ejercicio y, en general, de toda la ciudadanía. Así, estas colecciones incluirán obras que forman parte del patrimonio intelectual y cultural dominicano, y es nuestro mayor interés facilitar y fomentar su conocimiento y disfrute.

Con esta primera colección, «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», se inicia nuestra labor editorial sistemática, a la que esperamos dar sostenibilidad con la publicación de otras colecciones que, como esta, contribuyan a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora cada vez más esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Los títulos de esta primera colección son tan relevantes como lo fueron sus autores y tan trascendentales como lo es su permanencia en el tiempo: *El monterero*, de Pedro Francisco

Bonó; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; *Cuentos Cimarrones*, de Sócrates Nolasco; *Cartas a Evelina*, de Francisco E. Moscoso Puello; *Crónicas de Altocerro*, de Virgilio Díaz Grullón; *La fantasma de Higüey*, de Francisco Javier Angulo Guridi; *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván; *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero; *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera; y *Guanuma*, de Federico García Godoy.

Para seleccionar estas obras agradecemos la valiosa cooperación de Mu-Kien Sang Ben, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Rafael Peralta Romero, miembro; Dennis Simó, director ejecutivo de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos; Remigio García y Raymundo González, de la Dirección General de Currículo del Ministerio de Educación; Pablo Mella, Ruth Nolasco y María José Rincón, asesores del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, y esta última miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

En honor a esos excelentes autores y sus obras elegidas, hemos querido contar como prologuistas con diez reputadas firmas de intelectuales y escritores dominicanos: José Alcántara Almánzar, Soledad Álvarez, Roberto Cassá, Ruth Nolasco, Raymundo González, Miguel Ángel Fornerín, José Rafael Lantigua, Mu-Kien Sang Ben, José Mármol y Jochy Herrera, quienes con entusiasmo y absoluta disposición aceptaron ser parte de este esfuerzo editorial del Instituto, por la conservación, difusión, enriquecimiento y desarrollo del patrimonio intelectual y cultural de la sociedad dominicana.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R Ó L O G O



Javier Angulo Guridi es uno de nuestros significativos literatos de la segunda mitad del siglo XIX. Nació en Santo Domingo en el año 1816, pero con su familia emigra a Cuba a raíz de la dominación haitiana y allí permanecería durante unos 30 años dedicándose desde muy joven a la tarea literaria. En 1857 se publicó en La Habana *La fantasma de Higüey*, convirtiéndose así en la primera obra narrativa dominicana publicada.

Su vida estuvo llena de vicisitudes debido a la turbulencia política de nuestro país en aquella época. Movido por el «amor funesto» a la patria «desventurada» regresa a Santo Domingo y se verá obligado a regresar al exilio más de una vez. Reside en distintas ciudades, denominándose a sí mismo «nómada», pero afirma igualmente que fue un «forastero popular» cuando por todos los habitantes del Este, desde Guerra hasta Samaná, era conocido.

Desempeñó diferentes e importantes cargos públicos, fundó y dirigió varios periódicos, tales como *El Progreso* y *El Tiempo* y fue profesor de literatura en los centros educativos más importantes de aquel tiempo. Además de periodista, fue un fecundo autor en diferentes géneros, poesía, obras teatrales, narrador de leyendas y novelas. Entre sus obras las hay publicadas y otras que no lo han sido. De teatro tenemos *Cacharros y manigüeros*, *Apuros de un destierro*, *Imprudencias de un marido*, *Una situación poco envidiable*, pero, sin dudas, la de mayor valor es *Iguaniona*.

En otro orden, es el autor de *Elementos de geografía físico-histórica antigua y moderna de la isla de Santo Domingo*, con una tabla sinóptica de las distancias de sus pueblos principales, impresa en 1866. Vetilio Alfau Durán apunta que se publicó antes que la de Meriño y que, por lo tanto, es la primera publicada por un dominicano. Tiene importancia asimismo la «Memoria» leída ante el Honorable Ayuntamiento de Santiago sobre la construcción de un camino de dicha ciudad a Puerto Plata. Es un claro indicador de su participación activa en lo político y lo social de la época. Además, es el primero de nuestros literatos en publicar un volumen de poesías con el título de *Ensayos poéticos*, en 1843.

Es importante la elección del tema indígena. Podríamos afirmar que Javier Angulo Guridi y su hermano son iniciadores de la literatura indigenista en nuestro país. Antes de la Guerra de Restauración solo él había tratado ese tema. También, a partir de esa fecha fue que comenzó a usarse el término de Quisqueya, extraído de la crónica de Pedro Mártir y que se suponía de origen indígena y sustituiría el de Haití aplicado a la parte española de la isla.

Aunque Angulo Guridi escribió sobre leyendas de los indígenas, por ejemplo *La Ciguapa*, es el drama en versos *Iguaniona*, escrito después que él luchó en la lid de la Restauración alcanzando el grado de coronel, donde el tema se utiliza con intención patriótica y política.

Según afirma Max Henríquez Ureña en su *Literatura Dominicana*, «*Iguaniona* es una afortunada interpretación del momento histórico de la conquista, del choque de dos razas, la española y la aborígen, y del conflicto que se plantea entre el propósito de la conquista militar y el de la conquista espiritual, entre la política de dura represión en la cual se afianza la codicia del encomendero y el anhelo evangelizador de los predicadores que por medio de la persuasión y la enseñanza aspiran a incorporar al indio a la civilización cristiana en vez de someterlo al servilismo o condenarlo al exterminio». A pesar de que tiene partes un poco lentas, la fuerza

dramática está conseguida. Recuerdo que en Bellas Artes se hizo una lectura dramatizada a raíz de la terminación de la Revolución de Abril y los que presenciaban el acto vibraban de entusiasmo.

Henríquez Ureña califica a Angulo Guridi como «escritor fácil y ameno» que supo «dar interés a la narración», opinión que podemos corroborar después de la lectura de *La fantasma de Higüey*, que aunque pierde bastante agilidad narrativa cuando se detiene haciendo consideraciones sobre la vida del país, por otra parte, nos da a conocer su pensamiento al respecto.

La fantasma de Higüey se inicia con unas reflexiones y diálogos hechos por el narrador que podríamos identificar con el autor. Designa a nuestro país como «un pueblo excéntrico», que aunque «lo ha perjudicado en punto a civilización, le fue, sin embargo, benéfica en cuanto a sus virtudes, que libres a la acción corrosiva de esos mismos adelantos se conservan puras y casi elevadas a la suprema dignidad de una segunda religión».

El tío Bartolo, personaje con quien tiene una larga conversación, hombre sin soberbia, justo, que solo dice la verdad, amigo de la naturaleza, contemplador amoroso de ella, sin necesidad de comodidades, vive con suma austeridad, desdeña la «ventura material», manifiesta una profunda fe en Dios y es conocedor de historias y leyendas, que darán pie a *La fantasma de Higüey*. ¿Serán muchas de estas cualidades las que el narrador quiere encontrar en los habitantes de nuestras tierras? «En Santo Domingo no es difícil encontrar a cada paso con esta y otras muchas buenas prendas», afirma el narrador.

El tío Bartolo va a explicar por qué nunca visitará la isla Saona. Lo que contará se remonta a la época de bucaneros y filibusteros y la acción central se desarrolla en el mar. En el barco, que será agredido, viajan solamente cuatro personas: un señor muy digno con su hija, un joven indio favorecido por el mismo señor y un aparente fraile. Es interesante acercarnos a cada uno de esos personajes.

Se puede encontrar mucho parentesco de la joven con las mujeres caracterizadas por nuestros narradores y que aparecerán, sobre todo, en la literatura del siglo XIX: «bellísima doncella, blanca como la vela de mi bote, de grandes ojos azules, tez pulida y labios encarnados».

El joven cuenta con unos 26 años. Su tez oscura era de «un individuo de la raza que todavía poblaba estas islas, pronunciándose su procedencia en lo gallardo y modelado de las formas». Su mirada era viva y altiva, «símbolo de un alma indomable, que orgullosa de sí misma jamás está dispuesta a transigir con las grandes alternativas de la vida». ¿Se podría considerar un antecedente de la figura de los indios de la posterior literatura indigenista?

El fraile, que casi al final de lo narrado descubriremos que es un farsante, encarnación de la perversidad, es un asesino que instiga a otros a serlo, vive de la mentira, con pasiones no refrenadas, frío y calculador. Nos parece muy semejante a los conquistadores que aparecerán igualmente en literatura posterior.

Morgan, el pirata, es persona controversial, no interesado por los bienes materiales, dominado por una fuerte pasión erótica, y que sabe ser fiel a la palabra dada.

Una de las preocupaciones que se observa a lo largo de la obra es la del valor de lo moral: «el hombre sin virtud es una bestia perpetuamente sierva de los más feroces arrebatos», expresa el joven indio, quien asimismo le dice a su amada: «Te amo antes de conocerte porque tú eres la virtud y la virtud es mi deidad...».

Otro valor que se reitera a lo largo de la obra es el religioso. «Ante Dios no hay frente que no se postre, mirada que no se humille, labio que no module una mística alabanza...». El tío Bartolo considera que la fe es la base de todo y que solo es posible percibir y adorar a Dios en la naturaleza. El pirata Morgan también tiene sus creencias y así exclama: «y los ángeles ruegan a Dios por los mortales». El joven indio, ante las dificultades que surgían, implora la ayuda de Dios y en otro momento afirma: «Yo descubro

a Dios en todo». Y ante el peligro inminente dirá: «Dios es grande y no apartará su mirada de nosotros».

A lo largo de la narración encontramos alusiones a usos antiguos: la valorización del honor, la pipa hecha de barro, el fumar andullo desdeñando el tabaco normal, el dormir en hamacas –costumbre que persistió mucho tiempo en las zonas campesinas–, el modo en que las leyendas se transmitían oralmente de generación en generación: «Esta historia me la contó mi abuelo cuando yo estaba en mis mocedades», explica el tío Bartolo a sus más de 70 años.

La lectura de *La fantasma de Higüey*, como la de todas nuestras obras literarias, aparte de su calidad artística, nos lleva a apreciar, a valorar nuestro país, a sentirnos más vinculados con nuestra historia y con nuestro presente, a vivir con mayor intensidad la dominicanidad. Son parte de nuestra historia y podemos decir con Cicerón que quien no conoce la historia es un niño.

Ruth Nolasco
Santo Domingo,
octubre de 2017

P R E F A C I O



La fantasma de Higüey

La fantasma de Higüey, de Francisco Javier Angulo Guridi, es la primera novela de autor dominicano publicada en forma de libro. La portada dice así: *La fantasma de Higüey*. /Novela original / de Javier Angulo Guridi / Habana / Imprenta de A.M. Dávila. Aguiar, Núm. 49/ 1857. 138 páginas.

Ningún libro fue tan buscado. Me decía doña Dolores Pilier: «En tu casa está, me lo prestaron y lo leí. Don Javier vivió aquí muchos años».

En efecto, su casa quedaba en la calle Santana, era una casa de piso, forrada de caoba que yo alcancé y asistí a una escuela primaria que había allí. Pero yo nunca encontré *La fantasma de Higüey* entre mis libros viejos.

Mi tía-abuela, que fue mi madre de crianza, acostumbraba recortar las novelas que publicaban los periódicos y coserlas como libro, pero doña Dolores me ratificó que no era un folletín recortado, sino que era impresa en un volumen. Se publicó en el *Boletín Oficial* en forma de folletín recortable, siendo el autor, director de la *Gaceta*, que entonces llevaba aquel nombre. Antes se había publicado fragmentariamente en *El Sol*.

El 22 de junio de 1958, la señora doctora Ana Rosa Núñez nos escribía desde La Habana:

Muy agradecida por su envío del periódico de mi interés. Estoy haciendo gestiones para conseguirle

el libro que usted me indica en su carta. Hasta ahora me ha sido imposible localizarlo en nuestras bibliotecas. La Sociedad Económica no lo posee, ni la Biblioteca Nacional, ni la de la Universidad de La Habana, ni la Biblioteca Municipal. No obstante seguiré investigando hasta agotar todos los lugares a mi alcance, donde pueda encontrarse la obra de Angulo Guridi. Le diré que no aparece incluida en la Bibliografía de Trelles, aunque se trata de una obra publicada en Cuba por un dominicano. Hay algunas obras de este autor en la Biblioteca de la Sociedad Colombista Panamericana, pero ninguna es la de su interés. Solamente me falta investigar la Biblioteca de don Francisco de Paula Coronado, que, aún en organización, quizás pueda ser se encuentre entre la colección esta obra *El fantasma de Higüey* [sic], pues Coronado poseía una extensa colección literaria.

Haré todo lo posible por conseguirle la obra, no obstante demorará algo.

Le envío estas líneas para mantenerle informado sobre el asunto. No quiero que usted piense que me he olvidado de su encargo.

La doctora Berta Becerra, directora de la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana, el 19 de mayo de 1959, nos contestó así:

Distinguido amigo: Me place contestar su atenta carta de fecha 6 de los corrientes, informándole referente a su solicitud que esta Biblioteca no posee la obra *La fantasma de Higüey*, por Francisco Xavier Angulo Guridi, pero el doctor M. A. Eligio de la Puente, Presidente de esta institución, la posee. Él ha quedado conmigo en buscarla entre los libros de su biblioteca y enviármela para poder cumplimentar su solicitud, espero será cuestión de unos días...

Siempre recuerdo mi grata estancia en España, donde tuve el placer de departir con usted, en cuanto al doctor Valdivia Madrigal, me place comunicarle que se encuentra bien.

Por último, el 25 de mayo de 1959, nos decía la estimada señora doctora Berta Becerra:

Distinguido amigo: Cumpliendo mi ofrecimiento de fecha 19 del corriente mes, referente a su solicitud, me es grato informarle que el doctor Eligio de la Puente nos ha facilitado la obra de su propiedad *La fantasma de Higüey*, por Francisco Xavier Angulo Guridi, es el único ejemplar que existe; al objeto de poder enviarle a Ud. la copia en microfilm, el Departamento Fotográfico de esta Sociedad me informa que el importe es de \$10.00...

Así vinimos a conocer esta interesante novela, que para nosotros, los higüeyanos, es de un valor inestimable.

La novela, en la que se habla de piratas y fantasmas, termina de este modo:

«Pero ¿qué fue de Lidia? ¿Qué se hizo de esta infortunada joven después de haber dado muerte a Tuizio...? Esto es lo que nadie pudo averiguar; pero desde entonces se oyen en la Zaona unos tristísimos gemidos y unas voces que piden perdón del lado de la playa siempre que la luna brilla, y en el pueblo de Higüey se ve vagar la figura de una mujer en torno al Santuario de Altagracia. Es evidente que esos gemidos son los de Lidia sobre la tumba de su víctima y que aquella blanca visión, gigantesca y vaporosa, es ella misma que va a orar ante la Santa Casa de la Virgen...

Por esto, señor, vuelvo a decir a V. que ni hecho cuartos voy a tender mis redes en el litoral de la Zaona».

Don Francisco Javier Angulo Guridi, quien había abandonado su lar nativo en unión de su familia en 1822, con motivo de la ocupación

haitiana, residió en Higüey desde su regreso de Cuba al seno de la Patria (en 1853), hasta el año 1855 en que lo complicaron en la conspiración que llevó al cadalso al general Duvergé. Entonces, en La Habana, dio a la estampa *La fantasma de Higüey*, regresando al país en 1861. Esta vez se radicó en Santiago y cuando estalló la Guerra de la Restauración, se incorporó a ella y fue redactor del *Boletín Oficial*. Después se afilió al partido de Báez y fue senador de la República. Finalmente, se radicó en San Pedro de Macorís hasta su muerte el 7 de diciembre de 1884. Había nacido el 3 de diciembre de 1816.

Vetilio Alfau Durán*

* Libros sobre Higüey, *Escritos y apuntes históricos*, Vetilio Alfau Durán. Archivo General de la Nación. Volumen LVII. Santo Domingo, 2008.

LA FANTASMA
DE HIGÜEY



I

Siempre hay en la turbulenta vida de los hombres un día que se eterniza, un día espléndido y magnífico, que jamás acalla sus variadísimos rumores, que jamás deja de oírse con su misma brisa perfumada. Teatro de algún suceso plausible o doloroso, se levanta de continuo entre el pasado y el presente como una eternidad y como un símbolo: ¿quién podrá decir que nunca ha vuelto sus miradas sobre las huellas confusas que guían a la juventud, para verle allá, a lo lejos, y sonreír con tristezas o suspirar con amargura? Nadie seguramente: porque ese día figura en mitad de todas las existencias, porque su magnificencia esplendorosa, y el coro de sus murmullos, y el lamento moribundo de sus auras, brillan, y resuenan y se perciben a despecho de los encantos de la actualidad. Si en el horizonte sensible del mundo que surcamos no quedarán dulces o amargas prendas de nuestra alma: si fuera dable que a la caída del sol cayeran también nuestras impresiones en las tinieblas del olvido, y reanimados con la noche comenzáramos al otro día la jomada de la muerte sin descubrir siquiera un flotante celaje del ayer, pronto a evaporarse, o un punto pronto a oscurecerse... ¡Oh! ¡Cuán grande, cuán inmensa y perfecta sería nuestra felicidad! Podría decirse entonces que como nuestros primeros padres, antes del pecado, vivíamos en el paraíso terrenal, ensayando delicias que más luego ensancharíamos en la vida de los escogidos. Pero lejos de ser así, la memoria se apodera del pasado, lo recorre todo y al fin hace alto en el más fuerte de sus latidos, es decir en su día más memorable. El alma entonces se abstrae de mil maneras diferentes: o el amor ocupa para ella todo

el período de ese día según el género de sus ocultas impresiones, o la gloria se mece en sus perfiles como una flor suspendida al lado opuesto de un abismo imposible de vadear, o la visión del desengaño se levanta con la aurora y la persigue, hasta el ocaso, arrebatándole la voluntad de tender una mirada al porvenir.

A esa impremeditada y vaga excursión de la memoria, emprendida generalmente en el religioso silencio de la noche le da el mundo el nombre de recuerdo en todos sus idiomas, si bien con diversas articulaciones. Nadie, pues, existe, ni existir pudiera sin recuerdos; para unos son expiaciones verdaderas, ruedas de tormento que no cesan de girar a impulso de la conciencia; para otros sombras melancólicas de una felicidad desvanecida que evoca el dolor en sus horas de suspiros y de lágrimas por medio del estéril silogismo, y para muy pocos partículas de luz, aromas y regocijos, que a pesar de la distancia en que se mecen forman como el núcleo de un presente bonancible.

Ni amor, empero, ni gloria ni ventura me es dado recoger de esa excursión a que la humanidad tributa ofrendas sin propósito. La historia de mi alma habla de aquel divino sentimiento en su único capítulo, sin turbulentos episodios; pues si no fue la suerte escasa, en ellos quedaron proscritos, o relegados al olvido como inútiles en los ilegibles borradores de esa historia misma. La gloria... ¡ah! La gloria ni aún siquiera ha perfilado con su peregrina lumbre los bordes de mi existencia tenebrosa; y antes que engrosar las filas de los que imaginándose comprendidos en su disco provocan el ridículo, la he considerado siempre como inexistente para mí sin que la sierpe de la ambición haya podido hacer equívoca mi gracia y extraviarme como a Eva extravió su rebeldía. Tal vez pudiera recoger más de una palma sobre las cinceladas losas que cubren a mis abuelos... pero nada conseguiría, porque el genio simbolizado por ellas no se hereda, porque contra las creencias de la necedad se marchitan y se secan, y vuelan en menudos polvos al espacio a poco de ser impíamente arrebatadas a sus lápidas. En cuanto a ventura, cuento la mayor de todas: me conozco.

Los recuerdos, pues, a que me abandono en este instante son unos recuerdos relativos: viven en mi memoria, pero no proceden de mí mismo: se enlazan con mi ayer que personifico en un día,

pero sin renegar de su origen. Veamos, por fin, de dónde vienen estos recuerdos.

El amor, muchas veces funesto, de la patria, me arrebató a la capital de Cuba, por los años de 1853 para tornarme al suelo desventurado en que nací a penas y en el que penas mayores que las ya pasadas me aguardaban. Largo y enojoso de narrar sería el fundamento de esta declaración que hasta cierto punto parece una blasfemia: solo diré que acontecimientos de una naturaleza excepcional e inauditos en la historia administrativa de idénticos gobiernos, hicieron que contra todas mis esperanzas trocara allí a poco tiempo la vida del ciudadano por la vida del montañés; afrontando ejercicios que si honrosos y halagüeños no por eso dulcificaban su incompatibilidad con las fuerzas vacilantes de mi cuerpo y de mi espíritu. Por consecuencia de estos mismos ejercicios, tan pronto vivía en el solitario y pacífico interior de las montañas, como en el pueblecillo de Higüey, cuyos habitantes nunca olvido, como en las desiertas y tendidas playas. Es decir, que llevaba una vida verdaderamente nómada, una perfecta vida de gitano: más claro, que de patriota profundo o de corazón, pero repudiado por la tiranía del cruel exclusivismo, vine a convertirme al cabo en forastero popular, no habiendo quien dejara de conocerme en toda la banda oriental, desde el pueblo de Guerra hasta la península de Samaná.

En una de esas playas, entre los lugares llamados Bayahíbe y Cumayasa, tenía levantado su rancho un viejo pescador a quien daban el nombre de tío Bartolo: rancho rústico con paredes de yaguas cosidas entre sí, y techo de guano, en que yo me entregaba al sueño muchas veces solo, pues en la época de la corrida del carey el propietario se pasaba hasta una semana en la adyacente isla Catalina. Mi conocimiento con este anciano fue como una especie de ventura: no diré que era un pozo de sabiduría, o un genio singular perdido en aquellas soledades; pero puedo asegurar que me di el parabién de haberle encontrado en el camino de la vida porque en sus observaciones y en su modo de juzgar tuve motivos de bendecir más de una vez una conciencia sin dobleces y un corazón virgen de toda pasión del mal linaje. Ni le acompañaba una brillante educación, ni había amaneramiento en sus modales:

sin embargo era vigoroso en las imágenes y florido en el estilo: conocía profundamente el mundo, sin duda en gracia de terribles pruebas por los tiempos de su juventud, y desdeñaba las pompas mundanas antes por un sentimiento filosófico que por bastardo despecho. Además era un hombre verdaderamente honrado como la generalidad de los que no son de nuestro siglo, o más bien de los que no han tenido con él mucho contacto. En Santo Domingo no es difícil encontrar a cada paso con esta y otras muchas buenas prendas, lo cual se explica en brevísimas palabras. Durante cerca de media centuria ha sido por la fuerza de las circunstancias, un pueblo excéntrico; mas si esta actitud involuntaria le ha perjudicado en punto a civilización, puesto que desde entonces le divorció con todas las ideas avanzadas que hoy esplenden por el mundo, le fue, sin embargo, benéfica en cuanto a sus virtudes, que libres a la acción corrosiva de esos mismos adelantos se conservan puras, como los días desvanecidos de su infancia, y casi elevadas a la suprema dignidad de una segunda religión.

El tío Bartolo contaba setenta y cuatro años de edad; pero tenía una estatura gigantesca, erguida sin soberbia: su frente era ancha, su mirada firme como la de los justos, su boca el órgano de la verdad: nada salía de ella que no fuese o un vaticinio hijo de su experiencia y casi infalible como las revelaciones del profeta, o la historia fiel de los hechos, el Génesis natural y sencillo de la humanidad de hoy. Ágil y fuerte en medio de sus años, al verle en el bote de vela latina cruzar las olas agitadas con la rapidez que cruzan el espacio los relámpagos, diríase que era un mancebo aturdido volando en pos de una aventura misteriosa o más bien un corsario fugitivo a cuyas aguas iba desencadenada una legión de guardacostas.

Cierta noche en que los insectos de la playa entraban por columnas en el rancho, y taladrando la hamaca en que soñé dormir me atormentaban inhumanamente, me lancé desesperado fuera de su techo hospitalario, y fui a sentarme sobre la menuda arena que servía de límite a la tierra. El alto mar del Sur, esmaltado por los amorosos rayos de la luna venía roncando desde lejos en hirvientes olas, tal vez desde el Saco de Maracaibo, hasta reventar con estruendo en los cantiles o desvanecerse, ya sin fuerzas, sobre las mudas playas. El silencio de los sepulcros me rodeaba: apenas

se percibían los lánguidos susurros de la brisa, apenas el rumor producido por ella sobre la verde corona de los mangles. Allí, en aquel lugar solitario, en donde en vano hubiera ensayado que alguna voz humana respondiera a mi voz: en presencia de aquel espectáculo sublime, este es, del mar que inmenso se tendía ciñendo los lejanos horizontes, de la tierra que adormecida envolvía en su silencio inalterable sus palpitaciones fuertes y sonoras, y del cielo que cóncavo parecía una vastísima redoma en que el mismo mar se columpiaba... allí, pues, anonadado mi espíritu culpable volaba sin intermisión desde el universo hasta Dios, desde el amor de las cosas terrenales, hasta el sigiloso culto de la austera religión. Momentos hubo en que la fantasía, más atrevida siempre que el alma y más rebelde, tendía las alas a Cuba para sonreír viendo en su seno tal vez entonces dulcemente adormecidos a los objetos que forman el verdadero encanto de mi vida; pero afectada de una manera superior a todo juicio volvía en breve de su excursión a exprimir sobre mis ojos una lágrima, y a postrarse ante el cuadro soberbio de la naturaleza. ¡Oh! ¡Cuán bellas son las noches en el Nuevo Mundo, alumbradas por la luna! ¡Con cuánta facilidad se comprende en ellas la grandeza de Dios y la miseria de los hombres! ¡Qué elocuencia respira todo, qué autoridad tiene la montaña, qué humildes se ostentan los desiertos, qué conformes resbalan los ríos entre las abras! No hay duda: en América más que en parte alguna la noche es el elemento de la conciencia. Que rujan las pasiones por el día, que exaltadas con la poderosa influencia del clima se desborden al fin, y corran, y ensarten la sortija ante la sociedad que condena su locura... ¿Y bien? La noche tiende su manto peregrino, la luna reverbera desde la mitad del firmamento, el océano rezumba, y el hombre se estremece. El alarido de aquellas pasiones se ahoga en sí mismo: y la conciencia atormentada se abre como una flor. Todo es grande allí; todo sublime, terrífico y soberbio. Solo el hombre aparece tímido y mezquino; mas razón le sobra para ello: Dios, como en todo, reina en esas vastas soledades; y ante Dios no hay frente que no se postre, mirada que no se humille, labio que no module una mística alabanza...

Media hora habría transcurrido desde que salí de la cabaña para sentarme en la playa a la insegura sombra de un uvero, cuando

alcancé a ver el botecillo del tío Bartolo allá a lo lejos, cuya lona triangular presentaba la figura de un ala de cisne. Las olas se separaban centelleando ante la aguda proa, como para excusar estorbos a la embarcación que se precipitaba en el abismo; pero a veces la rodeaban de improviso, y tal me figuraba que la habían devorado. Por fin, algunos minutos más entró triunfante en el caletoncito que le servía de fondeadero, el cual se cortaba precisamente a tres varas del lugar en que me hallaba yo, y el tío Bartolo me saludó de esa manera:

–Buena noche, don Javier.

–Buena noche, tío Bartolo.

Echóse luego al agua, arrastró afuera el bote hasta dejarlo varado sobre la arena, y sacando de popa una canequita de ginebra vino a sentarse al lado mío.

II

–Parece que los jevenes están sobre las armas –añadió el anciano mientras exprimía la camisa empapada por los repetidos golpes que le descargará el mar en su excursión.

–En efecto –le repuse–, esta noche ha habido un pronunciamiento de ellos que me ha obligado a evacuar la ciudadela.

–¡Ola! Pues lo que es a mí, no han de hacerme mucho daño: aquí tienen la acción perdida con la brisa.

–¿Piensa usted pasar la noche al descubierto?

–Pienso tender la frazada en este colchoncillo de arenas y dormir como un patriarca hasta que apunte el día. ¿Quiere usted que también traiga la suya?

–Como guste, tío Bartolo.

Se dirigió al rancho volviendo a poco con las dos frazadas en la mano izquierda y una odorífica antorcha de guaconejo en la derecha: me dio una de aquellas, clavó esta en la arena junto al tronco del uvero e improvisando su cama se sentó. Yo hice lo mismo.

–¡Ea! –dijo sacando una pipa de barro del sombrero– ahora estamos en grande. Buena cama, tabaco, un hacho que no lo apagará el huracán, un fresco delicioso, y una ginebra excelente. Nada nos falta para pasar una noche encantadora.

–Es verdad.

–A lo menos ya la quisieran igual muchos renteros. Para usted que tiene lejos su familia no será ciertamente tan hermosa como para mí que vivo solo desde hace treinta años: ¡Oh! De buena gana cambiarían esos caballerotes sus pabellones de seda por la frazada, si pudieran reclinar en ella la frente con la satisfacción de no haber hecho mal a nadie.

–De modo que, ¿según usted, no hay ventura que no tenga una agonía?

–Distingamos: la ventura material; porque la espiritual, teniendo por base las buenas acciones, no puede rodear el alma si no es de regocijos. Pero las altas posiciones... la fortuna...

–Las altas posiciones se ocupan muchas veces inmerecidamente: y ya ve usted que derrocando al que debiera figurar en ellas hay motivo para que la conciencia de tiempo en tiempo lance un grito en medio al esplendor y las armonías con que a medias la sofocan. ¿Cuántos por medio del favor se han sobrepuesto al mérito, a la verdadera expedición, sacrificando a la vanidad que les hidropica el sentimiento de la justicia y los intereses de su misma patria?

–Sí: eso es muy frecuente. Pero los bienes de fortuna olvidan a muchos de la manía de figurar, y entonces usted convendrá conmigo en que el hombre se columpia en el elemento de las abstracciones y puede vivir a cubierto de responsabilidades para con su conciencia.

–No todas veces, don Javier: fortunas hay bien habidas que Dios desde su asiento bendice y centuplica; pero hay otras, y son las más, que tienen por raíces la usurpación: fortunas que si se representan en metálico, cada vez que las monedas se chocan entre sí levantan en su sonido un grito acusador, y si se representan en haciendas cada rastrojo es un fantasma y cada flor es una lágrima... El hombre que posee esa fortuna ilegítima que ve sin cesar a su víctima y su llanto personificados en lo mismo que halaga su bárbara ambición, no puede doblar tranquilo la frente en la almohada. Arrastrará suntuosos coches, dará espléndidos banquetes entre perfumes, telas exquisitas y vasos de *Sèvres*: no importa. Ese hombre aspira el olor de la felicidad, pero no gusta su sabor. A los ojos del mundo, todo es miel en torno suyo: a los ojos de su conciencia en el retiro

de la alcoba, entre el lecho mullido y recamado de flotantes blondas, hay algo de terrible para él: hay un desvelo que irrita y un pensamiento que tortura. ¡Vea usted si mi frazada puede ser preferible a muchísimas fortunas!

–En efecto, tío Bartolo. La situación que usted acaba de pintar es espantosa: solo iguala en magnitud a los nobles sentimientos que usted acaricia en el fondo de su alma.

–Gracias, don Javier.

–En cuanto a la felicidad, no es el estrépito su órbita: más a gusto suele cobijarse bajo el solitario rancho del agreste pescador que en los soberbios artesanados.

La verdadera felicidad es el resultado de las almas puras, así prende y florece su semilla dondequiera que aquellas tienen buen cultivo.

–Así será –repuso el justo anciano– o por lo menos así se cree, y usted sabe que la fe es la base en todo.

–Cierto: usted se cree feliz y es lo bastante. «El hombre verdaderamente libre –ha dicho Fenelón– es aquel que en la esclavitud presume serio». Del mismo modo usted, privado de los encantos exteriores de la vida, sonrío en la soledad de su retiro y nada envidia y por nada se atormenta.

–¡Por nada, don Javier! –exclamó con entusiasmo llevando al cielo los ojos y las manos: luego continuó–. Treinta años ha que vivo en ese rancho, recorriendo mi pasado, sin que en todos ellos haya tenido que avergonzarme de una mala acción que declinara en daño de otro, o bien de un extravío que únicamente me hiciera responsable de mí mismo.

–¿Pero estas soledades no le aburren, tío Bartolo? ¿No ha llegado alguna vez a fastidiarse de ver todos los días ese horizonte, de visitar los mismos lugares, de emplear el tiempo en las mismas ocupaciones?

–No señor. No me fastidia el horizonte que al lanzar cada mañana al sol como un anillo de fuego se engalana de celajes azules y doradas nubecillas; porque sus caprichosos grupos son la delicia de mis ojos, que los observan y los siguen hasta que líquidos se evaporan por el ancho firmamento. Tampoco me fastidian estos lugares donde nadie me importuna, donde tengo mi choza para

dormir sin sobresaltos, ni menos el ejercicio a que tengo librada mi existencia. Ciertamente que la vida del pescador tiene algo de salvaje.

Desterrado por su voluntad, por las vicisitudes, o por las barbaridades de los hombres, que a veces son peores que aquellas, porque no solo afligen sino que también insultan... desterrado, digo, en estas costas solitarias, ni oye misa los domingos, ni come carne fresca, si no es la que se procura ahí debajo de la mar con la tarraya, la nasa o el anzuelo. Aquí la vida se desliza en una especie de encanto o sonambulismo venturoso a favor del cual solo es posible percibir y adorar a Dios en la naturaleza, en el poema de la creación: lo demás ni se siente ni se desea. Bien puede el Viejo Mundo desquiciarse en el orden político o moral, bien puede sumergirse un continente trastornando los derroteros con peligrosos canalizos: el barco portador de una u otra nueva pasa por ahí, a menos tal vez de un cable de distancia, sin que el pescador pretenda averiguar la orden por que se pasea misteriosamente en estos mares. Conquistas, descubrimientos, adelantos en las artes y las ciencias; – todo se opera en silencio para el habitante de las playas, no pareciendo sino que su existencia en ellas es el símbolo de una expiación secreta y terrible de la que solo la muerte pudiera redimirle. Pero en cambio de este divorcio con la sociedad, de que parece ser un miembro mal querido, el pescador tiene compensaciones de alta estima que únicamente su alma comprende y aprovecha. Además, don Javier: nosotros no tenemos quien nos espíe a todas horas envuelto en el raído dominó de la amistad y con la sonrisa de la perfidia sobre el labio, que a la vez modula palabras deliciosas; no conocemos el lujo, origen de la torpeza y de la ruina total de más de una pujante dinastía: no nos prostituimos con tal de arrastrar una carroza o hacer un papeloncillo de tercer orden, que dura mientras el fruto de la prostitución a que se debe no es acedo para el mismo que la explota. Cuando departimos con otro hombre de mar, sea paisano o sea nacido en Groenlandia, no le sondeamos mañosamente para ir luego a desollarlo en el rancho del común vecino; y si sabemos que Dios le guió en sus exploraciones a punto de permitirle descubrir un buen pesquero, ni se lo disputamos roncando de egoísmo, ni siquiera echamos en él nuestras potalas.

Aquí todos somos iguales, rayamos a una altura: nadie presume de saber más que los otros, nadie hace alarde de riquezas; nadie, en fin, tiene clavado a la puerta de su rancho un lienzo antiguo con castillos y lises y leones. La igualdad es nuestra divisa: nuestra legislación el comunismo. ¿Se necesita de un cabo para reparar la jarcia, o de media vara de lona para remandar [sic] la vela? Ahí está el vecino que jamás la niega, y que si se ausenta deja el rancho abierto para que tomen de él sus camaradas cuanto se les venga a mientes. Que no hablamos idiomas exóticos, ni cantamos junto a un piano, ni vestimos de exquisitas sedas... ¿Y bien? Nuestro lenguaje es el de la verdad, nuestros cantos himnos puros al Altísimo; y tal como usted me ve, rústico y grosero, con estas ropas de lona que una filástica embreada sujeta a mi cintura, así somos todos felices, más felices que la mayoría de los hombres pues podemos ofrecer de lleno nuestras frentes a la luz del sol y de la luna con el único orgullo grato a la Divinidad: el de tener una conciencia pura como la conciencia misma de sus ángeles.

Dicho esto con el énfasis de la seguridad más absoluta, el tío Bartolo se dirigió al bote, y extrayendo una canastita que tenía debajo de la popa volvió a ocupar el sitio que había abandonado.

–Ya me olvidaba con la conversación de que también podemos cenar así –dijo mientras se acomodaba de nuevo.

–Veamos qué trae usted, tío Bartolo –le observé.

–Estos cocos que me regaló Papito en Bayahíbe, estas galletas que llevé a viaje por si picaba la brisa, y estos ostiones, que cogí allá junto al Caucedo recordando que a usted le gustan mucho.

–Gracias, amigo mío.

–En cuanto a mañana, tendremos que comer salado: ahí hay en el rancho pámpanos y macarelas; buscaremos plátanos por los conucos que están a la vera del Soco y nos arreglaremos como Dios lo quiera. Esta noche al rayar la luna levanté las nasas y no hallé en ellas ni aun siquiera una sardina. En pasando la corrida del carey voy a fijar mi pesquero en vuelta al Cabo.

–¿Tan lejos, tío Bartolo?

–Tan lejos, sí señor. Ya en estos placeritos de por aquí no se coge ni un cardumen por semana.

–Pero, ¿no tiene usted ahí al frente la Saona?

–¡La Saona! –repetió melancólico el anciano mientras me presentaba hasta una docena de ostiones abiertos con la punta del cuchillo.

–Sin duda. Su proximidad es tal que hasta con la luna se divisa.

–¡Toma! ¡Pues si está a un curricán de nosotros...!

–Aquello oscuro que se destaca al sureste...

–Ya la veo...

–Como una roca...

–¡Válgame la Virgen! ¿Pues necesito yo que usted me dé el rumbo de la Saona?

–¿Y bien?

–El caso es que estando ahí, a media legua de la punta de Palmilla y a poco más del Guaraguao, y no habiendo que atravesar más que un canalizo para llegar a ella, ni hecho cuartos amarro mi boza en el caletón de la Saona.

–Eso es diferente. Pero no creo que en la travesía reinen malos vientos.

–Aunque pudiera ir por mis propios pies, repito que no iría.

–¿Y se puede saber, tío Bartolo, la causa de esa repugnancia?

–No es un misterio para que lo oculte a usted sino una historia que se columpia en el pasado; pero horrible, toda salpicada de sangre...

–¡Tío Bartolo!...

–No tiene que ver con mi familia ni con la de ningún amigo: puede Usted tranquilizarse, y recordar que ahora poco hice alarde de la pureza de mi conciencia...

–Es verdad.

–Esa historia me la contó mi abuelo cuando yo estaba en mis mocedades y yo voy a contársela a usted tan luego como hayamos dado fin a los ostiones, tomado un buen *coup*¹ y prendido la cachimba.

Esto diciendo extrajo de su concha hasta el último marisco que con un buen bocado de galleta hizo en breve descender a las

¹ El inmediato contacto en que por largos años han estado con los franceses los habitantes de Santo Domingo hace que usen las frases de aquel idioma como propias, sobre todo en la conversación familiar, sin reserva de condición ni jerarquías. (Nota de la edición de 1981).

tinieblas de su estómago: luego sepultó su mano en una gran vejiga curtida y extrajo de ella un pedazo de andullo² y continuó:

–Ahora voy a llenar para usted –y picando un poco de tabaco sobre una de esas piedras chatas y pulimentadas que producen en abundancia nuestras costas, le introdujo en la cachimba, que me presentó con su genial dulzura.

–Gracias, tío Bartolo, –observé devolviéndoselo– prefiero siempre mis habanos. Y efectivamente extraje del bolsillo un veguero que encendí en el hacho.

–Ah pues: y yo mientras haya calimetes de bejuco de berraco y barro para hacer una cachimba y un andullo que picar, jamás pondré un tabaco en mi boca.

Dicho esto bebió un trago de ginebra y dio fuego a su cachimbo, quedando largo tiempo silencioso, mientras arrojaba al aire sendas bocanadas de humo. La noche continuaba espléndida: casi colocada en el cénit la luna vertía su divina lumbre sobre el turbulento mar de las Antillas, el cual la quebraba en sus columpios eternos produciendo infinitos rarísimos cambiantes; y la Isla, en fuerza de esta hermosa noche parecía balancearse fantásticamente hacia la América del Sur con sus cabos Caucedo y San Rafael, como si quisiera darle un abrazo fraternal. De vez en cuando se escuchaba el grito horrisono que levantaban las olas, reventando a lo lejos contra las ásperas murallas de la costa, y cubriendo la superficie con un manto albísimo de espumas; grito a que respondían con su ronco graznido los pájaros acuáticos al trazar diversos zig-zags sobre la ondulosa mole y el aura con sus murmullos al agitar en remolino las verdísimas coronas de los mangles y los córbanos. A la espalda se levantaban cien montañas, calladas, inmóviles, confusas, de cuyo seno se desprendían los silbidos de millares de insectos formando un rumor en extremo melancólico... ¡Noche encantadora! Alguna nube blanca y solitaria solía empañar la luna de improviso: el firmamento como la existencia humana, tiene sus

² Tabaco sumamente fuerte que se prensa y conserva entre yaguas: la figura del andullo viene a ser como la del salchichón; pero con un diámetro de hasta diez pulgadas y con vara y media de largo, habiéndolos de una calidad tan buena como la que distingue en general al tabaco de la Vuelta Abajo, en esta isla de Cuba.

instantes de amargura: una sombra es para él, lo que para nosotros un recuerdo doloroso: brota, nos rodea el corazón, nos arranca una lágrima preciosa y se aleja satisfecho de habernos apartado, tal vez en los más dulces transportes, en las más suaves alegrías, al mundo de placer y olvido en que discurrimos encantadas. ¡Así la nube! Durante su interposición una sombra inmensa corría como un dragón fúnebre de Este a Oeste por todo el largo de la costa; pero a medida que se alejaba volvía la noche a derramar su claridad reverberante, y la naturaleza sonreía. Era, pues, una transición momentánea, operada sin duda para darnos una idea aproximada de los encantos magníficos de la gloria junto a las horribidas tinieblas de la condenación.

El tío Bartolo, que como dejó dicho se había abandonado a los recuerdos, levantó de nuevo su frente serena y majestuosa cual Abraham la suya en el monte elegido para el sacrificio de su hijo, y sacudiendo la pipa cuyo tabaco estaba ya trocado en cenizas.

–Ahora –dijo– présteme toda su atención, sin interrumpirme; porque voy a explicarle los motivos que me asisten para no grabar mi huella en el ancho arenal de la Saona.

III

Nuestra isla de Santo Domingo estaba por los años de 1656, rodeada de esos piratas espantosos que usted habrá oído mentar o conocido en la historia con los significativos nombres de *filibustiers* y *boucaniers*; siendo tal el número de ellos que los mares del Norte y Sur se veían constantemente coronados de sus finísimos alígeros bajeles. Todas estas posesiones se forman alrededor como una especie de cadena, esto es, la Beata, la Tortuga, la Catalina, la Saona, el Pañuelo Cuadrado, la Inagua && [sic], que servían de guaridas a esas hordas de chacales, sin que nadie se atreviera a hostilizarlos, en el temor justificado de una derrota inevitable. Ocultos, pues, en los defendidos caletones de aquellas islas, no dejando ver un rancho sobre las crestas de las rocas, ni a lo menos el humo de sus hogueras subiendo en espiral hasta las nubes, llegaban a presumirse nuestros navieros que estos piratas operaban sus terribles excursiones a caza de presas en otras

apartadas latitudes; pero la verdad era que desde allí se mantenían en un constante espionaje, reduciendo a estado de sitio nuestras costas desde el cabo Espada al Este, al del Mulo al Oeste. Así, desde el momento en que salía de estos puertos una carabela cargada de riquezas, porque era esa la época en que se beneficiaban las minas de oro, de Santa Rosa y Buenaventura; brotaban de sus escondrijos las artilladas chalupas, estrechábanla en un estrecho círculo, acribillábanla a balazos, y por último ponían en ejecución el bárbaro abordaje en que el saqueo, la matanza y el barreno eran la verdadera consagración de aquella horrible lucha.

En medio de esos hombres sin humanidad y sin conciencia que tenían convertido el mar en un cadalso, había uno llamado Morgan y jefe de los otros, el cual jamás aceptaba la parte que le correspondía del botín, repartiéndola proporcionalmente entre sus mismos familiares. No se concibe a primera vista semejante abnegación de parte de un hombre que aurora por aurora comprometía su existencia en el deseo de adquirir tesoros; pero se explica por el camino de una pasión sublime cuando se contiene en sus límites, bárbara cuando raya en los del vicio. Morgan, aunque inglés, era extremadamente enamorado en un principio; mas sea por obra de algún desengaño terrible, sea porque a fuerza de apurar la copa hasta las heces tuviese ya podrida el alma y encallecido el corazón, es lo cierto que en la época de esta historia el amor se le presentaba sin pureza, habiendo degenerado para él a tanto extremo que solo le procuraba como un derrotero o conductor de sus lúbricos desbordes. Al apresar un buque los *filibustiers* pasaban a cuchillo a sus tripulantes y pasajeros como medida de seguridad, lanzándose en seguida sobre las maletas o las arcas, que escarbaban con sus manos tintas todavía en la sangre de las víctimas, para extraer de ellas y compartirse las alhajas o monedas que pudieran contener. Morgan, por el contrario, corría a apoderarse exclusivamente de las desmayadas jóvenes, porque era lo único que se reservaba del botín. Y no era esto todo: a veces sucedía que los meses se deslizaban los unos tras los otros sin ofrecer un solo galeón en la anchura de los mares. Entonces, audaz como ninguno saltaba a nuestras costas y penetraba en las vecinas poblaciones con el fin de satisfacer las exigencias de su brutal sensualidad a viva fuerza,

sin miramiento a estado o condición; y ya tornaba solo, ya arrebatando alguna al lugar doméstico para conducirla a cualquiera de esas islas desiertas, donde a poco fastidiado, la abandonaba en brazos de sus groseros militantes. Unas al fin morían más tarde de dolor, otras menos felices eran lanzadas a las costas cubiertas de infamia y de amargura; porque no obstante ser indias casi todas, no por eso conocían menos el alto precio de la virtud y la vergüenza de una vida moralmente maltratada.

Por lo dicho se comprende que Morgan era el azote de esta preciosa mitad de nuestra especie: desde el momento en que se divisaba una vela en los bordes de la isla o bien en los apartados horizontes se volvía a sus dignos acólitos y exclamaba con el despotismo de su autoridad:

—¡Compañeros! No hay que olvidar el pacto: el botín para vosotros, las mujeres para mí, los hombres para la bala y el barco para el océano.

Y en efecto; así era como se distribuía la presa entre aquellos forajidos, sordos siempre a los ruegos de los unos y a las lágrimas de las otras, las cuales pronto adivinaban todo el horror de la suerte que con la vida les estaba reservada.

Antes de engolfarnos en los pormenores de esta historia bueno será saber que Morgan tenía una hija de hasta veintiséis años ahí en la Saona, fruto del primer extravío de su juventud, cuando ni aun soñaba en ser pirata. Esta hija, pues, recogida por él en el lecho mismo de la madre adúltera, y educada en la escuela de la corrupción, era hermosísima; pero al mismo tiempo indiferente a todas las propiedades suaves y encantadoras de su sexo. Así es que en su corazón no había sensibilidad, ni había esperanza: ignoraba lo que era el porvenir, y desde la pubertad se lanzó en la misma senda que le había trazado el padre, a quien por otra parte jamás había merecido una caricia. Sin embargo, hacía que la obedeciesen ya que ella había sabido hacerse respetar, y Lidia —que tal era su nombre—, dominaba con la palabra aquellos hombres de hierro, ante quienes de otro modo se había tantas veces humillado... ¡Miserable flor sin aroma en la mañana de vida! ¡Cuán diverso hubiera sido tu hado, cuán bonancible tu suerte si en vez de suspenderte en medio de tanto lodo y tanto cardo hubieses por el contrario

ofrecido tu púdica corona en el jardín de la virtud!... Pero dejemos a Lidia por ahora: pronto volverá a la escena desempeñando un papel importantísimo.

Sucedió que cierta noche tempestuosa navegaba por aquí al frente, a todo trapo, un gallardo bergantín en rumbo de la isla de Puerto Rico, otro tiempo Borinquen. La prudencia exigía que lejos de desplegar completamente el velamen se hubiesen por el contrario cogido las drizas en su mayor parte, a fin de precaver una desarboladura, visto el precio³ S.O. que soplabá; mas el capitán, que lo era un expertísimo holandés, quería salir cuanto antes del litoral, primero que rayase el día; y al efecto echaba fuerza de vela, favorecido de las sombras, que eran muy espesas, no obstante las observaciones de los miedosos pasajeros. El barco, sometido de esta suerte a la violenta acción del viento, corría sobre las agitadas olas con la rapidez de una golondrina, lanzando silbidos de sus abatanadas velas, que semejaban a los de una sierpe en los momentos de lanzarse sobre su víctima.

Además del oro y las caobas, y los zurroneos de añil y té que constituían el cargamento, llevaba a bordo el bergantín cinco pasajeros. El primero lo era un anciano de alta estatura y noble continente en cuya casaca se adivinaba a un veterano distinguido de Felipe V. Aunque la edad que representaba era suficiente a justificar las arrugas o surcos profundísimos que ostentaba su rostro en diversas direcciones, se comprendía sin embargo que estos eran debidos en gran parte a las amarguras con que las vicisitudes acostumbra a rodear las existencias; pues en el fuego de su mirada había algo del denuedo de esa edad briosa que media entre la mañana y el ocaso, fuego que brillaba en sus pupilas, pero que se comunicaba a su palabra y reverberaba en su espaciosa y limpia frente como un aparejo dado al exterior artísticamente por el alma, para resistir la palidez con que se anuncia el desaliento.

A su lado se veía a un fraile dominico, también de avanzada edad, que con el rosario en la mano no cesaba de pedir secretamente al

³ En las ediciones consultadas: la cuarta de 2003 de Editora Manatí y la sexta de Editorial Santuario, en 2007. Quizás el autor quiso decir «elpreciado» S.O. (Nota del editor)

Altísimo los librara a todos de la ferocidad de Morgan, más temible para su espíritu que los pavorosos abismos por cuya superficie iba resbalando el bajel rápidamente. Su rostro estaba casi oculto en la capucha; pero a favor de la lamparilla sorda de que se servían los tripulantes, se alcanzaban sus ojos radiantes de severidad y de confianza.

Casi oculta entre uno y otro de los anteriores personajes se veía una bellísima doncella de hasta veintidós años, blanca como la vela de mi bote, de grandes ojos azules, tez pulida y labios encarnados, a par de nuestro silvestre *caimoni*⁴. Mi abuelo, que es a quien oí la historia que voy contando a usted, aseguraba no haber visto jamás ni en el mundo real ni en el mundo de la fábula una moza tan perfectamente hermosa y tan gallarda y se recreaba en pintarme sus modeladas proporciones, sus manitas de infante, su boca encantadora en que el amor se recataba, su garganta alabastrina, su acolchado seno y su cintura que medía el diámetro de un plato. Era una de esas rarísimas criaturas que con su existencia parecen solo destinadas a justificar el gran poder de Dios, presentándose de tiempo en tiempo en el seno de este mundo corrompido como el lucero de la verdad y de la paz en medio de las tinieblas del diluvio.

El último de los pasajeros, era un robusto joven que frisaba en los veintiséis años, y cuya tez, bastante morena anunciaba a un individuo de la raza que todavía poblaba estas islas, pronunciándose su dicha procedencia de una manera notable en lo gallardo y modelado de las formas. Su fisonomía era suave y apacible, bañada por ese tinte melancólico y esa dulzura indefinible que caracteriza al salvaje de las regiones intertropicales, a través de la cual irradia el sentimentalismo verdadero; pero su mirada la contrastaba poderosamente porque era viva como la luz del rayo y era altiva, y como tal, símbolo de un alma indomable, que orgullosa de sí misma jamás está dispuesta a transigir con las grandes alternativas de la vida.

⁴ Fruto de un rojo muy subido, peculiar de aquella isla. Se produce en copiosísimos racimos siendo su tamaño el de una gruesa munición. Los conquistadores la llamaron coralillo vegetal antes de oír su nombre propio a los indígenas; y la estimaban mucho, así por la dulzura de su crema, como por su exquisita fragancia. El árbol del caimoni es de poca elevación, pero verdaderamente silvestre.

Estos cuatro personajes se llamaban: don Ricardo Fonterrera, antiguo ingeniero y director de minas de esta isla; pero destinado entonces a las obras de fortificación que la de Puerto Rico demandaba. Isabela, de cuya hermosura solo dejó hecha una ligerísima reseña, era su hija y el encanto de sus tasados días, sobre todo desde que la fiebre amarilla le había arrebatado en la capital a su fiel esposa. El mancebo, un joven indio hecho prisionero en las terribles últimas luchas de la conquista, y a quien más por afecto que por el lujo bárbaro de entonces llevaba consigo don Ricardo; aunque a decir verdad ni de una manera ni de otra le llevara si él hubiera querido sacudir la servidumbre, si bien soportable en que vivía. Ya se verá más adelante por qué se avino tanto a ella, sin embargo de haber nacido y criado no menos indomable e independiente que los venados en el interior sombrío de nuestros bosques. El otro personaje era, como he dicho, un fraile dominico que pasaba por la fuerza al convento de su Orden en Puerto Rico; medio empleado por el Comendador, para poner un término radical a las diferencias borrascosas, que continuamente mantenía fuera de toda razón con su prelado.

El barco, pues, navegaba con rapidez entre las tinieblas y las olas, atravesando como de huida el canal que forman de aquí al este la Punta de Palmillas y allá la Gorda al norte de la Saona. El cielo renegrado parecía tocar con sus nubes la parte superior de la arboladura: el viento rugía y el mar se estrellaba frenético contra los costados del buque produciendo en todo él una sensible vibración. No se escuchaba como en otras ocasiones la canción del marinero, lanzada al aire desde un tangón de proa o desde la cofa en los momentos de operar la maniobra, porque eso habría sido delatarse a las chalupas, cuya metralla no tardaría en responder salvando la distancia; y aun las pláticas precisas a comunicar órdenes o a entretener la inquietud que a todos agitaba desde tres días antes, se ensayaban siempre a media voz. ¡Tal era el espanto que rodeaba aquellos corazones, al discurrir sobre los mares a que Morgan había dado ya una triste nombradía!

IV

Don Ricardo se incorporó un poco, tendió en derredor una mirada de ansiedad y suspiró diciendo:

-¡Qué noche tan negra!

-Muy negra -le respondió el religioso- pero más negra es la eternidad y a ella avanzamos sin descanso.

El anciano contempló el volumen de su amada hija, pues las tinieblas no le permitían ver sus lindísimas facciones, y otro suspiro voló goteando amargura en el espacio.

-Parece que sufre... -le observó el expresado sacerdote.

-Un poco, padre mío.

-Y su sufrimiento viene del espanto que le infunde Morgan...

-Lo habéis adivinado...

-No me puedo explicar ese amor ciego a la vida cuando la cubren ya los hielos. Sea más sensato, don Ricardo.

-Sin que imaginéis en mí la intención de faltaros al respeto, os responderé con vuestras mismas palabras que tampoco puedo explicarme ese amor en vos, a quien nada liga con la tierra.

-La vida es en mí una necesidad bajo el punto de vista en que el sacerdocio me coloca.

-Otro sacerdocio me impone el deber de amar la mía, que si vos sois padre espiritual yo lo soy natural, y la voz de la sangre grita tan alto en el fondo de mi alma, como en vuestra conciencia puede gritar la del deber. Ni vos ni yo podemos esperar cosa alguna de este mundo; casi debemos ansiar la muerte como principio del descanso eterno a que aspiramos todos en esa edad de hielo que decís... pero no somos nosotros dos los únicos que aquí nos encontramos...

-¿Y bien...?

-Temo a Morgan, y a la noche tempestuosa, y me estremezco hasta con la ola que se desenvuelve lejos de la nave; porque en todo veo un peligro de muerte para mi Isabela y ese generoso joven que me sigue. Ambos comienzan a vivir: ya veis que...

-Tranquilizaos, don Ricardo, repuso el fraile con acento enfático: más allá de estas sombras y estos mares, de ese viento que ruga y esas nubes que se agrupan, hay una vida sin dolores para

las almas que no han perdido su pureza. La de vuestra inocente Isabela entrará sin estorbos por las puertas de esa vida, que es eterna: la de vuestro siervo esperará.

La joven estrechó convulsivamente la mano de su anciano padre, al mismo tiempo que se oyó un gemido sordo algo separado de la popa, que era el lugar en que se hallaban los tres actores de esta escena. De súbito un relámpago bañó en luz toda la cubierta y el fraile vio al joven indio de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y la amargura en la frente, mientras miraba a la parte en que se escondía la doncella, con los ojos arrasados en lágrimas. Hubiérase dicho por otros que no le conocieran que Tuzlo (este era su nombre) estaba encargado de representar elocuentemente la estatua del dolor, su gemido, que al vibrar voló en alas del recio viento que soplabá, resonó en el alma sensible de Isabela y avisó a la vez la malicia del osado religioso, el cual dirigiéndose a don Ricardo continuó de esta manera:

–Lo que os debiera afligir en alto grado es que esas almas se extraviasen en el sendero de la vida a efecto de una dolorosa abnegación o de una audacia imperdonable... Entonces sí tendríais fundamento a desolaros; porque no habría seguridad de que esas almas entrasen triunfantes por las puertas de la gloria, cuya conquista debe ocuparlas sin descanso...

–Señor –repuso el anciano con orgullo– nadie se atreve a responder del porvenir; pero de momento mi hija es tan digna de pasearse en el centro de esa gloria como los mismos ángeles: puedo asegurar que si muriera ahora su espíritu se suspendería majestuosamente hasta Dios a través de las tinieblas que cubren todo el firmamento.

–Sin duda, don Ricardo; pero ese porvenir, ese mundo de dudas y desastres morales en que la humanidad se agita a todas horas... esas pasiones que silban a su rededor y la precipitan tal vez sin premeditación en un abismo de torpezas, no están muy lejos de su virtud y meditan empañarla...

–No os comprendo, señor... –añadió confuso don Ricardo.

–El amor puede verter mañana en su corazón una gota de veneno...

Tuizlo, que había adivinado a donde se dirigían las tremendas frases del sacerdote, se adelantó hacia él y le dijo:

–Perdonad, padre mío, que os pregunte si el amor cierra a los mortales las puertas de esa gloria eterna de que habláis.

El fraile lanzó un rugido sordo, sus ojos chispearon siniestramente debajo de la capucha, y repuso con una voz que la ira entrecortaba:

–Las cierra para las almas que lo profanan por el camino de la seducción o de la violencia...

–¿Y cuál es la que lo procura empleando tales medios?

–La del siervo, por ejemplo, cuando sin tener cuenta en su condición se atreve a requebrar de amores a la de una joven distinguida.

–No hay siervo, padre mío, que se atreva a tanto. Las malas pasiones como el odio, la venganza y la ambición en sus diversas aplicaciones, son las que hacen a los hombres olvidarse de sí mismos conduciéndolos más allá del extravío; pero nunca el amor verdadero, que respetuoso y delicado o corona sus votos sin borrascosos arrebatos, o muere con el alma que le sustenta en brazos del mudo sentimiento. Un siervo puede sentir en medio de las amarguras de su estado: tal vez puede sentir con mucha más hidalguía que aquellos bajo cuya férula vegeta. Sin embargo, no por esto se precipita en el océano del olvido, pues antes que al sentimiento escucha atentamente a su deber, mientras otros faltan a los suyos. Yo soy, padre mío, más justo que vos.

–En efecto: queréis haceros singular en vuestro círculo...

–¡En mi círculo! –repitió el mancebo con indignación y amargura.

–Queréis justificar el amor que desde el polvo de la servidumbre se levanta atrevidamente hasta el trono de la soberanía... Eso es natural en vos, pero ridículo.

–¡Señor! –exclamó Tuizlo rechinando los dientes como un oso– habláis con un hombre que libre tanto o más que vos, es a la vez doblemente generoso; puesto que antes compadece y defiende la desgracia que lo insulta abusando de sus ventajas. Si las apariencias son las que os autorizan para desfogar contra los siervos en general, podéis moderaros siquiera por miramientos a vuestra dignidad. Siervo soy; pero siervo voluntario.

–¡Voluntario...!

–Preguntad a don Ricardo, y dad a vuestras iras un rumbo más noble, o sofocadlas; que un sacerdote debe ser un modelo de moderación y mansedumbre.

El fraile reventó entre sus manos el cordoncillo del rosario, no pudiendo dar otra satisfacción a su soberbia derrotada, y las menudas cuentas rodaron dispersas por toda la cubierta; mientras don Ricardo sin comprender todavía el fondo de aquellas turbulentas explicaciones, sin duda preocupado por los peligros que le rodeaban, tomó la palabra para decirle:

–En efecto, padre mío. Tuizlo cayó prisionero hace ocho años, en las llanuras de Bávaro, en una refriega que tuvimos con las huestes de Cayacó, el reyezuelo de Samaná. Aterradas con nuestras armas de fuego, nuestros caballos y armaduras, huyeron precipitadamente, no obstante su crecido número, lanzando con las armas lastimosos alaridos; solo Tuizlo quedó en el campo, de pie y con la risa del dolor sobre los labios, risa que explicaba toda la compasión que le inspiraban sus débiles vasallos. Entonces yo mismo le intimé que se rindiera y me entregó sin resistencia el arco y el carcaj. Como en esos días se enviaban a los trabajos de minas todos los indios prisioneros, y me había interesado no menos que su valor su gallarda juventud, lo puse bajo mi salvaguardia para sustraerlo a una muerte inevitable. Cayacó supo que vivía, que estaba a mi lado y remitió palanquines cargados de oro, finas piedras y preciosas plumas, en cambio del prisionero cuya suerte lloraba sin consuelo lo mismo que el inmenso cacicato; pero Tuizlo contestó que no quería avergonzar con su presencia a los cobardes que le volvieron la espalda en el peligro, y aunque todos los años han repetido las mismas ofertas y los mismos ruegos hasta por conducto de hermosísimas doncellas, el día aniversario de su prisión, el joven se ha mantenido inexorable.

–Pero de todos modos –repuso el dominico, mal reprimiendo su despecho– venimos a parar en que voluntario o no, Tuizlo es vuestro siervo, puesto que le hicisteis prisionero.

Su prisión fue obra de su voluntad: nada le estorbaba haber huido a la par de los demás el día del combate.

–No importa... os sirve.

–De compañero y amigo. Educado al mismo tiempo y al igual de mi Isabela, Tuizlo ha sabido corresponder a mi cariño.

–¡Se comprende! –Murmuró aquel fulminando una mirada terrible sobre la figura del mancebo, que lleno de dolor se había retirado con sus últimas palabras y echado de bruces en la borda del bajel.

–Su valor –siguió diciendo don Ricardo sin oírle– libró mi vida del coraje de los indios que, mientras me ocupaba en levantar el plano de la ciudad de La Vega Real, cayeron sobre mí resueltos a sellar con sangre sus rencores; pues por toda la isla me detestaban aquellos en su amor de idólatras a Tuizlo, y en la falsa creencia de que yo le secuestraba su albedrío. Pero él se presentó cuando ya apuntaban hasta cincuenta flechas a mi pecho, les habló en su lengua, y mis enemigos se dispersaron por los bosques. A Tuizlo, pues, debo la vida; y si como quiso acompañarme en este viaje, hubiera preferido volver a Samaná, crea usted que me hubiera dado un gran pesar.

Mientras don Ricardo explicaba de esta manera al irritado fraile la condición con que Tuizlo le seguía, Isabela, cuya actitud era efecto del mareo, había doblado la frente como las flores de la tarde al tender la noche sus primeras sombras, quedando al punto sumergida en un sueño profundísimo. Menos dichoso, el mancebo lloraba desde su apartamento, íntimamente convencido de que no solo había adivinado el tremendo fraile su amor hacia Isabela, sino que llevaba su osadía hasta amarla olvidado del mundo y de sí mismo.

–¡La ama! –decía con amargura al propio tiempo que volvía los ojos sobre el grupo en que ella se ocultaba– ¡La ama, los celos lo devoran, y... lo pierden...! ¡Sí! Lo pierden; porque a la primera indiscreción que ponga en juego le ahogo sin piedad entre mis brazos... ¡Oh! ¡Con cuánta astucia ha querido rasgar el velo a don Ricardo! ¡Con cuánta insolencia me ha dicho que los siervos no deben levantar sus ojos del polvo de la servidumbre para detenerlos sobre el trono de la soberanía que obedecen...! ¿Siervo yo...? ¿Y de quién...? ¿En qué lugar de mi cuerpo chirreó jamás el hierro escandecido, ni a cuál autoridad rendí homenaje por la fuerza? Pero don Ricardo sabe que soy tan libre como

él y como el viento... sabe que hasta hoy vivo a su lado por mi voluntad, que ningún voto me obliga a seguirle sino la gratitud a su cariño... y sin embargo, don Ricardo, lejos de justificarme a los temerarios juicios de ese fraile, ha permitido que se me insulte... Una sospecha horrible me asalta en este instante... ¡Oh! Si el llevarme a Borinquen fuese para venderme como a un esclavo en el mercado... ¡Imposible! Imposible... ¡El padre de Isabela me ha hablado muchas veces de la hidalguía castellana y no querrá mancillarla ahora torpemente atropellando al que, si nació salvaje, sabe sin embargo apreciarla tanto como él! Además, me debe la vida; y esta deuda no se paga con ingratitudes y traiciones.

Tuizlo calló: ¡su alma, envuelta en la tupida red de los recelos, no podía seguir analizando su situación sin caer postrada ante el fantasma de la desgarradora incertidumbre...!

La nave seguía silenciosa resbalando sobre el mar, y la tripulación rendida por las fatigas de la maniobra dormía diseminada en toda la cubierta. Solo el piloto rigiendo en popa la caña del timón y Tuizlo, siempre dado a sus hondas inquietudes, eran los únicos espectadores del cuadro que ofrecía la naturaleza aquella noche, cubierta de tinieblas y rugidos; pues como Isabela, don Ricardo y el fraile se habían entregado simultáneamente a un sueño profundísimo.

Los relámpagos se sucedían los unos a los otros iluminando el mundo desde la altura, y descubriendo en medio de la inmensidad al bergantín que, como una visión, seguía a lo largo del canal y muy próximo a la costa. El piloto silbaba por lo bajo una canción patriótica. Tuizlo, con la cabeza sepulta desde la frente arriba entre su mano derecha, recorría silencioso todo el campo del pasado, buscando algún motivo para justificar las desgarradoras sospechas que contra don Ricardo le había forzado a concebir el lenguaje del dominico. Nada, sin embargo, concurría a su propósito: don Ricardo le había educado esmeradamente a par de Isabela y como a ella le consagraba un cariño entrañable; y si las falsas creencias de Tuizlo en materia de religión habían sido parte a que con este sostuviese más de una tesis encendida, jamás llevó su fe al punto de siquiera exasperarle, esperando que el tiempo y los buenos consejos le trajesen a una saludable conversión.

Pero si estas verdades caían como un bálsamo sobre el fogoso corazón del joven indio; si a la luz de ellas se desvanecían las negras sombras que rodeaban el cuadro de su suerte venidera recogiendo del pasado más de una prenda de seguridad en el buen afecto de don Ricardo; ¡ay! su alma suspiraba de dolor apretada por el tormento de una pasión frenética si bien incógnita. Sí, incógnita; porque amando a Isabela con ese amor gigante que se engendra y desarrolla arbitrariamente en los primeros años de la vida: con ese amor único indomable –amor de borrascas que desde el pedestal del espiritualismo parece desafiar las decepciones humanas– no había tenido él bastante denuedo a descubrirselo. Y contenido de este modo por los diques del respeto no menos que por la idea de que su condición primitiva de salvaje le valiese algún reproche en los dulcísimos labios de Isabela, el arrebatado Tuizlo sentía rugir un volcán dentro su pecho, volcán cuyas irrupciones, sucediéndose sin tregua, le tenían igualmente incendiada la cabeza...

Un rumor acompasado y no muy lejos de la nave estalló de momento en sus oídos... Tuizlo levantó la hermosa frente con una inquietud indefinible y llamó al piloto a media voz para no alarmar a los demás; pero el piloto no respondió porque a semejanza de aquellos se había dormido un minuto antes amarrando la caña del timón. El ruido continuaba, y cada vez que se levantaba de las olas anunciaba avanzar cuatro brazas, según la intensidad de que parecía revestirse.

V

Tuizlo replegó los párpados para centralizar y hacer más viva la lumbre de sus ojos: miró al mar... y se estremeció: había sorprendido sobre las montañas de agua que hervían alrededor un bulto informe, pero horrible, una especie de carro que volaba por la voraginosa superficie, con la rapidez de la golondrina, resuelto a chocar contra el costado del bergantín. Su primer pensamiento fue el de avisar a sus compañeros de viaje y al capitán, y al piloto; pero mal seguro de sus tristes presunciones y temiendo que pudiesen valerle algunos epigramas si resultaban quimeras de su

fantasía estimulada con lo horrendo de la noche, determinó callar por el momento.

Pero un relámpago brilló tiñendo el mar de su lumbre amarillenta... ¡Dios mío! –exclamó Tuizlo con el acento de un profundísimo dolor, sepultando el rostro frío y sudoroso entre las manos. Aquella invocación lanzada al aire con el acento de la más íntima amargura, resonó en los oídos del piloto.

–¿Quién llama a Dios? –Preguntó con enfado y frotándose los ojos.

–¡Silencio! –Le repuso Tuizlo con autoridad– antes que dormir debíais haber estado sobre aviso para no veros y vernos todos, cual nos vemos ahora, en los brazos de la muerte. Yo soy el que ha llamado a Dios para que nos defienda de los hombres; ¡oíd!

El ruido continuaba aproximándose.

–¡Calle! –Exclamó aquel con sigilo– eso que suena es el golpe de unos remos cimbrando sobre las olas...

–Sí, de unos remos que arrastran sobre nosotros una barca...

–¿Una barca, decís? Entonces, camaradas, hicisteis bien en llamar a Dios; porque...

–¿Lo habéis adivinado...?

–Esa barca...

–¡Es la de Morgan!

–Precisamente.

El rumor había cesado: Tuizlo despertó a don Ricardo y al sacerdote agitando sus cuerpos suavemente sin revelarles el peligro que en aquel momento les rodeaba; luego se volvió al piloto.

–¿Tenéis armas? –Le preguntó con una resolución desesperada.

–Ni las tengo –respondió aquel– ni puedo ir a procurarlas, porque si abandono la caña el barco andará al garete: pero id a despertar al capitán y él os proveerá.

Don Ricardo comprendió por estas palabras que había llegado la hora suprema de la prueba y presentó sus pistolas a Tuizlo diciéndole:

–Toma, hijo mío; pero no te fíes únicamente a tu valor en el trance en que te encuentras...

–Eso digo yo, señor –repuso el piloto– es preciso avisar a los demás y...

–Es excusado, señores –observó una voz de trueno sobre la cubierta junto a la escalerilla de babor, mientras resonaban las pisadas de hasta una docena de hombres repartidos por entrambas bandas– apenas intentéis la más ligera resistencia seréis todos pasados a cuchillo.

Pero aún no habían acabado de resonar estas últimas palabras cuando el hombre que las pronunciara advirtió que a su rededor montaban con resolución una pistola.

–¿Quién va allá? –Repuso un tanto sorprendido.

–Un hombre decidido a jugar su vida contra la tuya –le respondió Tuizlo.

–Quien quiera que seas desde ahora me atrevo a jurar que pierdes la partida.

–Tal vez.

–No creas que lo digo por aterrarte, pero siempre han caído a mis pies los más fuertes banqueros.

–Es que tú entonces apuntabas...

–Lo mismo que ahora, camarada –y montó a su vez una pistola.

–En efecto –repuso Tuizlo sin turbarse– solo que entonces no tenías al frente un punto tan fuerte como tú, sino banqueros indefensos; y pudiera suceder que en esta partida cayésemos los dos para nunca levantarnos.

–Bien te explicas: veo que eres pájaro de mi misma pluma.

–Mejor dijeras de tu misma fibra.

–Pero como buenos jugadores comencemos por hacer conocimiento: ¡yo soy Morgan!

Al escuchar aquel terrible nombre el fraile y don Ricardo se estremecieron, mientras Isabela se desmayaba en los brazos de este último: el piloto se acercó a ellos con la caña del timón en la diestra resuelto a defenderlos como Tuizlo.

–Sí, señores –repitió el bandido– yo soy Morgan, el monarca del océano como ustedes me apellidan.

–Y también te llamamos el espanto de la humanidad –repuso el denodado joven–: pero todo puedes dejar de serlo en este instante si no mandas a tus satélites que se retiren.

–¡Hijo mío! –Exclamó don Ricardo traspasado de amargura.

–Nada temáis –repuso el valeroso Tuizlo, agitando sus pistolas–: Dios es grande y no apartará su mirada de nosotros.

–Pues entonces aquí estamos hasta trece dioses, puesto que trece tenemos sobre ustedes la mirada.

–¡Nada de bromas soeces, Morgan! O haces como te digo, o como lo dije, te mato.

El bandido, después de un momento de reflexión, se volvió a los suyos y les intimó el precepto de alejarse.

–¡Y bien! –dijo al mancebo– despachemos, que no estoy acostumbrado a perder el tiempo. Ya tus camaradas se alejaron...

–¿Conoces a Cayacó? –Le repuso aquel con dignidad.

–¿Al reyezuelo de Samaná?

–Precisamente.

–Le conozco por sus riquezas, de que hace poco tomé una buena parte.

–¿Quieres la otra?

–¡Vaya que si la quiero! Aunque no amo el oro siempre lo procuro para satisfacer la ambición de mis valientes. Pero, ¿quién eres tú para brindarme con los tesoros de Cayacó?

–¡Morgan! Haz que a mí y a los que gimen a mi espalda nos respeten esos que has llamado tus valientes, que sin excepción nos vean como fuera de su autoridad, y Samaná entera será tuya.

–Lo prometo. Sean ustedes quienes fueren, nadie incluso yo ha de tocarles ni inquietarlos. He llegado a comprender que eres un bravo, y todo estoy dispuesto a concedértelo, menos que no pagues a mis camaradas tu libertad con tus baúles, porque eso es exclusiva y forzosamente suyo. ¡Ea!: quiero que arreglemos esto como amigos: escucha.

Se oyó sobre el mar un ruido áspero como de un cuerpo pesado que caía de improviso sobre su revuelta superficie.

–¿Y bien?

–Eso que ha rodado es mi pistola.

Tuizlo entregó las suyas a don Ricardo y Morgan continuó:

–Me ofreciste la parte de riqueza que posee Cayacó...

–Sí. Te ofrezco en mi rescate y de mis compañeros de viaje toda la península de Samaná.

–¿De qué manera?

–Presentándonos tú y yo a Cayacó.

–Vamos, que tú deliras.

Don Ricardo se incorporó diciendo al joven:

–No salgas, por Dios, de un peligro para hacer frente a otros mayores. Sea cual fuese nuestra suerte resignémonos: ¡no es la locura el camino de la salvación, Tuizlo querido!

–¡Tuizlo! –exclamó el pirata con asombro– ¿Tú te llamas Tuizlo?

–Ese es mi nombre.

–¿Y tu padre es Cayacó?

–El señor de Samaná.

–Entonces... hace algunos años que caíste prisionero.

–Tú lo dices.

–¡Ah! No te equivocaste al asegurarme la posesión de ese vasto territorio, porque todo lo daría tu padre por tornarte a ver entre sus brazos. Sin embargo, Tuizlo: no acepto tu ofrecimiento. Que Cayacó dé por tu rescate y el de tus compañeros algunas láminas de oro que repartir entre los míos, y lo demás corre de mi cuenta.

–¡Morgan! –Repuso el joven estrechándole la mano al forajido–: tendrás oro, mantas y corales si cumples tu promesa de inviolabilidad: aunque pirata, te creo bastante honrado para respetar tus juramentos.

–La profesión del hombre, Tuizlo, no altera sus principios. Las malas profesiones corrompen la conciencia.

–La corrompen cuando constituyen una vocación.

–Nadie, Morgan, es perverso por instinto: para serlo se comienza por abjurar de la virtud, y el hombre sin virtud es una bestia perpetuamente sierva de los más feroces arrebatos. Tú serías leal y bueno en todo antes de convertirte en cruel y sanguinario; pero de momento yo no veo en ti otra cosa que el pirata; y si antes de serlo me hubiera abandonado ciegamente a tu promesa, hoy recelo de ella al contemplar que vistes un buriel ignominioso.

El fraile dominico se arrastró hasta los pies del mancebo diciéndole a hurtadillas:

–Menos severidad, hijo mío: no irrites al chacal entre su bosque.

–¡Señor! –le repuso aquel con la misma reserva– más que la predicación persuade el buen ejemplo...

–Perdona, Tuizlo... –y rechinando los dientes de despechos se alejó agobiado bajo el peso del reproche, si bien jurando su venganza.

A su vez llegaron don Ricardo, que abrazó con efusión a Tuizlo, y la hermosísima Isabela, que le estrechó una de sus manos con ardor y gratitud. Entretanto, Morgan discurría por la proa ocupado en recoger a su gente y encargarle la maniobra de la nave. Algo de horrible había pasado en la bodega a juzgar por las blasfemias que de improviso rodaron por sus labios; mas no fue posible comprenderlas puesto que al volver y apoderarse de la caña del timón eran otros su acento y su sonrisa.

VI

La noche iba serenando a medida que avanzaba: algunas estrellas se presentaron repartidas por el firmamento y el viento disminuyó su intensidad. Tuizlo observó que este último soplabla del Poniente y dijo a Morgan:

–¿Qué rumbo llevamos?

–El de la Saona –respondió aquel– allí daremos fondo y cuando quieras escribirás a tu padre lo que tenemos acordado. Mientras tanto, ni faltan buenas chozas ni sabrosas frutas, ni riquísimo pescado. Estaréis todos en completo albedrío, hasta que hecho nuestro arreglo volváis a seguir tranquilamente vuestro viaje.

–Así lo espero –repuso el joven indio.

Un ruido sordo, y otros hasta trece seguidos con muy cortos intervalos, se oyeron sobre las crestas de las ondas: el bandido rugió sordamente y sus dientes rechinaron a compás de la azotada arboladura.

–¿Qué es eso? –preguntó con sorpresa don Ricardo.

–Una desgracia –respondió Morgan– que no me ha sido dable evitar. –Y reflexionando un instante como quien acaba de cometer una imprudencia, añadió–: pero una desgracia común en este elemento que me agita desde algunos años, aunque sin poderme acostumbrar a ella.

–¿Y se puede saber qué género de desgracia es esa que decís?

–Por fuerza habréis de saberla: se dice generalmente que entre cielo y tierra nada hay oculto.

–En efecto –exclamó el fraile con intención– Dios en su equidad infinita no permite que los hechos y los pensamientos de los hombres guarden por mucho tiempo el incógnito, aun para los hombres mismos. De otra manera el crimen se entronizaría sobre la Tierra, y las pasiones más ilegítimas apurarían el licor hasta las heces. Siempre hay una mano, señor Morgan, que rasga el velo de improviso y deja expuestos el crimen y la pasión a su vergüenza.

–Vergüenza tanto mayor –repuso Tuizlo entre rabioso y burlón– cuanto más pura debiera ser la conciencia sobre la cual cae como estaño derretido...

–Sí, hijo mío –pensó don Ricardo después de oír con entusiasmo a su pupilo– la culpa siempre es una: el juicio no hace otra cosa que exaltarla con su asombro en relación directa del origen.

–Pero una conciencia recta está libre de sudar al vapor de la vergüenza –añadió el sacerdote.

–Esa rectitud, padre, es un fantasma que acaricia la vanidad del hombre sea cual fuere su carácter.

–¡Señor Tuizlo! –gritó aquel irritado– todo absolutismo es temerario, y el de vuestras palabras me obliga a establecer una excepción, aunque inmodesta. Mi conciencia no gime bajo el precio de la vergüenza.

–¿Y bien? –repuso Tuizlo con fingida calma– tampoco podéis responder de que mañana abra en ella un capullo la pureza, aunque sacerdote, sois un hombre como yo, y siendo hombre, ¿podréis asegurar que nunca morderán vuestro corazón las pasiones a que el mío está sujeto?

–Yo no pertenezco al mundo, que es su único elemento...

–Pero en el mundo andáis, señor; y con mi propia forma y con mi espíritu, veis lo que mis ojos ven, juzgáis lo que mi juicio juzga, y sentís y deseáis lo que mi corazón siente y desea. De vos a mí no existe otra disparidad que la del traje; pero a través de él... ¡ah! ¡cuántas veces habréis sentido latir vuestro corazón en presencia de una hermosa!

–Tal vez... –dijo el fraile con despecho– pero ese latido pasajero no engendra una pasión nefanda, ni ofende a la sociedad, porque su vibración no tiene timbre y se pierde desconocida en el vacío... Un latido, además, no es un desborde...

Y sonrió con malicia.

–Sin duda... –contestó Tuizlo comprendiendo el epigrama– pero un latido suele a veces ser más vituperable que un desborde... Supongamos, por ejemplo, que yo, triste siervo, sin tener en cuenta mi condición me atreviese a requebrar de amores a la angélica Isabela...

El dominico frunció las cejas de enojo, adivinando sin duda la manera con que Tuizlo iba a glosar esas palabras; este continuó:

–Y supongamos también que vos, sin tener en cuenta vuestro carácter os atrevieseis solamente a pensar en ella... ¿Cuál de nosotros dos sería más culpable...? Yo con mi triste condición de siervo, me olvidaría de Isabela al requebrarla; pero vos, con aquel latido y un pensamiento de su amor, os olvidaríais de vuestros votos... En una palabra: yo ofendería a la tierra y vos al cielo; yo a la humanidad y vos a Dios... Esto lo digo, padre, en pura hipótesis, con respeto a la austeridad de vuestros deberes y solo para probar que ni hay conciencia exenta de la culpa, ni nadie debe hacer alarde de infalible en el seno de esta vida tentadora...

–En efecto –añadió balbuceando el sacerdote– ni nadie está a cubierto de la vil calumnia...

–Ni nadie puede impedir –repuso Tuizlo– que al sorprender un secreto revelemos otro idéntico que escondía nuestra alma, y que bajando del sitial del juez pasemos a ocupar el banco del acusado...

–Todo lo pueden la malicia y el arrojito...

–O lo que es lo mismo, los celos que bombardean un corazón de estopa y la intemperancia que azuza un carácter irascible...

–Señores –pensó don Ricardo comprendiendo algo de aquella peligrosa discusión– paréceme que tomasteis por epígrafe algunas palabras de Morgan para extraviaros en unos análisis fisiológicos ajenos del momento y de lugar.

–Sí señor –dijo el pirata– ahora me acuerdo haber contestado que pronto se sabría la causa de aquel ruido que oísteis en la mar; pero Tuizlo se enredó de palabras con el padrecito, y juro a Dios que el mozo se explica de lo lindo...

–No juréis, señor Morgan –repuso el fraile– se puede creer en vuestra palabra sin invocar el santo nombre de Dios.

–¡Quiá! Dios es bueno y perdona: ojalá perdonáramos como él acá en la tierra... Pero... dime Tuizlo: ¿quién es esa hermosa Isabela que hace poco nombrasteis?

–Es la hija de este caballero –repuso aquel señalando a don Ricardo.

–¿Y, por supuesto, viene aquí?

–Sin duda.

–Será joven...

–¡Mucho!

–Y como hermosa, sensible...

–En alto grado, señor Morgan –dijo don Ricardo arrebatando la palabra a Tuizlo que iba a responder y colocándose al lado de su hija– pero ¿queréis explicarme qué significan esas preguntas...?

–Ningún peligro amenaza a vuestra hija, caballero.

Morgan dijo estas palabras con inesperada dulzura calmando la inquietud que como una inmensa oleada rodeaba el corazón del buen anciano.

–Pero en suma –repuso este– por lo menos algún misterio envuelven...

–Sí señor... para ella por ahora y para todos... el misterio del ruido aquel...

–¡Ah, sí! El de aquellos golpes repetidos...

–Precisamente.

–¿Y cuándo pensáis revelarlo?

–En el momento de saltar a tierra.

El piloto, que se había quedado dormido inmediato al gallinero, dio una vuelta murmurando algunas frases. Morgan dijo a don Ricardo:

–¡He aquí un hombre que ha de nacer al despertar!

El anciano miró al pirata, a favor de la luna que ya hacía rato iluminaba al mundo; pero nada pudo leer en su semblante, que endurecido por el género de vida que le azotaba desde luengos años se había rebelado a toda expresión tierna o compasiva.

Tuizlo entretanto se había acercado a Isabela aprovechando un momento en que el dominico se había recostado a una de las bandas de la nave, y aquel en que don Ricardo departía con el terrible Morgan. La joven se estremeció al verse casi sola con el

hijo del cacique, sin poderse explicar el origen de aquella extraña sensación; pero al mismo tiempo sentía un placer indefinible recordando que a su brío debían ella y su padre la existencia. Por su parte el mancebo mezclaba el júbilo con una amargura profundísima, cierto de que el dominico amaba a Isabela con el amor más peligroso y audaz, con el amor que puro en su principio desciende a comunicar con todas las pasiones viles desde que se apercibe de su ilegitimidad y su impotencia.

Isabela comprendía que algo atroz torturaba el alma del mancebo, y no se atrevía a interrogarle porque el verdadero amor es respetuoso, y ella le amaba tiernamente, no tanto por lo joven que era y lo gallardo, cuanto por la solidez de sus virtudes, y tal vez por gratitud. En efecto, Tuizlo había impedido que don Ricardo sucumbiera bajo el golpe de la envenenada flecha del salvaje; y sabido es que el reconocimiento desarrolla con frecuencia una pasión íntima y a veces más duradera que las brotadas por las corrientes magnéticas de unos lindos ojos, o el murmullo delicioso de frases análogas, emitidas con oportunidad y con estudio.

Pero no era posible permanecer por mucho tiempo en este elemento de dudas y deliciosas ilusiones a que sin querer habían hecho frente entrambos jóvenes: hay ciertos géneros de expectativas que atormentan y no matan; pero más insoportables que la muerte misma por cuanto es eterno su dolor.

Según hemos dicho, Tuizlo se había aproximado a Isabela, es decir, que se encontraba a punto de rasgar un velo que ocultaba a los ojos de su alma la luz o las tinieblas, el paraíso o el infierno.

Por su parte la doncella le vio sentarse a su lado, y sonrió de gozo; pero una lágrima transparente vino a humedecer sus negros y brillantes ojos, rodando desde las puntas de sus luenguísimas pestañas hasta la mano del mancebo, a tiempo que, con la confianza casi fraternal que se trataban, le había tomado una de las suyas.

–¿Lloras, amiga mía? –Le preguntó Tuizlo con ternura– ¿temes acaso que una nueva calamidad amenace tu existencia?

–Temo, Tuizlo, que Morgan nos lleve a sus guaridas para sacrificarnos después de recoger los tesoros que le has prometido.

–Serénate, Isabela; Morgan no es capaz de tanta infamia, aunque pirata; y si por su mal la pretendiera, antes de ponerla en ejecución

habría lanzado entre mis brazos el último suspiro. No es Morgan el hombre de quien debemos recelar...

–Pero en todo caso tu vida estaría rodeada de peligros.

–Nada importan ellos tratándose de alejarlos de la tuya.

–¡Siempre generoso, Tuizlo!

–¡Siempre desgraciado!

–¿Desgraciado...? ¡Ah, sí! Por los peligros que en este instante nos rodean...

–No, Isabela hermosa: mi desgracia procede de otra causa muy distinta... Tiempo hace que en nada de lo exterior se detienen mis miradas, sino que se vuelven únicamente al corazón, porque este sufre un dolor agudo difícil de combatir... El mundo se levanta cada aurora con el mismo manto de preocupaciones que le simboliza desde su origen, y el hombre despierta con su lumbre y sus rumores a devorar amarguras, a perder lágrimas y evaporar suspiros... ¡Ah! Mi desgracia, hermosísima Isabela, se remonta a un elemento muy distinto del que ahora nos rodea, si bien es cierto que en él he venido a comprenderlo...

–Tus palabras, Tuizlo, encierran un misterio que no puedo penetrar; pero un misterio que me ofende. Has dicho que en nada de lo exterior se detienen tus miradas, y... esa confesión vale para mi alma por todo un desengaño. ¡Ah! Cuando te he visto renunciar tantas veces a los brazos cariñosos de tu padre: cuando has ensordecido al amor de la patria a tu libertad por vivir bajo nuestro techo soportando con heroísmo el injurioso epíteto de esclavo... en fin, cuando aquí, esta misma noche has sido el único que lleno de valor ofreciste tu pecho a la bala del pirata por defendernos de una muerte segura después del deshonor y de la infamia... entonces creía que tus ojos se detuvieran en algo más que tu interior... pero dice bien mi padre... el hombre no obedece más que a la autoridad del egoísmo...

–¡Oh Isabela! –exclamó el joven con voz entrecortada por la pena– ¡tu injusticia solo iguala a mi dolor!

–¿Mi injusticia...?

–¡Sí, por Dios...!

–¡Ojalá dijeras verdad!

–Óyeme, Isabela, y perdóname si al descubrirte el verdadero estado de mi alma te pruebe hasta qué punto has sido cruel con quien antes que reproches merece tu absoluta compasión. Mi origen, Isabela, es puro como el Sol; un indio bien puede ser noble a par de un castellano, pues el haber nacido en latitudes diferentes y tener por esta razón la piel más o menos blanca no se opone en manera alguna a un nacimiento distinguido, que solo difiere relativamente de cualquiera otro pero que en la esencia es uno.

–¿Quién puede dudar de esa verdad? –preguntó con asombro la doncella que ignoraba a dónde se encaminaba el discurso del mancebo.

–¡El mundo, Isabela! El mundo que perseverante en su orgullo ha trazado una línea divisoria que no pueden hallar más que sus adeptos, sin que basten a sobornarle los sentimientos elevados o las purísimas virtudes.

–Pero el mundo...

–¡El mundo somos nosotros...!

–Entonces, yo soy uno de los muchos seres que coronan tu alma de amargas... ¿No es esto Tuizlo...?

Y la joven exprimió una lágrima más entre sus párpados.

–No, Isabela: no debemos individualizar porque entonces me sería imposible proseguir en el camino de la revelación. El mundo me rechaza de su seno y es a él a quien acuso. Mi alma es sensible, Isabela: sensible como la hoja del árbol al soplo más ligero de la brisa...

La doncella retiró su mano que el joven indio había estrechado suavemente al pronunciar aquellas significativas palabras y sintió que la emoción se levantaba de su pecho a la garganta como una columna de fuego.

–Pero mi alma –continuó Tuizlo– el alma de un salvaje... el alma de un impuro habitante de los bosques de América que aunque solamente consagrada a la idolatría de lo bello morirá solitaria y aun escarnecida entre la más densa oscuridad... Este es mi secreto, Isabela, este mi dolor... ¿Qué me importa ser hijo de un cacique poderoso y tener una conciencia virgen de extravíos, si en medio de todo las preocupaciones se levantan a manera de

gigantes contra esa alma misma y le vedan rendir un tributo al sentimiento?

–¡Calla, Tuizlo! –exclamó con dificultad la conmovida Isabela; pero el apasionado mancebo continuaba sin escucharla:

–Nada importa a la verdad... Ese sacerdote mismo no cesa de justificarme en sus creencias con sus repetidos sarcasmos desde el momento en que ambos pisamos la cubierta de esta nave... ¡Oh! ¡Con cuánta crueldad me ha destrozado el corazón! ¿Y por qué? Porque más sagaz que austero en la observancia de sus votos, ha penetrado mi interior, y ruge de celos al ver que si no soy feliz, tampoco he renunciado solemnemente como él a la esperanza...

–Y bien, Tuizlo; puesto que esperas no eres del todo infeliz...

–Hay género de esperanzas, Isabela, que en vez de abordar a su propósito se estacionan y hacen vegetar la vida entre el deseo y la agonía... Yo no concibo cuáles sean las ventajas de semejante situación... Además, si tengo el derecho de esperar, no me atrevo a tanto... Sé que vivo en medio de un paraíso; pero; ¡ay! No soy yo el que puede aspirar el aroma de sus flores...

–Isabela llevó el pañuelo a sus ojos y comenzó a llorar con sigilo para no avisar a su padre de la emoción que la embargaba: necesitaba de aquel desahogo natural y socorrido, sin el que seguramente su corazón hubiera reventado a manera de una bomba de campaña, y acudió a él con esa docilidad bellísima de la mujer sensible que padece en el elemento mismo de sus soñadas alegrías.

Pero si las susceptibilidades encantadoras del pudor le hicieron primeramente retirar su mano de las manos enardecidas del mancebo, por un impremeditado impulso de ternura las buscó luego y estrechó con suavidad cuidando de ocultar sus lágrimas. Inútil es decir que Tuizlo la recibió con alegría tomando esta especie de abandono por un rayo de la esperanza que poco antes consideraba como distante de alumbrar los días de su borrascosa existencia.

Un rugido sordo se oyó a poca distancia y algunas frases articuladas a media voz, que no partían por cierto de los labios de don Ricardo o de Morgan, porque ambos hablaban a la vez de una manera bastante inteligible para que se le pudiera confundir. El piloto roncaba como un león, tirado sobre la húmeda cubierta,

y el fraile continuaba en su misma actitud, es decir, echado de bruces sobre la banda de estribor.

Algo más tranquila, la hermosísima Isabela retiró el pañuelo de sus ojos un tanto enrojecidos, pero brillantes y poderosamente cargados de esa languidez indefinible que pudiéramos llamar la electricidad del amor.

Dolido Tuizlo de la aflicción en que la había sumergido con la rápida descripción de su porvenir, fue el primero en romper el silencio, diciéndole:

–Esas lágrimas preciosas que he tenido la fiereza de arrancarte, serán, Isabela, el motivo de la expiación primera de mi vida. Ellas estarán presentes en mi conciencia a todas horas, y me gozaré en la amargura a que por fuerza deben conducirme.

–¡No son de dolor mis lágrimas, oh Tuizlo! –repuso la joven con suavísimo acento– ni aun cuando lo fuesen merecerían el sufragio de la expiación que intentarás imponerte. Mi llanto tiene otro origen... pero siempre es el llanto de uno de los seres que pueblan el mundo, indiferentes al soborno de los sentimientos elevados o las purísimas virtudes...

–¡Oh, Isabela! ¡Tú no eres lo que dices, sino un ángel de compasión y de bondad que llora como los humanos y siente inspirado por el mismo Dios...! A ser otra cosa...

Tuizlo se detuvo; pero ella le estrechó la mano con pasión, y presa de una inquietud indefinible al par que deliciosa, exclamó:

–¡Acaba! ¡Acaba!

–Pues bien, Isabela mía... a ser un ente sometido a la influencia de las preocupaciones, ¡el alma de este salvaje no te amaría con la incomparable ternura que te ama! ¡Sí: yo te amo desde el punto en que la suerte me puso bajo el techo hospitalario de tu padre, te amo desde antes de conocerte; porque tú eres la virtud y la virtud es mi deidad...! ¡Isabela! Ten compasión de mí...

El joven iba a postrarse ante su amada, que yacía en una abstracción deliciosísima, cuando cerca de entrambos se oyeron los crujidos de unas ropas, al parecer pesadas y groseras. El indio levantó la frente con fiereza, y reconociendo los hábitos del dominico dijo resueltamente a Isabela, mientras con ademán solemne levantaba en alto una mano:

–En el nombre del cielo, Isabela: ¿perdonas el arrojito de mi alma, o aceptas el amor que te consagro?

–¡Tuizlo! ¡mi adorable Tuizlo! –respondió la joven con la misma religiosa entonación– ¡tuya soy hasta la muerte...!

Una infernal carcajada salió de entre los contraídos labios del cenobita restallando por toda la cubierta como el lejano eco de los truenos. Don Ricardo volvió la cabeza con sorpresa, y se encaminó hacia su hija algo molesto de aquel estrépito, más por la procedencia que por el efecto, y aun acusando en su interior la poca mansedumbre con que desde un principio se portara el turbulento sacerdote.

Tuizlo había desaparecido del lado de Isabela: el dominico ocupó inmediatamente el lugar de don Ricardo junto a Morgan. ¿Qué ideas habían brotado del cerebro de estos dos hombres al separarse de Isabela? He aquí lo que vamos a averiguar dentro de un instante.

El enamorado Tuizlo había logrado calmar en el fondo de su pecho la tempestad de dudas que sobre el amor de Isabela hacía tiempo le abrumaba: las últimas palabras que recogió de sus divinos labios valían por toda una existencia de venturas, y la esperanza iluminó la frente del mancebo.

El dominico, por el contrario, reventaba de celos: había oído la revelación de Isabela que desvanecía hasta la sombra de sus criminales ilusiones, y no pudiendo otra cosa apeló al genio de la venganza. Isabela no podía ser la víctima, aunque interiormente la acusaba: ella debía sobrevivir para que saboreara un día todos los tormentos que ese amor le reservaba a través de los transportes presentes.

Morgan continuaba gobernando, mientras el piloto, que había despertado, se mantenía a cierta distancia ocupado en disponer una cachimba.

El sacerdote se aproximó a Morgan con todo el aire de humildad que correspondía a su carácter, preguntándole si al amanecer estaría ya en las playas de Saona.

–Tal vez –repuso el pirata– ni el tiempo es malo ni estamos muy distantes; pero las tempestades estallan sin pasar aviso de atención, y cuando más se confía poner la planta sobre el seguro

arrecife, suele suceder que el marino desciende a las entrañas insondables de la mar.

–¡El cielo no lo permita! –Exclamó aquel con suplicante acento.

–No temáis, padrecito: aquí viene un ángel con nosotros, y los ángeles ruegan a Dios por los mortales.

–Un ángel...

–La señorita Isabela es más que mujer, según su padre.

–Sin embargo, Morgan... este ángel no está en la entera gracia del Señor, ese ángel se comunica con un idólatra a quien hace poco juró amar eternamente, y por lo mismo antes que participar de tu confianza temo más bien que nos acontezca una catástrofe.

Morgan midió al fraile de una mirada y el piloto, que sin propósito había oído las anteriores frases, se estremeció ligeramente.

–¿Y se puede saber –preguntó Morgan con indiferencia–, qué idólatra es ese que decís?

–El hombre que amartilló esta noche una pistola resuelto a poner término a tu vida...

–¡Ah...! ¿Tuizlo? –y los ojos del pirata se inyectaron de sangre.

–Tú lo has dicho, Morgan: el siervo de don Ricardo, que fingiéndose hijo de un magnate de su raza para halagar tus esperanzas, seduce taimadamente a la más celestial de las criaturas. Pero ya que sin pensarlo hemos tocado este asunto importantísimo, preciso es que nos pongamos de acuerdo para entorpecer la realización de los planes que en este momento concibe Tuizlo en su desmedida ingratitud.

–En efecto, padrecito: es deber de todo hombre evitar que otro cometa una mala acción...

Y el pirata, acercándose más a su interlocutor, añadió con indignación poco reprimida:

–Y también es un deber castigar la ingratitud...

–¡Pues eso! –Repuso aquel entusiasmado.

–Veamos cómo concebís ese castigo...

–Óyeme, Morgan. Tuizlo te ha prometido oro y piedras por el rescate suyo y de nosotros...

–Cierto...

–Tendrás que ir con él a Samaná, y como todo es una farsa volverás con él a tu chalupa...

–Adelante.

–¡Tuizlo no debe hollar de nuevo la Saona...!

–Es decir... que le ato un lingote a la garganta y le doy por sepultura el océano...

–¡Hijo mío! –Exclamó el fraile afectando una dolorosa abnegación– la medida es violenta y cruel; pero al mismo tiempo necesaria. Si la existencia de un hombre sin fe ni freno social que modere sus pasiones de salvaje ha de ser causa de la perdición eterna de una virgen modelo de virtud y de hermosura, Dios aceptará el sacrificio de esa existencia inútil, no como un holocausto, sino como un acto que se consuma para el mejor servicio de su causa.

–Pero... ¿y qué haremos luego para consolar a esa joven que le ama...? ¿Cuál de nosotros se encargará de enjugar su llanto sin que el remordimiento se levante como un fantasma entre su inocencia y nuestro crimen...? Pensadlo con más calma, padrecito: matar a Tuizlo es obra de un instante; pero herimos al mismo tiempo el alma de Isabela, la condenamos a una agonía perdurable, y... esto es cometer un doble crimen... ¡Si hubiese aquí otro pasajero joven con cuyo amor deslumbrarla...!

Diciendo esto el pirata había entrado con sus ojos de fuego hasta el corazón del sacerdote.

–En efecto –murmuró este sonriendo con malicia.

–Vos, padrecito... si no fuera ese ropaje...

–El ropaje es lo de menos...

–O vuestros sagrados votos...

–Mis votos... –y acercándose a Morgan añadió– ¡yo no he pronunciado voto alguno...!

Un relámpago de alegría iluminó la frente del genio de los mares, el cual continuó de esta manera:

–¡Vamos! O queréis chancearos, o deslumbrado con el bocadillo hacéis traición a vuestro santo ministerio.

–No, hijo mío –repuso el dominico con la hilaridad de un mozalbete– ni me chanco, ni jamás abrigué lo que se llama una pasión por Isabela: me gusta, no lo niego; pero como diferimos en edad he sabido reprimirme antes que ridiculizarme.

–Conque... hablando en plata: dijisteis...

–¿Que no he pronunciado voto alguno? Esta es la verdad.

–Sin embargo... habláis de Dios y de virtud, y me llamáis vuestro hijo...

–Es que de todas estas frases hice un particular estudio antes de embonarme este sayal, y las manejo oportunamente como si fueran de mi reino. Yo, como tú, Morgan, creo en un Dios Señor del cielo y de la tierra; pero como tú me río de la virtud. Por esta conformidad de conciencia te he revelado sin reparo mi secreto...

–Os equivocáis a lo que entiendo –repuso el pirata satisfecho de verle voluntariamente colocado en la cuesta de las confidencias–. Hasta ahora no me habéis dicho otra cosa si no es que no habéis pronunciado voto alguno: os resta explicarme cómo es entonces que vestís la túnica del sacerdote.

–Te lo explicaré más adelante... allá, en la Saona...

–¿Y por qué no aquí?

–Porque... alguien puede oírme...

El piloto se tendió en tierra sudando de ira y comenzó a roncar como si en realidad se agitara en un sueño trabajoso.

–¡Quiá! –pensó Morgan con aire distraído– el único que pudiera oíros es ese; y ya lo veis, ronca como la ola al reventar en los cantiles.

–No importa: ahora de lo que debemos ocuparnos es de la suerte de Tuizlo.

–Pues yo creo lo contrario –repuso el pirata afectando una calma de que no participaba hacía tiempo– Tuizlo corre de mi cuenta; pero en la duda de si sois o no lo que parecéis, creo que debo abstenerme de atentar contra su vida. Siempre me ha gustado jugar limpio: o acabáis de decirme qué embrollo encierra vuestra vida o no me habláis una palabra más de este negocio.

–Vaya, amigo Morgan –dijo el fraile con dulzura– no os enojéis por tan poca cosa con quien bien te quiere...

–Al grano, al grano.

El fraile tomó asiento sobre el tablado que hacía en la popa funciones de gallinero, y bajando la voz, como un penitente a los pies del confesor, dio principio de este modo a su relato:

–Hará sobre dos años que salió de Cádiz una barca con destino a esta isla, cargada de pasajeros que en su mayor parte eran empleados civiles y militares. Entre ellos venía también un

sacerdote de la orden dominica, hombre virtuoso y de avanzada edad que me tomó mucho cariño...

–Bien; pero vos...

–Yo venía de asistente de un coronel...

–¡Ola! con que sois rebajado...

–Dejaos de epigramas, querido Morgan, que el tiempo no anda de sobra.

–Podéis continuar, señor veterano...

–Pues el fraile, llevado de su buen afecto, y vistas las atenciones que yo le tributaba en la navegación, concluyó por hacerme su confianza y entregarme el cofrecito en que traía sus papeles, su dinero y un hábito nuevo, con que se disponía a saltar en tierra. Sucedió, pues, que como tú nos sorprendiste en esta noche, nos sorprendieron también en otra unos costeros próximos a la isla de Inagua, y desde que pusieron el pie en cubierta dieron la voz de degüello. Yo entonces me apoderé del cofrecito, y descolgándome por una banda al bote en que habían llegado hasta nosotros, comencé a bogar a la cía para no producir mucho ruido. Al día siguiente paseé mis ojos por el horizonte y ni rastro vi de entrambas embarcaciones, mientras la tierra se me aproximaba por la banda del Norte. Redoblé mis fatigas, y a la caída del sol pisé en lo firme, desde donde me dirigí a la capital ya con mis hábitos, y a la que llegué después de cinco días de camino. Mi primera diligencia fue presentarme al obispo y entregarle mis papeles.

–Bienvenido seas; –me dijo después de leerlos y colocarlos sobre un velador– pero te prevengo Carlos, que no vengas a turbar la paz de mi rebaño. Tus ideas maquiavélicas te han valido este destierro y esta suspensión en el ejercicio de tu carácter; no quieras con nuevas imprudencias acumular penas mayores sobre tu espíritu...

Comprendí que el verdadero fraile venía por castigo a La Española.

–Señor –dije a mi prelado– el cielo me ilumine y tenga en su gracia para no causaros mortificación alguna.

–Él te oiga, hijo mío, y te traiga a verdadera enmienda. Por ahora estarás un año sin celebrar el sacrificio de la misa, sin oír culpas

de otros pecadores ni administrar los santos sacramentos. Vivirás en el convento de tu Orden con austeridad, y harás constante penitencia en expiación de tus errores. Tal vez, si te haces digno de mi lástima, te rehabilite antes del año.

–Dicho esto me volvió la espalda y tuve a bien retirarme a mi convento.

Allí me dieron una celda y un lego, que me acompañaba principalmente por las noches. Gracias a su edificante vocación por el sacerdocio pude ponerme al corriente en menos de dos meses de todos los deberes, los rezos y las ceremonias a que me había obligado en un momento de irreflexión.

Había en la comunidad un fraile en extremo virtuoso, a quien estimaba mucho el obispo, mas que por orden de este me celaba, según pude comprender de algunas frases de mi lego. Sucedió pues, que estando un día en refectorio mis ojos ya prevenidos se encontraron distintamente con los suyos, por manera que cuando levantaba yo la frente tenía la seguridad de que él hacía lo mismo, y esto me irritó. Así fue que apenas concluimos, le seguí por las altas galerías, hasta que próximo a la puerta del coro me resolví a interpellarle después de ver si alguno nos oía.

–Disgustado me tenéis, hermano Pablo –le dije afectando pesadumbre– y disgustado en alto punto con la especie de espionaje que ejercéis tiempo ha sobre mis actos. No sé en qué género de culpa pueda incurrir para sufrir ese tormento el hombre que vive entre estos benditos muros entregado a la penitencia.

–Hermano Carlos –me contestó sin alterar su calma– ese espionaje que os doléis no es fruto de vuestros actos de hoy, sino el resultado de vuestros extravíos de ayer; y Dios sabe cuánto me es violento el tener que vigilaros, aunque me consuela la esperanza de que así podré veros muy pronto en pleno goce de vuestros santos ejercicios.

El buen Pablo había tendido a la espalda su capucha: su rostro estaba iluminado por un rayo de fe y de mansedumbre que me impuso. No obstante tuve valor para seguir en el camino de las explicaciones, las primeras que había provocado durante siete meses, y las primeras palabras que, fuera del lego, habían resonado en los oídos de un miembro de la comunidad.

–Según eso –repuse– vos, hermano Pablo, me tenéis por delincuente, olvidándoos que la calumnia no ha renunciado aún en el mundo el derecho de dañar.

–Os tengo, hermano Carlos, por un desgraciado y nada más.

–Bien: creéis que pequé...

–Así viene escrito de Sevilla...

–Eso puede proceder de odios engendrados en la juventud y desarrollados luego con el auxilio de una ventajosa posición.

–Tengo entendido, hermano, que vuestra culpa ha sido posterior a vuestra juventud.

–Quizá... –murmuré turbado recordando que en los papeles del pobre fray Carlos entregados por mí al obispo se le declaraba mal intérprete del dogma, y que por lo mismo mi argumento me había puesto en evidencia.

El hermano Pablo quiso aprovechar mi confusión para retirarse, acompañando con una humilde cortesía estas palabras:

–Dios os guarde.

Pero oponiéndome a su marcha le dije resueltamente:

–¡Una palabra!

–Os escucharé; pero sed breve.

–Habéis dicho que vuestro espionaje procede de mi ayer...

–¿Y bien?

–No creo, hermano, que sea necesaria tanta severidad para una culpa...

–Esa es queja que debéis enderezar a nuestro pastor.

–Privado del ejercicio de mis funciones, que es bastante, la debilidad de ayer queda expiada: vuestra vigilancia es un abuso insoportable para la vida austera que hoy soporto.

–Yo no entro en esas distinciones.

–Pero yo sí; para conocer que vos, hermano Pablo, traslimitáis vuestras facultades en este momento.

–¡Hermano! –exclamó el pobre viejo rebosando en amargura.

–La ambición del priorato sin duda os impele a oprimirme, creyendo recomendaros de esta suerte a los ojos del prelado para inclinar su ánimo a vuestro favor.

–¡Fray Carlos! –gritó el religioso fuera de sí– ved que me calumniáis injustamente y eso os puede traer mortificaciones más severas de las que hoy exaltan vuestro espíritu.

–No lo dudo, yo sé muy bien de todo lo que es capaz un favorito astuto cuando se trata de satisfacer al dragón de sus pasiones.

–Mejor hubierais hecho en estudiar las vuestras para sofocarlas antes que entregaros a su infernal regencia.

–Mis pasiones, fray Pablo, no han sido avisadas todavía... acaso vos seáis el primero que las irrite por el camino del insulto...

–¡Acordaos de Sevilla...!

–Acordaos de que siendo vuestro hermano en el Señor sois también un hombre que todavía no se ha prostituido hasta desempeñar el papel de un espión...

–Os comprendo: ¡sois un valiente!

Y la sonrisa del desprecio rodó sobre sus labios: luego continuó:

–Pero debéis saber que aquí fracasan los instintos feroces por convicción o por la fuerza...

–Mientras triunfan las intrigas por rivalidad o por codicia...

El fraile se estremeció, y no obstante hallarse encorvado por el peso de los años, levantó soberbiamente su cabeza revestida de canas, blancas como nieve: parecía un apóstol lleno de unción que se enhiestaba ante el peligro satisfecho de su conciencia misma. En cuanto a mí, un temblor no interrumpido circulaba por todo mi cuerpo revelando la rabia de que me hallaba poseído. El soldado iba volviendo del letargo que hacía siete meses le embargaba. Fray Pablo enjugó el sudor de su rostro con un pañuelo que extrajo de la manga del hábito, me fulminó una mirada terrible y me dijo:

–¡Fray Carlos! Nadie más que yo ha podido oír vuestros insultos a través de estas sagradas galerías, donde nunca hasta este momento resonaron. Si a pesar de vuestro carácter turbulento guardáis un átomo de juicio, no será difícil que muy pronto comprendáis que habéis faltado a la casa del Señor faltando a uno de sus más humildes siervos, y esto solo por desfogar enojos que nada tienen de común con él. Retiraos, pues, a vuestra celda, y nunca volváis a procurarme: yo os perdono en nombre de Dios vuestras injurias, pero esquivo vuestra palabra para el porvenir.

–¡Sea! –le contesté con frenesí– dejadme libre de la vuestra que desmiente tan bien vuestro hipócrita exterior, y haced que nunca se encuentren vuestros ojos con los míos.

–Podiera ser si no militaran en contra vuestra más que los excesos de Sevilla, y eso por obra de mi voluntad; pero esto que acaba de pasar aquí lejos de inclinarme a la indulgencia solo servirá para redoblar mi vigilancia.

–Acaso sea funesto el exceso de vuestro celo...

Y esto diciendo mi mano derecha se cerró con tanta fuerza que sentí penetrar las uñas en la carne.

–Antes que tal suceda –repuso con reposo el pobre anciano– Dios se habrá servido traernos al arrepentimiento y la vergüenza en la soledad de cuatro paredones.

–¡Cómo!... ¿Me amenazáis con la prisión?...

Y abriéndose mi mano de improviso descargó sobre el rostro venerable de fray Pablo una bofetada tan recia que el eco la repitió por las espaciosas bóvedas del claustro. Otro fraile que pasaba a lo lejos vio mi arrojó y acudió en auxilio de su hermano, quien con el rostro encendido por el golpe me contempló un momento y dijo a su compañero retirándose –compadecedle como yo le compadezco, hermano mío: ¡fray Carlos está loco!

Poco tiempo tuve de reflexionar en la enormidad de mi atentado que como religioso me sometía a las más terribles pruebas, pues a poco de entrar en mi celda se presentó a la puerta el guardián acompañado de cuatro legos intimándome la orden de seguirle. Le obedecí después de recoger mi breviario, seguro de que había llegado el momento de expiar la culpa que el verdadero fray Carlos cometiera en Sevilla, pero agravada en La Española por la bofetada del veterano que en mal hora tomó su nombre y su carácter. Bajamos una escalerilla secreta cuya claraboya daba al jardín, y después de atravesar diversos corredores oscurísimos, donde por efecto de la humedad corría un airecillo sumamente frío, llegamos a una habitación solitaria. El guardián introdujo la llave en la cerradura haciéndola chirrear ásperamente, luego empujó las hojas de la puerta, me hizo señal de que entrara y volvió a cerrarla. ¡La noche no es comparable en lóbreguez al interior de aquella horrible habitación! El guardián y los legos se

alejaron después de instalarme en mi calabozo, no oyéndose a poco tiempo otro rumor en todas aquellas galerías que el silbido o el aleteo de los murciélagos.

La puerta tenía un postiguillo, casi a flor de tierra, de modo que por este era que me introducían diariamente la comida. No había, pues, esperanza alguna de fugarse al horror de aquel encierro, en que para mayor angustia ni podía leer a efecto de la oscuridad que perennemente me rodeaba. Dos meses habían corrido a contar desde la tarde de mi encierro, cuando sentí pasos en la galería mientras flotaba sobre el techo la lumbre de un biandón (blandón N. del E.): luego oí que sonaba la cerradura: era evidente que venían en busca del criminal para juzgarle. ¡Oh amigo Morgan! ¡Qué terrible momento en una conciencia acusadora! ¡Confieso sin rubor que me estremecí, yo, soldado que entre mis camaradas tenía fama de impertérrito ante la lanza y el cañón...! Abrióse por fin la puerta y el guardián me dijo mientras uno de sus acompañantes me alumbraba el rostro con la antorcha:

–¡Fray Carlos! Nuestro prelado se digna redimirnos de la prisión a que perpetuamente estabais condenado a causa del escandaloso hecho que por lástima de vos mismo excuso el recordaros; pero os lanza de su diócesis, como un ser funesto al orden y la concordia que ha reinado siempre en ella. En cuanto a fray Pablo os acuerda su perdón.

–¡Señor...! –me atreví a balbucear.

–¡Silencio...! –Exclamó aquel con imperio– no os corresponde hablar sino obedecer. Vuestro equipaje todo se encuentra en estas horas a bordo de una carabela que con las primeras horas de la noche debe partir para Puerto Rico, y solo falta que os embarquéis. Seguidme, pues, sin dilación y sin aventurar una palabra que sea de todo punto inútil. Una cosa os recomiendo, fray Carlos, y os la recomienda a su vez nuestro prelado: cuando al llegar de Sevilla y presentaros a él os previno que fueseis humilde como digno siervo del Señor, respondisteis que no le causaríais linaje alguno de mortificación: habéis sido inconsecuente a esa promesa que os debía valer en cambio el perdón de vuestras pasadas culpas, habéis levantado la diestra para descargarla sobre el rostro venerable de un hermano cuya vida adornan tantas

virtudes como canas su cabeza... ¡Fray Carlos! ¡Fray Carlos! ¡Ved lo que hacéis en adelante, porque si no os enmendáis vuestra condenación es inevitable...!

Dicho esto se cubrió la cabeza con la capucha y comenzó a andar: sus familiares me intimaron la orden de seguirle cerrando la comitiva a mis espaldas.

Cuanto me había pasado y estaba pasando en aquel momento me hubiera parecido una extravagante conseja si un año atrás cualquiera camarada del cuartel o una gitana de las que leen el porvenir me lo hubiese anunciado. En los tiempos de mi vida militar las carreras de baqueta y los muchos meses que sufrí de arresto limpiando fusiles y dando blanco a las correas no me afectaban, porque no pasaban estas el pellejo condenándome a ellas otro militar; pero vistiendo aunque sin derecho el hábito del religioso, las palabras y los hechos derivados de mis extravíos no me fueron más sensibles por ser justos que por venir de un hombre que realmente era ministro del altar, y mi confesión, o mejor dicho mi vergüenza, había por primera vez coloreado mis mejillas. Sin embargo, mientras caminábamos en dirección al muelle logré serenarme con la idea de que mi delito disminuiría su carácter agravante tan luego como se supiera que yo no era tal sacerdote, pues en caso de juicio entonces los tribunales civiles invocarían su jurisdicción, y si en ellos se pronuncian sentencias, no se fulminan a lo menos anatemas que era lo que yo tenía desde la hora en que me redujeron a prisión.

Llegamos al muelle, y merced a una falúa de la capitania del puerto, en breves minutos nos hallábamos el guardián y yo a bordo, donde me entregó al capitán con un pliego cerrado.

–¡Fray Carlos! –me dijo en tono solemne mientras descendía a la falúa– que el cielo os ilumine en vuestros pasos.

–¡Él se digne oír vuestros votos, virtuoso hermano mío...!

–Que os veamos por acá muy pronto –repuso con sagacidad, al ver que los otros pasajeros prestaban atención a nuestro diálogo.

–Así sea –le contesté después de haberle comprendido.

–Pero que os veamos bueno... y sano...

–¡Amén...!

La falúa desapareció entre las sombras de la noche que ya habían comenzado a descender; media hora más nos hicimos a

la mar, por cuya superficie resbalábamos cada uno de nosotros con su remordimiento o su esperanza hasta que tú, Morgan, nos apresaste de improviso. Ya conoces la historia de mi vida en su parte semireligiosa: ya sabes que yo no estoy divorciado con el mundo por obra del juramento; ya sabes, en fin, que en la Saona puedo trocar el hábito por la camiseta, y poseer el cariño de Isabela desde el momento en que Tuizlo deje de existir. Pero a nadie digas, por Dios, quién soy verdaderamente: a bordo han tenido lugar algunas escenas que me hubieran comprometido a no ser por este traje.

Calló el falso religioso, y esperó que los labios de Morgan se entreabrieran, como se prometía, celebrando su expedición para optar al cariño de Isabela; mas el pirata estaba horrorizado acaso por la primera vez de su vida con lo que acababa de escuchar, y en el egoísmo natural del hombre se olvidaba de las exigencias del hipócrita para pensar en las de su conciencia propia. Su pensamiento como el relámpago, voló por los espacios del pasado; y al ver lágrimas y sangre, y al oír sollozo y estertores, se estremeció. Aquella historia, en la esencia menos horrible que la suya, fue para Morgan como un aviso del Señor.

El farsante comprendió que algo estupendo pasaba en el alma del pirata y se apresuró a distraerlo.

–Y bien, querido Morgan –le dijo frotándose las manos– ¿no te alegras de saber quién soy?

–¡Quién sois! ¿Acaso me habéis dicho vuestro nombre?

Y Morgan sonrió.

–¡Ah! Tienes razón: para los otros seré siempre el padre Carlos, para ti Cayetano.

–¿Y qué quieres que te diga, amigo Cayetano?

–¡Bravo! –Exclamó aquel con regocijo– esa confianza es la más expresiva garantía de mis propósitos. Nosotros, Morgan, concluiremos por entendernos y ser lo que se llama unos buenos camaradas.

El pirata ahogó una blasfemia en mitad de la garganta, mientras su mano derecha bajaba con disimulo a posarse de nuevo sobre la caña del timón, después de abandonar el mango del cuchillo que ocultaba en su cintura.

–Seremos lo que gustes –respondió a Cayetano sin mirarle–
mas retírese por ahora, que el padre de Isabela nos observa.

–Bien, amigo mío; pero volveremos a conferenciar sobre los
medios conducentes a impedir que su hermosa hija sea presa del
salvaje.

–Sin duda... ambos lo impediremos... ahora puedes retirarte.

–¡Pues... esta es mi mano!

–Y esta la mía –repuso Morgan con disgusto al enlazar su diestra
con la de Cayetano.

–Adiós, mi querido piratillo –dijo con truhanería al ausentarse.

–Adiós... fray Carlos –le contestó Morgan distraído.

Fray Carlos o Cayetano se volvió no bien había andado doce
pasos, y dejando rodar sobre sus labios la más feroz de las sonrisas
murmuró estas palabras en que se revelaba toda su ira:

–¡Alerta, señor pirata! ¡Me habéis obligado a revelaros lo que
solo Dios y yo deberíamos saber...! ¡Alerta os digo...! ¡Porque ese
secreto ha de volver a mí, aun a precio de vuestra sangre, tan
luego como hayáis servido de instrumento a mi venganza...!

Dicho esto echó la capucha sobre su cabeza y fue a recostarse
junto al palo mayor, sirviéndole de almohada un rollo de lona que
se empleaba como toldo durante las horas del mediodía.

Hay un efecto delicado que brota en el corazón de los mortales
con la presteza del relámpago y se radica en él hasta tomar las
gigantescas proporciones de la amistad o del amor. En efecto:
si la mujer es quien despierta ese sentimiento que como tantos
otros reposa hasta su día, inalterable bajo el velo del olvido,
necesariamente se dilata y esponja a manera de las plantas con la
humedad saludable de la noche, y cual ellas ofrece agradecida a la
aurora sus frutos y sus flores, el alma brinda a la mujer, que es la
aurora de todas sus esperanzas, un mundo de pasión y de ternura
que siempre termina con la muerte precedido de hechizos o,
acaso de pesares. Una mirada sin estudio basta a inflamarle, y
una ocasión favorable le desarrolla o una contrariedad le debilita;
pero nada de este mundo le arrebatara a su cuna ni le distrae de su
adhesión semidivina que generalmente declina en el amor.

Si es el hombre el principio de este afecto, el alma que le
concibe se recrea en la glorificación de aquel, y pregonara con

orgullo las calidades y los triunfos que le adornan lo cual si recayesen en un ser de su linaje, mientras por el camino de los hechos más señalados se dirige a merecer las deferencias de una amistad íntima y eterna.

Ese afecto, pues, que nos aproxima recíprocamente sin estudio, que nos obliga sin diferencia de sexos y sin exigir costosas pruebas, es lo que el mundo llama *simpatía*, nombre, si se quiere vago, nombre espúreo, por cuanto anda como fuera del círculo en donde giran todas las grandes pasiones; pero significativo sin embargo, pero verdadero, leal y generoso.

No se puede decir que Morgan, espanto del litoral de La Española, hubiese entregado su ánimo al miedo cuando abordó el bergantín y se dio con Tuizlo dispuesto a sepultar una bala en sus pulmones; pues además de que también su mano requería una pistola, más de una vez había hecho frente a la muerte desarmado a efecto de su valor extraordinario y del arrojo propio entre hombres de su profesión. El hecho de entrar en convenios de paz con el resuelto joven tuvo su origen en ese afecto purísimo, en esa simpatía profunda que ora nace de la admiración de lo bello, ora del desnudo, y lo que es más común, del infortunio; Morgan había simpatizado con Tuizlo: fácil será deducir con cuánta indignación oíría las proposiciones del relajado Cayetano, las cuales a la vez de conspirar contra la vida de un hombre noble y generoso, le repugnaron altamente, porque el pirata no era un asesino; y si era verdad que muchas veces su mano se había humedecido en la sangre del desapercibido navegante, no era menos cierto que eso siempre tuvo lugar a efecto de la lucha en que aventuraba el mismo tesoro que su víctima.

El piloto había participado de todo el diálogo sostenido por el supuesto fraile y el pirata, quienes en la preocupación de sus diversos propósitos le creyeron sujeto al imperio de un sueño profundísimo, y no tuvieron reparo en comunicarse libremente. Mas Sotero (este era su nombre) se había impuesto de todo, según queda dicho, desde su dormitorio de popa, habiendo tenido la precaución de exhalar de vez en cuando algún gemido, o de murmurar palabras inconexas, o de revolverse con el embarazado movimiento de una voluntad inactiva, para no despertar sospechas

en aquellos dos hombres, ambos al parecer enemigos de otro a quien él debía la vida, y poder contrariarles la consumación de sus acuerdos.

Sotero siguió a lo largo con sus ojos el bulto del dominico, y así como se le desvanecía a efecto de las sombras que las velas proyectaban sobre la cubierta, comenzó a desperezarse concluyendo por levantarse y dirigirse al lado del pirata. Este le miró con recelo al principio, si no creyendo que le hubiese oído, a lo menos como un hombre enojado contra él que apresándole le arrebatara a un tiempo libertad y porvenir: mas el piloto había dejado de pensar en sí mismo por aquellos momentos para ocuparse únicamente de salvar a Tuizlo, y en su rostro se pintaba la franqueza.

–Buena noche, camarada –dijo el pirata con una sencillez calculada.

–¡Ola! –Le respondió aquel– ¿ahí estabas tú?

–Precisamente.

–¿Y qué tal? ¿Has dormido bien, eh?

–No señor; he dormido muy mal...

–¡Ya...! La cama no debe de ser muy blanda que digamos.

–La cama es la que cumple al marinero...

–Entonces...

–Es, señor Morgan, que he tenido malos sueños...

El pirata volvió a mirarle algo sorprendido.

–¿Malos sueños...? –Repitió en tono interrogante–: ¿Y qué tenían de malos los sueños? A nadie he herido, ni aun amenazado desde que subí a esta nave, para que un espectro o un puñal suspendido sobre la cabeza de la víctima hayan hecho su sueño trabajo.

–En efecto –repuso Sotero– a ninguno de nosotros habéis herido todavía...

–¿Y bien...?

–Pero como podéis herir mañana...

–Tranquilízate, buen hombre: mi acero no se teñirá en la sangre de los cautivos.

–¿Que no...?

–¡Que no...!

Miróle a su vez Sotero con un asombro indefinible, no sabiendo pensar si el pirata hacía traición a la conciencia, o si realmente había resuelto rechazar con nobleza las tentaciones puestas hacía poco en juego para reflejar en ella un crimen; luego dijo:

–A fe de Sotero, señor Morgan, que vuestras palabras rectifican las mías.

–Explícate.

–Dije antes que había tenido malos sueños: pues bien, lo que tuve o más bien padecí no fue otra cosa que una horrenda pesadilla... En ella vi que un joven valeroso salvó la vida a un anciano, y que el anciano, dominado de la pasión ardiente que acariciaba por la amante de su salvador, imaginó asesinarle...

–¡Bah! La fantasía tiene sus extravagancias, señor Sotero.

–Tal vez, señor Morgan... pero casi pudiera aseguraros que esa extravagancia nada tuvo de común con mi fantasía.

–Pues entonces, ¿cómo llamaremos a tu pesadilla?

–Si queréis –repuso a media voz el piloto– llamadla la *extravagancia de la realidad*...

–¡Cómo! –Exclamó con alarma el pirata, mientras acercando su rostro al de Sotero parecía querer adivinar una verdad antes que oírla.

–Decid que un pacto horrible –continuó pensando Sotero–, un propósito repugnante a los ojos de Dios y de los hombres, hecho aquí hace un momento y afortunadamente escuchado por mí, es uno de esos delirios que padece el cerebro, y si os parece poco, añadid que el mío además está excitado por el vapor del aguardiente: decidlo, que yo siempre creeré lo que debo creer, y haré lo que cumple a un hombre humano, aunque de mar.

Esta última respuesta de Sotero hizo comprender hasta la evidencia a Morgan que ya no era posible ni tiempo de emplear el disimulo. El piloto lo había oído todo y al parecer estaba resuelto a contrariar la intriga; mas el pirata quería conquistarle no para hacerle variar de una idea que él también acariciaba, sino para ponerse ambos de acuerdo a fin de que no se errara el golpe por razón de una imprudencia.

–Sotero –le dijo con cariñosa confianza– veo bien que amas a Tuizlo como yo, sin conocerlo.

–¿Vos, Morgan? ¿Decís que vos le amáis?

–Le amo ya poco menos que a mi hija.

–Y sin embargo –repuso el piloto– no hace mucho...

–En efecto: ahora mismo he estado tratando de su muerte; pero así era necesario para comprender la extensión del peligro que le cerca y combatirlo con acierto. El padre Carlos ha jurado en el fondo de su corazón la muerte de nuestro joven amigo, encubriendo unos celos mal fundados, con el ridículo deber de castigarle por ingrato hacia don Ricardo, y de impedir que un idólatra inicie en las delicias del amor al alma pura de Isabela. ¡Llama ingrato a Tuizlo, porque mancebo hermoso y libre ama a la hija de su patrono, que tal vez ha preparado calculadamente el desarrollo de esa misma inclinación!... ¿Qué ingratitud mayor que la del poseído religioso?

–¡Cabal, amigo Morgan! –Exclamó Sotero afirmativamente.

–A no ser por el denuedo de Tuizlo que nos detuvo a mí y a mis compañeros en la hora de la fiesta, ninguno de vosotros los de popa hubiera escapado de la cuchilla. Así lo comprendieron don Ricardo y su hija cuando apenas arrojé mi pistola se llegaron a estrechar el pecho y la mano del mancebo; así lo comprendió también el padre Carlos cuando se arrastraba a sus pies como un reptil murmurando estas palabras: –«Perdona, Tuizlo».

–¡Ah! ¿Conque le oísteis?

Seguramente; y por tales preguntas adiviné que algo de temerario había pasado antes respecto del fraile para con el joven. Así, pues a pesar de los arteros recursos que ha empleado con el fin de seducirme a cometer el asesinato de su libertador, a pesar de presentarlo a mis ojos como un villano que trata de robar la honra de don Ricardo y la salvación a Isabela, no ha logrado otra cosa que excitar mi cólera, y juro que a no ser un sacerdote le hubiera sepultado en el pecho mi puñal.

Calló un momento para estudiar el efecto que sus palabras producían en el ánimo de Sotero; mas este, levantando los ojos a la luna, cuyos últimos vislumbres se exhalaban entre los rayos vivísimos del alba, tomó la palabra para decir con refinada malicia:

–Sigo, pues, señor Morgan, la historia de mi pesadilla. El anciano que meditaba asesinar al mancebo pasaba por un bendito religioso;

pero apremiado por el que pretendía hacer cómplice del crimen confesó no ser esencialmente otra cosa que un soldado.

–Bien, Sotero –dijo el pirata con resolución– veo que estás en su secreto; mas también sabrás que le prometí no descubrirlo.

–Yo no soy vos...

–Sin embargo, creería que te lo revelé.

–¡Señor Morgan! No merece consideración alguna el hombre que a nadie considera; yo soy franco: si se viene a mano digo redondamente que el fraile es un desertor.

–Silencio, por Dios...

–Y que su nombre es Cayetano...

–¡Buen modo, por cierto, de castigar su ingratitud para con el hombre a quien debéis todos la vida!

–Es que si fuere preciso, señor Morgan, le ahogaré entre estas manos que son como dos anillos de hierro.

Y las contrajo con furor haciendo resonar hasta la última de sus coyunturas.

–¿Es decir que amas de veras a Tuizlo...?

–Sí señor: le amo, y no le acecho después de merecerle el bien inapreciable de la vida y de esperar en su promesa el rescate de mi libertad. Mi amor, por esta parte, es la obra de gratitud. Pero le amo también como a un joven cuyo pecho ocupan sentimientos generosos: le amo porque al parecer desdichado sufre con heroísmo su infortunio; y esta razón, unida a la anterior, me imponen el deber de defenderle aun a costa de mi propia vida, porque yo os lo dije, señor Morgan, aunque hombre de mar, soy humano.

–Bien, Sotero.

–El señor Cayetano puede ver cómo se las maneja, si no es que quiere morir sin calentura.

–Siempre sería mejor no cometer una imprudencia, quizás funesta a la salvación de Tuizlo. Este puñal será más certero que las manos.

Y quitándose de la cintura una finísima hoja la entregó al piloto.

–Pero te advierto –continuó– que no has de vibrarlo sobre el pecho de ese impostor hasta que avance siquiera un solo paso en el camino de los hechos.

–Gracias, señor Morgan –dijo Sotero guardando el arma y en cuanto a vuestra orden seréis obedecido, reservándome el derecho de espiarle.

–Sea, principalmente desde el punto en que toquemos a la Saona; porque pudiera ganarse algunos hombres de los que hoy me sirven y formarse un gran partido.

–Descuidad, capitán.

–Y que nada sepa Tuizlo hasta entonces.

–Así lo haré.

Dicho esto, Morgan hizo una seña a Sotero para que se desviara, lo que verificó aquel tarareando una canción en extremo significativa.

El día perfilaba enteramente los contornos del mundo, dejando entrever hacia popa y como desvanecidas las costas apartadas de La Española y a proa las playas ya inmediatas y los cantiles de la Saona.

Don Ricardo e Isabela se levantaron de sus mal mullidos lechos y vinieron a saludar el día cerca de Morgan, mientras Sotero, echando pestes contra el cocinero porque aún no había prendido lumbre, se disponía a hacerlo por sí mismo en el deseo de tomar una taza de café.

Cuando Tuizlo se separó de su amada después de sus primeras explicaciones amorosas, fue a sentarse sobre el tangón de la redonda, a proa, ebrio de pasión y de alegría. Para su alma se habían abierto aquella noche las puertas del paraíso; y los delirios de una imaginación volcánica fundida entre los trópicos, que despierta llena de lozanía y de vigor a las emociones de un amor sublime, poblaban, por decirlo así, los instantes de su existencia, aquellos instantes que rápidos volaban al vacío entre el sonoro canto de las olas. Hermoso como el Apolo de Belvedere, Tuizlo parecía más que un ser humano un genio del Olimpo: la soledad misma que le rodeaba contribuía a darle una apariencia semidivina, haciendo recordar esas figuras colosales que se veían en los senadores de la antigua Grecia y que se veneraban como inspiraciones sagradas de sus genios. Para comprender de una vez lo que era Tuizlo baste saber que este nombre significaba en su idioma Flor única (*Tuit-thilo*) y que solo se daba en las familias a las más lindas de las hembras.

Sentado conforme queda dicho, en aquel extremo de la nave, se gozaba en recordar las palabras de Isabela, sobre todo las que de una manera irrevocable, con un acento enfático y divino le aseguraban su amor hasta la muerte; acabando por sumergirse en una especie de éxtasis, salpicado de melancolía y de esperanzas, de lágrimas, de dulces, suavísimos, lánguidos suspiros.

Hay situaciones inexplicables: su importancia verdadera no admite una fuerza de expresión o colorido suficiente a describirlas, y pasados los momentos que las contemplan, solo queda a la inteligencia la habilidad de concebirlas.

El amor, que no ha rodado todavía del alma o del espíritu para rebotar sobre el cuerpo o la materia, es frecuentemente el principio de esas misteriosas situaciones. No habiendo prostitución, el amor se presentaba en el iris de la vida como un rito, como una virtud; y todo lo que procede de una creencia sublime o un sentimiento elevado tiene un carácter no menos imponente que grandioso.

Tuizlo amaba a Isabela aun más de lo que amaba la vida: hallaba en ella cuanto hay de poético y encantador como mujer, cuanto hay de interesante bajo el punto de vista en que lo bello coloca generalmente a los sentidos; pero al mismo tiempo la veneraba desde el fondo de su corazón como un espíritu aureolado, de bondad y de pureza, como un ángel capaz de replegar sus alas y de morir al primer contacto de las miserias de la vida humana. He aquí, pues, la razón de aquel profundo éxtasis, en que si esperaba por una parte saludar días de felicidad, –principio de sus lágrimas– por otra dudaba de ella misma estableciendo desventajosas diferencias; ¡y entonces la melancolía que le devoraba, y la desconfianza y el suspiro...!

Un incidente de todo punto extraño a las ilusiones e inquietudes que acabamos de trazar, vino a distraerle de la situación embarazosa a que le habían conducido, si bien es cierto que de una manera nada lisonjera.

Al separarse el supuesto sacerdote del pirata se echó, como queda dicho, sobre un bulto de lona tal vez con el objeto de dormir; pero los celos por una parte, seguro ya del amor de Isabela a Tuizlo, y por otra el calor de las venganzas que contra estos mismos y contra Morgan calcinaba por decirlo así hasta la más húmeda fibra

de su alma, fueron motivos poderosos para que el sueño huyese de sus párpados dejándole entregado a la acción de sus bastardos sentimientos. Sus ojos, como los ojos de la hiena a quien irritan en la jaula, espiaban desde el escondrijo de lonas los movimientos que hacían Morgan y el piloto durante la conversación, el reposo de don Ricardo, de quien comenzaba a desconfiar, la inocente confianza de Isabela y la actitud meditabunda del joven indio cuya figura se destacaba majestuosamente al extremo delantero de la nave como los ángeles salvadores de las vírgenes escapadas al vicio en Sobein.

Pero Cayetano llegó a cansarse de la inacción en que le mantenía aquella especie de espionaje a que voluntariamente se había sometido. Necesitaba explotar las intenciones de todos y cada uno de los seres que podían contrariar su impuro amor, y concebir después el plan mejor de derrotarlos: de Morgan estaba ya seguro, puesto que se había comprometido a secundarle con la muerte de Tuizlo. Le faltaba ganarse al piloto, en quien descubría por este algunas afecciones; pero después de haberle visto conferenciar con el pirata de una manera misteriosa, comenzó a dudar de la palabra del uno, y a perder las esperanzas de conquistar al otro. Su indignación entonces se salió de madre, y levantándose con todo el desconcierto que ella sola sabe producir se encaminó a la proa resuelto a poner en juego una horrenda intriga.

El joven indio se estremeció desde su solitario apartamiento al ver que el sacerdote avanzaba a él y se preparó a una catástrofe. Ningún objeto podía guiarle si no era el de provocar explicaciones respecto a su amor por Isabela, y se dispuso a repulsarlas con energía, aunque para ello fuese preciso la irreverencia y el escándalo. Pero su rival no le dio tiempo a ordenar el empleo de esos medios violentos: al acercarse la risa de la benevolencia resbalaba sobre sus labios, y el joven llegó a avergonzarse de la ligereza y susceptibilidad con que le había juzgado. ¡Cuán expuestas están siempre las almas generosas a ser víctimas de la maldad y de la astucia!

El sacerdote, pues, miró un momento a Tuizlo.

–Me parece –le dijo con acento cariñoso– que os halláis muy bien en esta soledad: la melancolía es el elemento en que se columpiaban los espíritus apasionados, y nada es más melancólico

que el mar medio envuelto todavía entre las sombras de la noche. Sus mismos rugidos postran en vez de despertar...

–En efecto –contestó el joven con algún embarazo.

–Pero me atrevería a asegurar que esos espíritus sacudirían a pesar de su pasión los lazos que pretenden embargarlos, desde el momento en que supieran cómo a espaldas de esa melancolía se agrupa una tempestad. La vida es más hermosa que toda la poesía de las imaginaciones juveniles exaltadas por el silencio y el retiro... y antes que dejarse postrar conviene que despierten...

–No comprendo, padre, el espíritu de vuestro discurso, aunque en él habláis de tempestades.

Tuizlo al aventurar estas palabras estaba visiblemente agitado: el hombre que le hablaba era su rival, y no podía explicarse el lenguaje que empleaba con la cólera en que debía rebosar su pecho.

–Eso depende, hijo mío, de mi afición al empleo de la parábola, aunque en verdad lo que llevo dicho no participa tanto de sus propiedades como para que dejes de comprenderme, si no lo tienes por enojo.

–Es verdad; pero os agradecería que fueseis menos figurado, si es que pensáis proseguir comunicando conmigo.

–Enhorabuena, hijo mío; y para iniciar un estilo claro y campanudo, empezaré por decirte que sin razón te has declarado mi enemigo.

–Os habéis adelantado a tocar una cuestión en que os llevo todas las ventajas, y de las que por dignidad no debisteis pretender nunca despojarme. Nada os he hecho, señor, nada os he quitado: antes bien, si vuestro corazón palpita ahora, tengo el gusto de recordaros que a mí lo debe, sin que esto sea parte a envanecerme.

–Tu valor, Tuizlo, solo iguala a tu nobleza...

Y diciendo así el dominico sentía que el sudor aljofaraba su frente helada como la frente de los muertos. Aquel recuerdo de un favor inapreciable en un pecho agradecido, era un proyectil disparado contra la venganza horrible que recataba el suyo. Imposible hubiera sido a Cayetano añadir una sola palabra a su respuesta: la vergüenza y la indignación le sofocaban.

Tuizlo continuó sin escucharle:

–Y por último, señor, vais a recuperar vuestra libertad por la promesa que hice a Morgan de entregarle los tesoros de mi padre. Vos, sin embargo, me habéis querido rebajar en la estimación de don Ricardo y de su hija, llamándome esclavo, por más cierto que estáis de que vivo a la sombra de ellos porque así cumple a nuestras respectivas voluntades... No digo lo más que habéis querido, porque en medio de todo os considero lo bastante para excusaros del rubor. Meditadlo, padre: habéis sido conmigo muy injusto.

–Tal vez; pero... el presente puede compensar ese pasado.

–¡Padre! La ingratitud y la perfidia no admiten compensaciones: son dardos que abren heridas muy profundas, y yo no creo que haya bálsamo capaz de bajar hasta su fondo.

Un rugido de frenesí se levantó en el pecho del sacerdote y murió cautelosamente en la garganta: si hubiera llegado a abrirse paso por aquellos labios, que una fuerza nerviosa había reunido, sin duda restalla con estrépito en los lejanos horizontes. Un momento de silencio hubo menester para que se repusiera, porque para el logro de su objeto era necesario encadenar sus pasiones y responder sin escucharlas.

–Pero advierte, Tuizlo, que apenas me calificas de injusto cuando de injusto te acreditas.

–No sé cómo, señor.

–Precisamente llamándome ingrato cuando vengo a pagarte mi deuda de vida con la salvación de la tuya; cuando en vez de ser pérfido vengo a traicionar un acuerdo horrible en que tú debes ser la víctima, cuando en fin, vengo haciendo frente a tu despecho, para despertarte de la somnolencia que te postra y compensar con el presente lo pasado.

–¿Vos, padre?

–Yo, Tuizlo.

Y un rayo de gozo iluminó su rostro.

–Permitidme, señor, que os suponga bajo la influencia del sonambulismo, y pase inmediatamente a creer que habéis venido sin voluntad a delataros. No sé quién, fuera de vos, me quiera sacrificar a sus venganzas; porque a nadie he causado en la navegación ni en parte alguna la más ligera pesadumbre.

–Entonces ignoras que la inocencia sucumbe a veces bajo los golpes de una mano que dirige el despecho, al ver que aquella brilla con una luz agradable a los ojos del Señor.

–Por lo menos, dudo que el Señor lo consienta.

–Sin embargo, hijo mío, nada es tan frecuente por desgracia.

–¿Es decir, que vos, irritado sin razón porque Isabela me ama, queréis sacrificarme; y después de ordenar vuestros villanos medios venís a prevenirme para gozaros en mi sorpresa o forzarme a rescatar mi vida con una renuncia favorable a vuestras insolentes esperanzas? Podéis, señor, descargar el golpe cuanto antes, porque...

–No me insultes, Tuzlo, sirviéndote para ello de suposiciones tan horribles. Si es verdad que al principio me pronuncié contra las esperanzas de tu alma respecto a Isabela, dando margen a que, como acabas de indicarlo sospecharas que vertían sus fuegos en la mía, te juro solemnemente que tu lenguaje y tu desnudo han rectificado mis ideas, de tal modo que si entonces me pronunciaba en tu daño hoy me pronuncio todo en tu favor. La pasión que te arrastra hacia Isabela se presentó a mis ojos como el capricho puro de un salvaje, como el instinto de la sensualidad despertado en el silencio y estimulado por el despotismo de la juventud; y resuelto estaba a revelarla hoy a don Ricardo, porque de ella solo me proponía vergüenza para su honor, cuando no desastres. Hasta aquí me impulsaban la amistad y el celo que por la virtud combatida recomienda tanto el Señor a sus ministros. Pero luego supe cuál es tu origen, cuáles son tus principios, y que esa virtud tiene un altar en el fondo de tu pecho; vi además que en su defensa ibas a sacrificar tu propia vida cuando intimastes al pirata la orden de retirar sus compañeros ya prontos a caer como leopardos sobre Isabela y sobre los más que te debemos hoy el ser... Créeme, Tuzlo: mis temores se han desvanecido al soplo de una confianza celestial; y el hombre en quien supones ideas de sacrificio, viene ahora como un ángel a salvarte del abismo que abren a tus plantas la ingratitud y le perfidia. Di, pues, que me encuentro bajo la influencia del sonambulismo, y que me vengo a delatar.

Tuzlo había recogido hasta la última palabra del astuto Cayetano con la avidez de aquel que las escucha en boca de un amigo que

ofende, se arrepiente y satisface; pero no obstante ser ellas tan armoniosas y ajustadas al triunfo prometido, el joven creía entrever algo de siniestro en el mismo interés con que las articulaba aquel, y en la intención con que aspiraba a revestirlas. Por otra parte, la transición era demasiado súbita para ser ingenua: dos horas no habían pasado aún desde que el dominico estalló en una estrepitosa e insultante carcajada al escuchar los juramentos de Isabela, y ahora venía haciendo una nueva profesión de fe con promesa de un servicio distinguido. Pero las almas buenas son por naturaleza crédulas y fáciles de absolver los extravíos de las otras almas. Tuizlo vaciló al principio y concluyó por ver en Cayetano a un hombre, aunque violento en sus arrebatos, tal vez capaz de nobleza, puesto que venía a revelar un gran peligro. Resolvió, pues, deponer en lo adelante para con él la severidad que había tomado por escudo.

–¿Y bien, hijo mío? –Repuso Cayetano viendo a Tuizlo pensativo y silencioso.

–Buscaba, señor, en mi conciencia la culpa que me hace digno del riesgo que decís.

–¿Y la has hallado?

–¡No, por Dios!

–Yo te la señalaré; ¡amas a Isabela!

–Y vos...

–Y yo he averiguado que por disputarte no ese amor, sino a Isabela misma amante o enemiga, se medita su muerte en la Saona.

–¡Oh! ¡Eso es horrible! –Exclamó rabioso el joven–: que yo muriera poco importa; pero forzar la voluntad de Isabela, exigirle que consagre a un estúpido sus votos...

–¡Al piloto, Tuizlo!

–¿Al piloto decís...?

–Óyeme. Hará media hora que Sotero hablaba con Morgan, después de haberse reconocido uno y otro, porque Sotero también ha sido jefe de piratas.

–¡Ah! –Pensó Tuizlo repasando su memoria– por eso a ninguno de nosotros avisó cuando se acercaba la chalupa...

–¡Por eso –agregó el astuto fraile– tampoco quiso procurarte las armas que le pedías...! Por eso se quedó inactivo a tus espaldas, mientras hacía frente a la muerte en su defensa...

–¿No hay dudas? ¿Cómo supisteis que es pirata?

–Yo me había recostado debajo de la *bota vara*, buscando el sueño encima de unas lonas cuando oí que le decía: ya ves, Morgan, que he cumplido mi palabra: te he entregado el barco en la misma altura que marqué, y con él no solo dinero en los baúles, sino un Caribe espléndido que te promete tesoros infinitos. Yo no quiero de ellos ni un coral, sino una moza que viene con nosotros y a quien quiero hacer mi esposa. Él la ama; pero en lo que va contigo a buscar el rescate prometido, hago que nos case el frailote que allí duerme, y a su regreso ya la hembra andará en mi barco pirateando, «o lo que es más seguro; le clavo este puñal en el pecho para que en ningún tiempo me estorbe; porque Tuizlo es valiente, y de un valiente todo se debe temer». Quedaron acordes Morgan y Sotero en este plan abominable, teniendo en seguida otra conversación. Entonces me levanté y vine a prevenirle.

–Os doy gracias, Padre, por vuestra solicitud, y os ruego que me excuséis por la dureza de mis tratamientos.

–Déjate de eso ahora, hijo mío, y pensemos solo en evitar el golpe con que amenazan tu vida y la honra de Isabela, porque ese bárbaro no se casaría con ella como ha dicho. ¡Ah! La haría su concubina primero, y después la entregaría a sus brutales camaradas.

Tuizlo rechinó los dientes como rechina el mástil agitado por un viento borrascoso, es decir con estridor, mientras su pecho suspendido en forma de bóveda lanzaba y recogía velozmente el aire entre cien ásperos silbidos. Sus ojos brillaban como hoguera:

–Hablad, Padre mío –dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho– aconsejadme, o mejor dirigirme en este amargo trance, porque si obedezco únicamente a mis impulsos de ahora es seguro que arrojó sobre mi conciencia la mancha del delito. ¡Sí! ¡Nada tan posible como esconder el puñal con que se me amenaza en el pecho mismo de su dueño y en el pecho de su cómplice! Cuando tenemos la certeza de morir desaparecen los recursos pasivos que se emplearon hasta entonces en la esperanza de salvar la vida, y la desesperación nos hace fuertes. Esos recursos serían inútiles en el presente caso, aun cuando mi dignidad se rebajara al extremo de admitirlos: solo otro si en cualquiera de los dos queréis evitar mi perdición como infiero de vuestra espontánea confidencia.

–Sí lo haré, hijo mío; pero habrás de obedecerme en todo.

–Hablad.

–Primeramente evita el contacto de esos hombres: en su propósito entra como agente poderoso su amistad íntima contigo para escudados en ella alejar de sí más tarde la sospecha del delito. Excusa igualmente que te vean platicar con Isabela, porque de este modo irritas sin medida tus pasiones: yo la instruiré de lo que pasa para calmar sus inquietudes en cuanto a la aparente tibieza de tu amor y persuadirla de que ambos estamos a la defensiva contra los ataques que meditan tus contrarios. Llegados a la Saona partirás con Morgan a Samaná tan luego como él te lo recuerde.

–¿Y Sotero, Señor...?

–Sotero, Tuizlo, corre de mi cuenta...

–¡Imposible! ¡Oh! Sotero entonces vería llegado el momento favorable. Privada Isabela de mi apoyo por ausente, y del apoyo de su padre por anciano, sería violentamente arrastrada a vuestros pies por aquel monstruo y... vos... ¡Oh Padre! ¡Vos los casaríais!

–Me has prometido obedecerme y yo te he prometido que Sotero no realizará el pensamiento de su enlace. Solo te corresponde ahora esperar y no argüir. Además, tu resistencia a partir a Samaná sería una retractación de la palabra empeñada, que no perdonaría Morgan fácilmente; y esa palabra, Tuizlo, es si la retiras, la sentencia de muerte de Isabela y de todos nosotros juntos, porque... recuérdalo, ella simboliza nuestra redención común.

–¡Es cierto...! –Murmuró el mancebo con dolorosa amargura–: el oro que les he prometido suspendió en el aire sus puñales.

–Y bien: ¡si faltas a esa promesa bajarán cortando el aire hasta sepultarse en nuestros pechos!

–¡Jamás! –Exclamó Tuizlo con firmeza–; yo partiré, señor, en pos de las riquezas que Morgan aguarda de mi mano, y vos quedaréis siendo el ángel custodio de Isabela, en todo el tiempo que durase mi partida y mi regreso. Pero escuchadme, Padre mío: si la salváis, como decís, podéis salvarla mediante mi docilidad, a la vergüenza de ese impuro desposorio, y me salváis también a los efectos de la locura a que él me arrastraría; mis riquezas son inagotables: os diera, señor, una piragua cargada del purísimo oro del Bonao y otra de las esmeraldas que ruedan de la cumbre a la

base del Maimón. Mas... si me engañáis abusando de la confianza con que a vos me entrego... si aprovechando los días de mi ausencia desarrolláis algún pensamiento hasta hoy hábilmente reprimido o en un despecho injustificable protegéis el de Sotero... ¡ah! Comenzad, señor, a pedir a Dios por vuestra alma, comenzad desde que os apartéis de mí a orar contrito y preparaos a recibir una muerte espantosa; porque no lo dudéis, ¡ella será el premio que alcanzarán en este mundo el amor impuro y la perfidia que me pierden...!

Tuizlo, en el calor o mejor dicho en el frenesí de su discurso, había levantado la voz con las últimas palabras como si nadie más que el sacerdote pudiese haberle oído; pero ambos se estremecieron al notar que de popa se levantaba otra igualmente cantando esta estrofa con un aire melancólico:

Tiene a veces de la noche,
Entre el silencio y la calma
Presentimientos el alma
Que avisos del cielo son.

–¡Tuizlo! –Se apresuró a contestar Cayetano, para que el joven no escuchase o más bien no retuviese lo que había oído– ¡Tuizlo, esas sospechas son tanto más temerarias, cuanto que a tener fundamento no hubiera yo provocado nuestras explicaciones anteriores!

–¡Bien, señor! Guardadlas en vuestro pecho con el carácter que os agrade, como yo guardaré en el mío las revelaciones del océano.

–Nada tiene de común con nosotros ese canto; el marinero canta como el pájaro, sin intención en la melodía que se escapa a su garganta.

–Yo descubro a Dios en todo.

–Pero las almas corrompidas no alcanzan nunca ni el más leve soplo de gracia, mientras no se purifican.

–El que ha cantado tiene entonces un alma pura, porque Dios ha hablado en ella.

–Concluyamos, hijo mío –dijo Cayetano temiendo ya el total desconcierto de su obra– he ahí la Saona, ¡he ahí el tabernáculo pronto al sacrificio de Isabela! ¡Una palabra, y el lobo ofrecerá en vez del cordero su garganta...!

–Os he dicho ya, señor, que acepto vuestro servicio y os he señalado para cada uno un galardón... ¡Nada más...!

–¡Sea, Tuizlo! ¡A Dios encomiendo el éxito de esta empresa que tan mal te dispones a pagarme...!

–¡Él os ilumine!

El fraile se encaminó a su lugar de antes con paso mesurado, como acostumbran los verdaderos y humildes siervos del Señor. –¡Ya es mío! –exclamaba con júbilo infantil– ¡ya somos dos contra dos en la palestra! ¡Ah, señor coplero! ¡Qué poco habéis logrado con vuestro ardid por otra parte ingenioso y oportuno! ¡Qué tarde llegaron por desgracia esos avisos vuestros, que ajustáis al cielo, para el alma deslumbrada de un amante niño!

La misma voz de antes concluyó la estrofa de este modo:

Avisos que nunca llegan
En mal hora por fortuna,
Que rompen una por una
Las tramas de la traición.

–¡Eso lo veremos, miserable! –Gritó furioso Cayetano.

Su voz corrió por la cubierta sin que nadie hiciera alto de ella, y siguió a perderse ya sin timbre en la tendida inmensidad. Pero al mismo tiempo de exhalar aquella amenazante exclamación, sintió frío, su mirada se nubló, y sus labios temblaron como las hojas en el árbol: es decir, que toda su osadía desapareció al oír cuán proféticamente le anunciaban la derrota de este último cuadro de su intriga. Por un movimiento natural sepultó la mano derecha en la manga del brazo izquierdo, buscando el rosario para rezar sin duda un tercio: no se acordaba que le había reventado en un raptó de furor al recibir una sátira de Tuizlo; pero retiró la diestra con espanto como si introduciéndola en el fondo de una cueva hubiese tocado a la cabeza del ponzoñoso reptil que en ella se hospedara. A pesar de la rapidez del movimiento volvió a pasear

una mirada en derredor para asegurarse de que nadie le había observado: ¿qué era, pues, lo que contenía aquella manga? Tal vez más adelante lo sepamos: por ahora basta con saber que en aquellos instantes el sol empezaba a suspenderse sobre la corona fosforescente de las olas entre un grupo lindísimo de nubes.

Los primeros rayos del astro de la vida vinieron a proyectarse oblicuamente sobre la cubierta del *brik*, a un cable poco más o menos de la poética isla Saona, cuya vegetación lozana le daba todo el aspecto de un jardín colocado en el centro de los mares. Hacia el Oeste, y siguiendo la tierra después de una muy larga cortadura, se divisaba una playa cubierta de menuda y blanca arena por la cual discurrían repartidos en caravanas innumerables flamencos. Estos pájaros que mejor deberían llamarse aves, tienen la costumbre de repartirse dejando siempre a uno que hace de vigía mientras los otros se aproximan a la playa, y merced a unas piernas larguísimas entran en el líquido elemento en persecución de los desapercibidos pececillos; pero en el acto de descubrirse un ser que no sea de la familia el vigilante lanza un grito, y todos al escucharle corren agitando las alas barnizadas de escarlata hasta sepultarse en lo más apretado de los montes. Esto fue precisamente lo que sucedió al acercarse el *brik* a la costa con el velamen desplegado a la brisa, y lo que dio lugar a otro espectáculo distinto.

Los pasajeros estaban consagrados en un grupo a la contemplación de aquella maniobra ejecutada por los flamencos en el ingenioso ardid que les sugería el natural instinto de la salvación; pero los gritos preventivos que habían lanzado aquellos retumbaron a través de las montañas y pronto varió la escena; apareciendo una mujer de alta estatura a que seguían como hasta ocho hombres vestidos con las mismas ropas que el pirata y sus satélites.

Don Ricardo miró con horror aquella figura colosal y luego a su hermosa hija: un pensamiento terrible había cruzado por su mente abriéndole en el alma al mismo tiempo un raudal copioso de amargura.

Morgan sonrió con una mezcla de amor y pesadumbre, con esa sonrisa que a veces vale por toda una narración, mientras

en sus ojos destellaba un rayo tibio de alegría. Don Ricardo, que le observaba con la inquietud más viva y más profunda, tradujo esa sonrisa por el fallo que derribaba un ídolo, y no pudiéndose contener le dijo:

–Hacéis mal, señor Morgan, en insultar con vuestra sonrisa la gracia de esa joven: creía yo que el corazón humano no gozaba al disponer en sigilo un torcedor: pero vos me lo demostráis en este instante y por Dios me causa pena, porque así me obligáis a retirar el juicio que de vos había formado.

–¿Sabéis don Ricardo, quién sea esa mujer, para la cual decís que preparo un torcedor?

El pirata hizo esta pregunta con una dignidad que a todos asombró.

–No a fe; mas presunto será una desventurada prisionera... que os ama... y a la que por un fatal deslumbramiento vais a desgarrar muy pronto el alma tanto como desgarrada está la mía...

–Os engañáis, don Ricardo, –repuso Morgan, que acababa de comprender la terrible significación de las palabras del anciano–: esa mujer que veis ahí, esperando nuestro desembarque, me ama como os ama a vos vuestra Isabela, y nada tiene que temer de mí.

–Entonces...

–¡Es mi hija! Mi hija Lidia.

–¡Lidia! –Exclamó el sacerdote afectando buen humor– ¡bonito nombre tiene vuestra hija, amigo Morgan!

–Bonito o feo –repuso Sotero con enfado– poco o nada debe importaros, padre mío: vuestro carácter os prohíbe determinar el valor de las mujeres, porque para ellas habríais de mirarlas con despacio, y mirarlas así es inferirlas un agravio.

El fraile se mordió el labio superior mirando en seguida y furtivamente a Tuizlo; mas este estaba entregado a su habitual tristeza y nada pudo escuchar.

–Nadie os pregunta a vos cuáles sean las obligaciones y reservas que me impone mi carácter, al que osadamente habéis faltado. Ved quién sois y quién soy yo, la distancia que media entre nosotros no es fácil que le salve un exabrupto sin provocar terribles consecuencias.

–¿Quién sois...? Un...

–¡Calla, Sotero! –Le gritó el pirata temiendo que hubiese cometido una imprudencia.

–¿Pues no tiene valor de...?

–¡Que calles digo! –repitió aquel con imperio al mismo tiempo que le fulminaba una mirada de inteligencia; mas antes que el piloto lo entendiera ya lo había traducido el astuto Cayetano. –No cabe duda– se decía interiormente: estos dos bergantes están de acuerdo para proteger a Tuizlo contra mis asechanzas, y aun para perderme, si es preciso... ¡Bah! ¿Y eso qué importa? ¡Ya tengo preparado el terreno, o mejor dicho tirada la semilla: no tardaré largo tiempo en recoger el fruto!

¿Qué pasaba entretanto en el alma apasionada de Isabela? ¿Qué ideas brotaban en su mente mientras sus ojos llenos de melancolía cuajaban una lágrima de fuego? ¿Qué pensaba aquella virgen del cambio súbito de Tuizlo, de la indiferencia con que hacía largo rato escuchaba sus suspiros? ¡Ah! No se necesitaba un grande esfuerzo de la razón para comprender los hondos sufrimientos que la atormentaban. En vano quiso suponer que Tuizlo estaba en lucha abierta con los celos, porque ella misma se respondía y se turbaba en otro mar de conjeturas no viendo quien pudiera a bordo despertarle esa agonía al alma hermosa de su amado. Pensó entonces que don Ricardo habría tenido con Tuizlo algunas explicaciones borrascosas a causa de sus querellas con el provocativo sacerdote; pero como este último lejos de revelar sentimiento buscaba a Tuizlo con los ojos, y como don Ricardo no se había apartado de ella un solo instante en el período de la noche también esta idea fue prontamente derrotada. ¿A qué, pues, atribuir tal desvío? A nada, porque ninguna de las causas que forjaba su irritada fantasía eran poderosas como para legitimarlo. Sin embargo, Tuizlo no procuraba ya a Isabela, y con la frente apoyada entre ambas manos solo veía con delicia las olas que pasaban al costado de la nave, hermosas y cubiertas de una espuma sutilísima.

Llegados todos al punto en que para barcos grandes sirve de fondeadero la parte oeste de la Saona, y recogido el velamen del que ahora nos ocupa, se echó el bote al agua y en breves minutos estuvieron en tierra todos los pasajeros, siendo los últimos Morgan y el piloto. Pero este lloraba como un niño, cubriéndose

el rostro con el pañuelo que hasta entonces había mantenido atado a la cabeza. Al verle así todos le rodearon conmovidos.

–¿Qué aflige al buen Sotero, señor Morgan? –preguntó don Ricardo, mientras abrazaba a su hija Isabela, que también vertía un mundo de lágrimas.

–Su llanto es justo, don Ricardo –contestó el pirata balbuceando–; ¡y el cielo sabe cuánto hubiera dado yo por evitarlo!

–Esa es, Sr. Morgan –dijo el fraile con intención maliciosa–, la más cumplida expresión de la buena amistad que le acordáis. Os felicito cordialmente por ello, y me prometo que jamás prostituiréis tan generoso sentimiento, ya que por desgracia... no es común.

Iba a decir, desconocéis los otros; pero se encontró con los ojos del pirata que parecían desafiarle, y dio entonces a su idea un rumbo diferente.

–Pero en fin –repuso don Ricardo– sepamos de una vez por qué se aflige nuestro piloto.

–¿Os acordáis –contestó Morgan con extremada violencia– de aquel ruido sordo que anoche se oyó en el mar por trece veces?

–En efecto; y me acuerdo también –añadió don Ricardo– que os mostrasteis por ello algo afectado.

–Pues ese ruido lo causaban en las olas los cadáveres de trece hombres que más abajo de ellas encontraron su sepulcro...

–¿Qué decís? –Exclamaron en coro los aterrados pasajeros.

–La tripulación y el capitán de vuestra nave sucumbieron bajo el puñal de los míos... ¡Ved, pues, la causa del llanto de Sotero!

–¿Y permitisteis semejante asesinato –exclamó el fraile con énfasis religioso– sin pensar que hay un Dios en las alturas y que jamás absuelve al que levanta contra su hermano inocente la cuchilla?

–Yo no lo permití, ni hubiera podido permitirlo a estar cerca de ellos en aquel fatal momento, y agradezco mi ausencia del lugar del sacrificio, padre mío, porque a ser de otro modo ninguno de vosotros viviría. Que Dios niega su absolución a los que manchan sus manos con la sangre del inocente, es una verdad que conozco desde niño: yo la he vertido, pero lidiando. La muerte que brota en un combate en que armas y bríos se miden a la vez, no puede

acosar la conciencia del que tiene la dicha de vencer: queda ese torcedor solo para el que durmiendo como despierto acaricia la idea del asesinato, en el delirio de ahogar una venganza sin origen y una pasión sin esperanzas.

Tuizlo, que no había perdido ni una sola palabra de esta enérgica respuesta, levantó los ojos para mirar a Morgan con asombro; no pudiéndose explicar esa lealtad de ideas en un hombre que una hora antes concertaba su muerte con Sotero según la revelación de Cayetano. El pirata comprendió algo de la sorpresa del mancebo y sonriéndole con dulzura continuó:

–A vos os toca, Padre mío, dirigir ruegos al Eterno por esas almas y por el perdón de los que en un momento infausto las mandaron a vagar por el vacío: a Sotero sentir, y a Morgan castigar.

Y volviéndose al grupo de piratas:

–¡Habéis faltado, como unos rebeldes, a la subordinación propia del verdadero *boucanier*! Habéis levantado la daga y, lo que es aún más imperdonable, habéis herido sin esperar conforme vuestro juramento a que mi labio os dijese «herid». ¡Ahí! ¡Vuestra osadía no alcanza esta vez el galardón sino la pena y la vergüenza! Tendréis botín: os lo prometí, y yo nunca falto a mi palabra; pero lo tendréis no como recompensa de una hazaña, sino como alivio de un tormento. ¡Ea, camaradas!

Los piratas que vinieron de las montañas a recibirle se acercaron:

–Llevad esos rebeldes a la Caverna Sorda, junto al Manantial del Inglés, y que en su tenebroso seno se alumbre por un mes con los relámpagos que broten de sus grillos.

Los piratas desaparecieron sin articular una palabra.

–¡Señores! –Continuó diciendo Morgan a los pasajeros– vosotros aunque estáis en la Saona, que hasta ahora ha sido un presidio, nada tenéis que temer de mí ni de los míos. Podéis discurrir libremente del uno al otro extremo con entera libertad como si os hallaseis en vuestros dominios ciertos de que seréis siempre respetados. Vos, don Ricardo, os alojaréis con Isabela en aquella cabaña que se descubre a través del montecillo, donde mientras estuviéreis aquí nada os faltará mediante la solicitud de Lidia, a quien os recomiendo. Vos, padre, viviréis en la alcoba que está a la entrada de la Caverna Sorda, con eso podréis dar

vuestros saludables consejos a aquellos desdichados; Sotero al barracón con mis amigos, y Tuizlo me acompañará en mi estancia hasta la hora de partir en busca del rescate.

Sin embargo de que en estas últimas palabras acompañó una mirada significativa que revelaba cuanto hay de afectuoso y de leal, Tuizlo se estremeció al comprender la distancia a que Morgan lo colocaba de Isabela y recordó todos los pormenores del horrible plan concertado con Sotero. Cayetano por su parte rebosaba en alegría: aquel orden no solo cortaba las relaciones amorosas de los dos jóvenes, sino que era en su juicio el primer paso dado por Morgan para la consumación del sacrificio del alma de Tuizlo a que el del cuerpo seguiría inmediatamente, y ya se preparaba a otorgar al pirata una pública absolución de su pasado en recompensa de tan señalado servicio. Al ver su contento sonrió Sotero: ¡cuánto quiso decir esta sonrisa! pero Tuizlo, que no leía en su corazón, la tomó por un gozo prematuro de la muerte con que le amenazaba, y adelantándose hasta enfrentar con el pirata exclamó:

–Antes de obedecer vuestras órdenes, como débiles cautivos que ahora somos, permitidme, Morgan, que os pregunte si quien las dicta es el hombre o el bandido. Porque a la verdad, no comprendo qué idea os proponéis al separarnos, cuando debierais suponer que seríamos más dichosos si pudiéramos llorar juntos nuestra suerte. La Saona, señor, está poblada de forajidos que no retroceden ante ninguna consideración: para ellos el pudor de una virgen y las canas de un anciano son muy débiles barreras, tratándose de satisfacer un antojo brutal... para ellos, que no vacilan ante el mismo crimen, son ridiculeces el llanto y la plegaria. Don Ricardo, Morgan, y su hermosa hija, no tienen sobre la Tierra otro escudo que mi brazo... Separarnos, pues, vale tanto como entregarlos indefensos al ultraje.

–Nada temas, joven generoso –le respondió el pirata estrechándole la mano con cariño– para que don Ricardo y su hija sufrieran no una injuria, sino simplemente una irreverencia de mis vasallos, sería necesario que primero dejaran de existir Morgan y Lidia; y esto no puede acontecer mientras no se sumerja la Saona... Mis órdenes son las que convienen para prevenir cualquier abuso: obedecedlas todos.

Diciendo así partió acompañado de Tuizlo; desde la salida se suscitaron varias relaciones en el camino que le hicieron con-moverse. La doncella y su padre siguieron en otra dirección contraria a la de Tuizlo; pero anteceditos de Lidia que, bella y altiva con su túnica talar de lino cuya blancura igualaba al jazmín, y su larga cabellera suelta al aire, parecía una hada penitente en aquellas silenciosas soledades. Cayetano tomó el sendero por el que habían desaparecido los piratas en pos de la Caverna Sorda, mirando simultáneamente a los que en sentido opuesto siguieron al joven indio y la doncella; y ya iba a estallar en las exaltaciones de su bárbara alegría, cuando advirtió que se le aproximaba el piloto. La sangre quiso sofocarle agolpándose de súbito a su cabeza, convertida en una columna de llamas, porque Cayetano odiaba profundamente a Sotero, sobre todo desde que le censuró sus alabanzas a la hija del pirata; pero se contuvo en los límites de la ficción más refinada, afectando una mansedumbre edificante, cierto de que cualquier otro partido no serviría más que a precipitar los sucesos casi infalibles en el terreno de la duda. Muy al contrario, Sotero le miró con soberbia y palideció de rabia. La historia de fray Carlos se presentó toda entera ante su alma como un cuadro asqueroso y creyó un momento que aquella era la hora del castigo. Así solo entre los espesos *jaguales* que se levantaban en medio a la Saona, bien podían Sotero y Cayetano desahogar sus odios sin que nadie alcanzara a estorbarlos; pero el piloto, como antes el fraile, se contuvo no cediendo al instinto de la hipocresía, sino porque no estaba seguro de que el farsante tuviese armas, y atacarle habría sido cometer un cobarde asesinato.

–¡Amigo mío! –dijo aquel humildemente, entrando el primero por una estrecha serventía– a pesar de las órdenes de Morgan, creo que de vez en cuando vendréis a verme. La soledad a que vamos a vernos reducidos será mucho más horrible si en ella no tenemos siquiera el solaz de una dulce comunión.

Sonrió el piloto y afectando un aire distraído le dijo:

–Me parece, padrecito, que lejos de procurar distracciones debemos bendecir el aislamiento que al parecer tanto os disgusta. Ninguno de nosotros es santo... allá en lo que queda a espaldas

de la vida debe asomar una liviandad o un crimen; pero supongamos que no sea más de una superchería...

–¡Una superchería! ¿Pues creéis que una superchería grava siquiera una impalpable huella en el campo de la vida? No, amigo Sotero: la chispa se evapora apenas resplandece.

–Sí, padrecito: esa es la chispa que se lanza al aire desde el seno de la hoguera.

–¿Y bien? Tales son esos pequeños extravíos que casi pueden llamarse inherencias de la juventud.

–Pero hay chispas que devoran... las malas acciones son chispas que crecen y... en fin, yo no entiendo ese modo de decir las cosas con rodeos. Lo que hay es que a ninguno de nosotros le faltará con quien hablar aunque no nos veamos en un siglo.

–¿Y con quién hablará a solas, amigo Sotero?

–¡Con su conciencia, padrecito!

–¡Con su conciencia! Es verdad... pero la Sagrada Escritura dice que solo hablará con ella quien la tuviera manchada.

–Bien –pudo añadir– «y el que medita mancharla».

–¿Luego creéis que algo de terrible se urde entre nosotros?

El miedo de oír una respuesta afirmativa escapándose a los labios del piloto, hizo que Cayetano se detuviera en su camino, como si la fatiga le abrumara; pero en realidad abandonado de las fuerzas, a punto de tener que apoyarse en el robusto tronco de una *caya*. Sotero, que como se ha dicho venía más atrás, notó el efecto que en el ánimo de su compañero habían producido sus palabras, y no creyó oportuno correr enteramente la cortina, sobre todo sin conocimiento de Morgan, por lo que dijo mientras Cayetano se esforzaba en reponerse.

–No sé si será algo terrible, padrecito; pero una superchería siempre es algo.

–¡Bah! –Repuso aquel respirando con franqueza y volviendo a tomar la marcha– os comprendo, amigo Sotero: algún golpe de mano preparado por Tuzilo contra el honor de don Ricardo.

–Tal vez –le contestó el piloto aprovechando el giro que se daba a sus ideas para explorar las del sagaz Cayetano.

–Siempre he creído –continuó este– que al fin y a la postre la sierpe ha de morder al seno que la abriga. Don Ricardo ha visto

sin embargo la afición de entrambos jóvenes con indiferencia: esperamos que del mismo modo vea el desenlace.

–¡Este Tuizlo...! –Dijo el piloto con una especie de significativa reserva.

–¡Sí: Tuizlo...! –Contestó el advertido Cayetano, reconociendo el lazo y ensanchándolo con el uso de la misma reticencia por ver si caía en él quien en él lo intentaba aprisionar; mas Sotero le vio venir, y se resolvió a callar no siéndole posible profundizar por sí solo aquella plática hasta el extremo que su indignación apetecía, sin que Morgan quedase por traidor, pues nada en este mundo bastaría para persuadir a Cayetano que el piloto había escuchado sus criminales confidencias.

Siguieron largo rato silenciosos por la estrecha calle de árboles donde el sol no conseguía derramar un solo rayo de su lumbre; hasta que saliendo a un pintoresco valle dijo Cayetano a Sotero con toda la confianza que se emplea entre dos buenos amigos.

–¿Con que... me prometéis, Sotero, hacerme una visita al día por lo menos?

–Si tanto lo deseáis... repuso aquel cortésmente.

–Sí que lo deseo; porque a pesar de la aspereza con que me tratasteis a bordo, tengo por vos una decidida inclinación.

–Esa manera brusca con que entonces os traté puede que fuera, padrecito, para evitar tomando yo la delantera, que Morgan os hubiese abrumado en un raptó de celos.

–Vaya, Sotero: quedo completamente agradecido de vuestro noble proceder. Pero si aún no me engaño aquella roca horadada es la Caverna Sorda.

–Sin duda; y esta cadena de chozas que se destaca a la izquierda debe de ser el cuartel general a que se me ha destinado. ¡Oh! Jamás le perdonaré a Morgan cuanto hemos sufrido y sufriremos por obra de su malísima ambición.

–En efecto –repuso Cayetano a quien no se le escapaba ni una sola circunstancia del fingimiento de Sotero– Morgan nos ha tratado muy mal.

–Mucho.

–Luego... el asesinato de vuestros compañeros...

El piloto no pudo resistir a este recuerdo doloroso y dejó asomar dos lágrimas en los extremos de sus grandes ojos; mas las enjugó al instante y sin decir una palabra tomó la ruta que conducía al grupo de bohíos. Satisfecho Cayetano de haber logrado conmover aquel corazón audaz y enérgico, le siguió largo tiempo con la vista, y una sonrisa inadivinable rodó ligeramente sobre sus labios convulsivos. Con una rápida evolución de la memoria revivió todas las circunstancias de las escenas cumplidas en la noche anterior, y comprendió por este medio que el piloto era su verdadero y único enemigo, el que más había abordado en el terreno de la irreverencia, tratándose de un ministro del Señor, el que había, en fin, procurado leer en su interior y arrebatarse astutamente su secreto. Por eso Cayetano sonreía, mientras aquel se alejaba, por eso en el fondo de su alma bramaban el odio y la venganza, y al ponerse ambas pasiones de concierto para derrotar un coloso tan temible, mantenían, por decirlo así, en una convulsión febril las mandíbulas contraídas del implacable veterano.

Sotero se alejaba jurando en su corazón no perder de vista al hombre que meditaba inmolarse a su mismo salvador y consumir después una violencia repugnante. Había tomado ley a Tuzlo, y comprendía muy bien que si faltaba era infalible la desgracia de don Ricardo y el oprobio de Isabela. Además, Morgan, según era sabido, reclamaba para sí las mujeres que apresaba, y no sería difícil que bajo el manto de protección que aparentaba dispensar al joven indio ocultase el villano pensamiento de burlar su confianza y apropiarse la doncella válido de su ventajosa posición. Era, pues, preciso estar en guardia a la vez con el sacerdote y el pirata empleando medios diferentes, es decir, sirviendo al primero de estorbo y al otro de simulado instrumento.

Al llegar a la cadena de bohíos volvió la vista sobre el camino que había andado y descubrió a Cayetano que le observaba desde la altura de una roca: sonriéronse mutuamente agitado cada cual por sus particulares impresiones; y como si quisieran excusar sospechas casi a la vez se volvieron las espaldas. Pasado un instante habían desaparecido.

Cuando Tuzlo se despedía de Isabela con una dulcísima mirada, antes de seguir a Morgan, otros ojos que no eran los de ella le

sorprendieron devolviéndole toda la pasión que aquella mirada contenía, y el mancebo palideció porque vio trazarse en el momento ante su alma un cuadro horrible de luchas y peligros. Lidia pues, arrogante y bellísima señora de cuantas voluntades contenía la Saona, depuso su soberanía ante la noble figura de Tuzlo: verle y amarle todo fue uno; pero no era con el amor que ella afectaba a sus favorecidos de la isla; sino con el verdadero amor, por la primera vez desarrollado, con ese fuego devorante que se prende en grande escala, de improviso, y aniquila la paz del corazón para toda la existencia. Al sentirse vencida de esta suerte dijo en su interior: «¡Él no me miraba y ya le amo! ¡Qué será cuando sus negros ojos se fijen en los míos, cuando ebrios de melancólica ternura me revelen que él también participa de mis secretas dulces inquietudes!». Y entretanto seguía silenciosa delante del anciano y la doncella, no atreviéndose a volver el rostro, por miedo de sentir en su alma el áspid de los celos.

Pero la inocente Isabela, que en secreto se había dado el parabién de encontrar una mujer en la Saona, y que no alcanzaba a comprender aquel silencio de Lidia, sino como obra del respeto que la sociedad impone a sus criaturas en relación de sus diversas graduaciones, deseaba oír el metal de voz que tenía y que había imaginado tan dulce como la expresión de su semblante.

–¿Podrá saber Isabela –dijo, redoblando el paso– cuál es el nombre de su amable guía?

–Se llama Lidia, señora, la que tiene la dicha de guiar por estas asperezas vuestra rarísima hermosura: Lidia la desgraciada para quien el porvenir fue una tenebrosa visión desde la cuna.

–¡Pues qué! ¿No sois la hija de Morgan?

–Soy la hija de su más torpe extravío...

–¡Ah! –Exclamó Isabela conmovida– os compadezco con toda mi alma, Lidia; pero no os apruebo que acuséis a vuestro padre.

–Le acusa mi origen, Isabela, le acusa mi virtud inmolada en los brazos del deleite, de la brutal prostitución; pero mi alma le respeta...

–¡Lidia! –Le dijo austeramente don Ricardo–, el extravío del padre no es una razón para el extravío del hijo. Convengo por un momento en que Morgan no ha sido tan celoso como debiera

en cuanto a conservar vuestro pudor, pues de lo que dijisteis se deduce que le ha pospuesto a todo. ¿Y bien? A vos misma os tocaba defenderlo contra las asechanzas desordenadas de la seducción y la licencia, antes que abandonaros al torpe ruego o al despecho. Si vuestro origen tiene alguna mancha, hubierais tratado de lavarla en las fuentes purificadoras de la virtud, primero que hacerla más visible e indeleble con el vicio. De este modo seríais hoy el orgullo de vuestro padre, y quién sabe si le hubierais desviado para siempre del áspero sendero que trilla en evidente mal de su conciencia.

La joven escuchó estos cargos en silencio y sin volver el rostro que surcaban abundantes lágrimas; pero Isabela adivinó su amargura y le dijo con cariño.

–No os aflijáis, hermosa Lidia, por cuanto os ha dicho mi padre: él acusa vuestro pasado, pero no niega que podáis optar a un brillante porvenir.

–En efecto, –repuso el anciano– la Historia Sagrada nos presenta el ejemplo de una mujer, extraviada en un principio, y luego buena hasta alcanzar la gracia del Señor. ¿Habéis leído esta historia?

–Yo no leo, señor, en otro libro que en la naturaleza.

Al decir esto Lidia, con un entusiasmo inesperado, levantó los ojos al cielo y suspiró.

–Es, –repuso aquel– como si dijéramos que leéis en la obra de Dios.

–Justamente.

–Luego, ¿seréis accesible a sus avisos?

–¡Nunca los he oído...!

–¿Sabéis lo que es el arrepentimiento?

–¡Sí! En el silencio augusto de la noche, cuando el mar bate airado afilando los bordes de las rocas, salgo a la playa con frecuencia, porque el sueño jamás pliega mis párpados... Allí, pues, repaso uno por uno mis deslices y lloro avergonzada de mí misma, pidiendo a Dios perdón de todos ellos; mas el nuevo día.

–Escuchad –repuso don Ricardo interrumpiéndola–. Dijisteis que os avergonzáis y eso solo os responde del porvenir, porque la vergüenza es el indicador de una conciencia no del todo corrompida

que lucha por sacudir el fardo de sus culpas para entrar, aunque tarde, por la senda del bien. He ahí, Lidia, un aviso del Señor. Pero no basta el arrepentimiento: se necesita, además, la expiación.

–¡La expiación! –Repitió Lidia tristemente.

–Con nosotros viene un sacerdote que os puede oír la historia de vuestras debilidades y absolverlas señalándoos al mismo tiempo la pena que debéis sufrir por ellas... ¡Ah! No dejéis de procurarle, Lidia: intérprete y ministro de Dios sobre la Tierra, fray Carlos puede limpiar vuestra alma del pecado y restituiros a las fruiciones inefables de la fe, a las suaves alegrías de la conciencia en el triunfo de la purificación...

–¿Haréis lo que mi padre os aconseja, hermosa Lidia? –preguntó Isabela a la joven con pronunciado interés.

Mas al volverse aquella para responder, y darse de lleno con la figura celestial de la cautiva se turbó a punto de no poder articular una palabra. La misma impresión recibió Isabela: Lidia era bellísima, y en aquel instante había realizado sus encantos con la densa palidez que bañaba su fisonomía y la amargura expresada en una ligerísima sonrisa. La razón de este trastorno que había derrocado toda su altiva majestad, postrándola por decirlo así, ante aquellos dos seres extraños, no procedía solo de la vergüenza evocada por su franqueza misma. Amaba a Tuzlo sin haberle hablado, sin apenas conocerlo, y acababa de comprender que el mérito físico de aquella joven unido a la inocencia de su alma debían de haber hablado al corazón del extranjero y que por consiguiente su amor era el principio de un nuevo sufrimiento.

Pasada la primera impresión Lidia volvió a continuar la marcha seguida como antes de don Ricardo y de Isabela hasta llegar a una colina. Allí se detuvo, señalando a una casita rústica que se divisaba en la llanura.

–He ahí vuestra morada –les dijo– podéis llegar a ella y descansar.

–¿Y vos? –Le preguntó Isabela.

–Voy a procuraros cuanto pueda haceros falta, porque ahí solo se encuentran ahora las hamacas.

–¿Pero volveréis?

–Precisamente.

–Lidia, –le dijo don Ricardo– no olvidéis lo principal.

La joven inclinó la cabeza, y lanzando al levantarla una mirada indefinible de dolor sobre Isabela, desapareció como una sombra entre un bosque espesísimo de quina.

La hija del pirata se encaminó directamente hacia un sendero estrecho que se destacaba a la derecha, sin que en ello tuviese parte la intención, y siguió en él por espacio de media hora hasta que desviándose un poco encontró otro más abierto que la condujo al centro de unos espesísimos cuavales⁵.

La mañana era hermosísima: las auras del océano retozaban murmurantes balanceando las ramas de la apretada arboleda, mientras el sol se suspendía sobre el éter rebruñido sin encontrar al paso una sola nubecilla que exhalar. El silencio de los sepulcros no es mayor que el que remaba en aquellas pavorosas soledades. Lidia se sentó en un tronco bajo el pabellón que figuraban las soberbias copas de los árboles, y repasando en la memoria todos los sucesos de su triste juventud, los lloró profundamente porque ahora había visto cuanto hermosea la virtud un semblante juvenil, y alcanzaba a explicarse la inmensa latitud de su infortunio. Ese anciano, exclamaba bebiéndose las lágrimas, ha corrido el velo de la verdad ante mi alma... Pero ¡ay! Cada palabra que se escapaba de sus labios me la hería mortalmente. La mujer es la eterna víctima del hombre: la atormenta cuando la persigue, la aterra si le resiste y... ¡vencida la escarnece! Ese mancebo será también como los otros... ¿cómo los otros? ¡Imposible! ¡Es muy hermoso para que su corazón consienta la maldad...! ¿Pero qué tengo que ver con su corazón y su hermosura? Isabela es más linda que yo, más noble y... sobre todo... Isabela no ha hollado la honra... Él la amará y serán felices porque ninguno de los dos tendrá que avergonzarse como yo de su pasado, y marcharán a una por el campo, para mí estéril de la vida, recogiendo flores de alegría, entre un mundo de aplausos y alabanzas. Pero, acaso no se aman todavía... ¡Oh! ¡Si esto fuera cierto y como dice el anciano yo pudiera volver a la virtud...!

⁵ El cuaval es un árbol resinoso que arde como la tea: es la misma cuava de la isla de Cuba.

Aquí llegaba la joven en su inconexo discurso cuando sintió un ligero ruido a sus espaldas. Levantó la frente con soberbia y preguntó:

–¿Quién viene?

–Nada temáis –le respondió la voz de un hombre que llegaba trabajosamente a efecto de las dificultades que para salir al limpio del camino le presentaban los arbustos. Lidia puso la mano sobre el cabo de un puñal que se ocultaba en sus vestidos y esperó, mientras hacía esfuerzos por sofocar sus pasadas emociones. Por fin presentóse el incógnito diciéndole:

–Podéis volver a la virtud, como deseáis, desventurada Lidia, podéis ser feliz con el amor de ese mancebo cautivo que ha turbado la paz de vuestra alma y que también en este instante sufre como vos; pero tenéis que comprar con sangre esas delicias.

–¡Con sangre! –Exclamó la joven dando un paso atrás: ¿y sois vos, señor, quien me lo dice? ¿Vos, que solo debéis aconsejar la práctica de la humanidad y la concordia?

–Yo –repuso Cayetano con aire de inspirado–, yo que solo por este medio veo el modo de salvar a este joven del lazo que le tiende la más torpe ambición. Escuchadme, Lidia. Tuizlo es hijo del cacique de Samaná y por lo mismo poderoso, y don Ricardo es noble, pero pobre: de modo que le mantiene a su calor como prisionero hasta que venciendo su repugnancia se case con su hija Isabela.

–¡Su repugnancia! –Repitió Lidia mientras sus ojos tomaban una expresión de indefinible alegría–: ¿pues no la ama...?

–No la ama, ni la amará toda la vez que ya os ha visto; pero con nosotros viene un hombre atroz que prometiéndose alcanzar una espléndida propina secunda y fortalece las esperanzas del anciano, un hombre que espía hasta las ideas del mancebo y no cesa de exhortarla a ese imprudente matrimonio.

–¡Y bien! ¿Quién es ese hombre?

–El único que puede obstruir vuestros pasos en el camino de la felicidad.

–¿Su nombre?

–Sotero.

La joven cerró los ojos con una fuerza febril y quedó sumergida en la más profunda meditación, mientras Cayetano dio una vuelta

por los alrededores para convencerse de que nadie los oía. No muy lejos de aquel solitario recinto se percibió el rumor de un cuerpo que se alejaba apresuradamente.

–¿Nos habrán sorprendido? –Preguntó Cayetano a Lidia con la inquietud de los cobardes.

–No, padre –le contestó esta–: será alguno de los nuestros que vendría a buscar leña al bosque. Hablemos, pues de lo que sabéis que me interesa.

–Ya conocéis el nombre del que os puede contrariar en vuestras dulces esperanzas...

–Sí, Padre mío: le conozco y nada me es tan fácil como paralizar en su corazón hasta el último latido.

Al decir esto tocó al mango del puñal: Cayetano sonrió.

–Pero él nunca me amaría –continuó la joven– porque no soy pura como Isabela.

–Podréis serlo en adelante.

–Eso me ha dicho el anciano: con todo... el pasado...

–Una palabra mía basta para librar las almas al remordimiento de los extravíos.

–¡Ah! ¡Pronunciad esa palabra, señor, y soy dichosa!

–¿Os olvidáis, Lidia, que mientras Sotero viva no podéis serlo? ¿Os olvidáis que Tuizlo no tiene voluntad propia desde que aquel se ha constituido para él en Argos y en Mentor? ¿Qué adelantaríais con que yo os absolviera de las debilidades de ayer, si para llegar mañana hasta el corazón de Tuizlo, tendríais que herir y hollar con vuestras plantas un cadáver? ¡Imposible! Yo no pronuncio esa palabra mientras no hubiéreis concluido la obra de vuestra última esperanza, o renunciéis enteramente a ella.

–¡Un asesinato...!

–Habéis dicho que nada os sería tan fácil...

–Cierto, pero nada al mismo tiempo tan horrible... Yo, señor, he asesinado mi pureza entregándome sin resistencia a las más torpes tentaciones, envolviéndome en el raído manto del pecado; pero nunca he hecho frente al crimen...

–Entonces –dijo el astuto Cayetano– seguid vuestra carrera, hermosa Lidia: gozad por vicio, y retroceded ante el camino de la salvación. Tuizlo será esposo de Isabela, y si no la ama hoy acabará

por amarla tiernamente: el trato íntimo es la primera base del amor. Pero tened en cuenta que de este sacrificio Sotero es quien reporta el mayor bien; pues mientras él triunfa y se enriquece, vos os seguiréis arrastrando como los reptiles en el elemento de la corrupción, y Tuizlo vegetará conforme entre los hierros de su doble cautiverio. Adiós, Lidia...

Y así diciendo se disponía a marchar; pero la hija del pirata le detuvo por el brazo exclamando:

–¡Jamás! ¡Perezca ese hombre, señor, si yo me salve!

–Ya os lo dije –repuso Cayetano volviéndose con calma– la existencia de Sotero es vuestro escollo: que su sangre tiña ese puñal y os respondo del porvenir.

–¿Me lo prometéis?

–Os lo juro.

–¿Dónde y a qué hora he de inmolarle?

–Aquí, a las primeras horas de la noche.

–¿Creéis que ese joven me amará después que sepa cómo he podido cometer un horrendo asesinato?

–Lo creo, porque comprenderá que al redimirle por ese único medio de la autoridad sultánica que ejerció sobre su alma el procurador gratuito de Isabela, verá también cuánto es el amor de la vuestra. Tuizlo, Lidia, es generoso y a la vez agradecido; poco importan los medios si sabe apreciar dignamente los fines.

–Bien –repuso la joven abriendo paso a un dolorosísimo suspiro– entonces, señor... hasta la noche...

Y sin esperar la respuesta de Cayetano desapareció entre el espesor de los ramajes. Aquel también se alejó con la alegría de los monstruos, con el regocijo de las fieras que no viven de otra cosa más que de la inhumanidad y de la sangre. Cierto de que Sotero y Morgan estaban de acuerdo para proteger a Tuizlo contra sus perversas asechanzas, y de que por consiguiente era una locura esperar la muerte de este último por el camino pactado con el pirata, marchaba recordando las estrofas que escuchara cantar la noche anterior desde la popa de la nave, y gozaba con la idea de alcanzar el triunfo a favor de la intriga que había comenzado a poner en acción. «Ahora veremos, pensaba, si llegan a tiempo los avisos: veremos si rompen las tramas que

teje la venganza entre las sombras del misterio». Y la risa de los protervos se columpiaba en sus labios convulsivos. Así continuó marchando aquel hombre por el bosque, a manera de un chacal rabioso, hasta que llegó a la puerta rústica de la Caverna Sorda, en cuyo interior rugían los aherrojados piratas y levantaban a coro mil horrendas maldiciones.

La noche al fin se presentó revestida con todos los atributos necesarios al espantoso crimen que en ella debía consumarse.

El viento, que había tomado las gigantescas proporciones de un asolador huracán, silbaba a lo lejos sobre los afilados remates de las rocas evaporándose más tarde débil como las vibraciones de un gemido. Los árboles corpulentos se balanceaban a su empuje, dóciles cual si fueran flexibles espadañas y confundían entre sí las altas copas, concluyendo por crujir, estallar y despojarse de sus renuevos más pomposos. No había absolutamente claridad: la luna andaba velada entre un denso espesísimo nublado del que se desprendían infinitas gotas de lluvia, gruesas y en extremo frías: la mar participaba de este desconcierto de la naturaleza.

En el mismo lugar en que tuvo efecto la entrevista de Lidia y Cayetano, cayó de súbito un rayo destrozando un antiquísimo caobo; a la luz del relámpago que le precedió, dos figuras humanas se descubrieron y se contemplaron... una estaba pálida y llorosa reclinada contra el mismo tronco del mutilado árbol... la otra, por el contrario, hizo brillar sus ojos con un fuego siniestro y sonrió.

–¡Lidia! –Dijo, y esperó la respuesta de su cómplice.

–¡Yo soy, señor! –respondió aquella con voz desfallecida.

–He visto a Tuizlo –continuó el infame Cayetano– y está pronto a recompensar vuestro heroísmo: el más hermoso de los hombres responderá satisfactoriamente al reclamo de vuestro corazón, y mi mano consagrará para siempre vuestros votos.

–Así sea... pero, ¿y Dios, señor?... ¿Podré esperar que me perdone por la nueva y violenta culpa que me mandáis a cometer?

–Nada temáis. Pues que yo os lo mando como habéis dicho, yo soy de ella el solo responsable: haceos cargo que yo soy la voluntad y vos únicamente el instrumento. Se trata de la felicidad de Tuizlo y de la vuestra, y de librar a Isabela de un tormento perdurable: que sucumba un miserable no es por cierto muy grande sacrificio

para tan dignas aras... pero, ¡silencio!... alguien viene... ¡Lidia! La seña es una palmada... ¿Comprendéis?

La joven no pudo responder porque seguramente hubiera sido oída... Un hombre a lo que se alcanzaba entre las tinieblas de la noche venía con paso apresurado envuelto en el burriel del marinero, por el camino que conducía a la encrucijada en que se hallaban apostados Lidia y Cayetano... La joven se estremeció y su mano estrechó con una fuerza nerviosa el cabo del puñal que ya empuñaba...

El desconocido avanzaba con resolución: Cayetano temblaba de ansiedad...

Por fin aquel llegó al punto céntrico respecto de los otros dos personajes y se disponía a ganar una cuestecita que se presentaba a sus pasos, por la que resbalaban las aguas susurrando para seguir en derechura hacia la mar... ¡De súbito resonó una palmada...! ¡Lidia salió de su escondrijo y lanzándose sobre el desconocido con la rapidez del gavilán sobre su presa, le clavó el puñal! En la mitad del pecho...

–¡Cielos!... –exclamó el desdichado cayendo en tierra y revolcándose en su misma sangre–: ¡cobarde Sotero...! Ah... ¡Bien me lo dijisteis, padre Anselmo⁶...!

–¡Dios mío...! Dijo Lidia con desesperado acento: ¿a quién me habéis mandado herir, señor...? ¿No es la víctima Sotero...?

Una carcajada infernal salida de la boca de Cayetano retumbó a lo lejos como el trueno.

–¡Ese es Tuizlo, incauta! –Le respondió al fin con un gozo indefinible: ese es mi rival...

Mas apenas había concluido cuando otra voz robusta inesperada, y amenazante le dijo.

–Sí, miserable ¡Ese infeliz que exhala el último suspiro sobre el lodo, es el bueno, el hermoso Tuizlo, el que te salvó anoche la vida para que tú se la arrancaras en fuerza de tus brutales apetitos... Pero su muerte ¡vive Dios! ¡No ha de quedar sin venganza...!

⁶ Nota de la edición original. A partir de este punto hasta concluirse la obra el nombre del religioso cambia de [sic] Fray Carlos Anselmo, quizás esto como vestigio de alguna versión previa de la obra.

Y asiendo a Cayetano del brazo lo arrastró hasta el cuerpo de Tuzlo, mientras con la derecha extraía del seno una finísima daga.

-¡Insensato! -Exclamó Cayetano no pudiendo resistir a las fuerzas del atlético piloto- detente y considera a cuánto te expone esta irreverencia hecha a mi carácter...

-¡Eh...! Dejémonos ya de hipocresías, maese Cayetano.

-¡Cómo! ¿Será que me tomes por otro...? ¿Has olvidado que soy el padre Anselmo? Entonces, amigo mío, te perdono.

-¡Calla necio! ¿Qué estás diciendo ahí de amigo y de padre Anselmo...?

-¡Sotero! -Repuso jadeando de terror el falso sacerdote-: mira por Dios que tu afecto a Tuzlo te extravía... ¡Oh! ¡Reconóceme a la luz de ese relámpago...!

-¡Ya te he conocido a la de la luna: tú eres el soldado Cayetano, que robó sus títulos y su traje al verdadero padre Anselmo: tú el que en La Española bajo las bóvedas de un templo levantó la mano para abofetear al venerable fray Pablo... tú, en fin, ¡el que anoche conquistaba a Morgan para que al volver de Samaná atara un lingote al cuello de Tuzlo y le arrojara al hondo océano!

-Pues que... Morgan... pero...

-No, Morgan nada me ha dicho: todo lo sé de tus propios labios. Cuando te revelabas a él yo que me fingía dormido te escuchaba.

-¡Sotero! -Murmuró débilmente el triste Tuzlo-: por un momento creí... ese infame a quien conozco ahora me había dicho que eras mi enemigo... perdona... ¡ay... la vida...! ¡Isabela mía...! ¡yo muero...!

Y lanzando un agudísimo gemido su alma se escapó de aquella forma hermosa para volar al reino de las almas mártires. Sotero enjugó una lágrima cristalina que surcaba su mejilla.

Entretanto, Cayetano que había leído ya en su horóscopo y por lo mismo estaba seguro de que aquella era su última hora, procuraba sepultar con disimulo la mano derecha en la manga opuesta del hábito. Sotero lo observó y sin dejar de seguir sus movimientos.

-¡Ea! -le dijo con desesperación-. Pues que conocéis la Biblia sabréis lo de el que a hierro mata a hierro muere: ¡preparaos pues, a morir!

–Ese recuerdo, Sotero, más que a mí conviene a Lidia, a Lidia que desesperada de la indiferencia de Tuizlo hacia su insensato amor, juró darle la muerte...

–¡Impostor! ¿No fuiste tú el que aquí mismo le aseguraba esta mañana que Tuizlo la amaba, pero que yo le oprimía y arrastraba por la fuerza a las plantas de Isabela? ¿No le dijiste que era preciso sacrificarme para que ella fuese un día dichosa...?

–¡Oh...! –gritó frenético el veterano–. Esto es ya demasiado... ¡Miserable pirata! ¡Anda a unirte...!

La palabra expiró en los labios de Cayetano, cuyo cuerpo rodó sobre la yerba dando saltos como un pez. Sotero le había visto levantar el brazo al pronunciar aquellas frases, y sospechando con razón que podía eludir el golpe con el golpe le derribó súbitamente de una sola puñalada.

–¡Maldito seas...! –Exclamó Cayetano en su lucha con las agonías de la muerte.

–¡Acaba tu papel, víbora infernal! –Repuso Sotero, y dándole un puntapié después de arrancarle de la mano derecha una navaja, se echó sobre el hombro el cadáver de Tuizlo y se alejó camino de la habitación de Morgan. Pocos pasos había dado cuando se encontró con el pirata que venía a todo correr por la misma serventía.

–¡Sotero! –exclamó horrorizado al verle– ¿qué ha sucedido? ¿Qué cuerpo es ese?

–¡El de Tuizlo...!

–¡Cómo! ¿El de Tuizlo? ¡Vive Dios! ¿Y el padre Anselmo?

–No le conozco.

–Bien... Cayetano...

–¡Ah! Cayetano...

–¿Dónde está...?

–¡En la eternidad...!

–¡Él fue su asesino! Bien lo sospeché... y se dio una palmada en la frente.

–¿Qué sospechasteis?

–Amigo mío, Tuizlo ha sido víctima de una intriga abominable. Esta tarde llegó un sirviente de la Gruta Sorda diciéndole que don Ricardo le llamaba. El joven se envolvió en mi chaqueta

de cubierta para ser más respetado y desapareció... Luego pensé que podría extraviarse y dispuse que mi segundo le siguiese; mas este volvió como a la media hora diciéndome que la oscuridad no le había permitido encontrarle: salí entonces, oí voces por esta parte y acudía... tu presencia me lo explica todo... ¡Pobre joven! Pero en fin, ¿murió su asesino?

–Murió renegando bajo el filo de mi puñal.

Callaron los dos piratas y compartiéndose entre sí la carga continuaron su marcha hacia el cementerio de la Saona situado a un extremo de la playa.

Ocho días después desembarcaron de una chalupa en las áridas costas de Cabo Rojo, isla de Puerto Rico, un anciano enfermo y una joven loca. A su lado estaba Sotero tributándole los mayores consuelos; la joven imprimía mil besos de fuego que mitigaba el llanto, sobre una de las plumas de papagayo con que los indios ornan la parte superior de la cabeza, y el anciano estrechaba a su pecho el arco de una flecha... ¡Eran las únicas memorias que en su desventura conservaban Isabela y don Ricardo del amigo y del amante...!

Pero ¿qué fue de Lidia? ¿Qué se hizo de esta infortunada joven después de haber dado muerte a Tuizlo...? Esto es lo que nadie pudo averiguar; pero desde entonces se oyen en la Saona unos tristísimos gemidos y unas voces que piden perdón del lado de la playa siempre que la luna brilla; y en el pueblo de Higüey se ve vagar la figura de una mujer en torno del Santuario de Altagracia. Es evidente que esos gemidos son los de Lidia sobre la tumba de su víctima, y que aquella blanca visión gigantesca y vaporosa, es ella misma que va a orar ante la Santa Casa de la Virgen...

Por esto, señor, vuelvo a decir a usted que ni hecho cuartos voy a tender mis redes en el litoral de la Saona.

La Fantasma de Higüey, de Francisco Javier Angulo Guridi, de la colección «Clásicos Dominicanos, Serie I. Narrativa», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2017, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.





INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE I. NARRATIVA

ISBN 978-9945-8972-5-8



9 789945 897258